Albert Sánchez Piñol

Payasos y monstruos

Bokassa, Idi Amin Dada, Mobutu Sese S
dictadores africanos que se creían dios

Lectulandia

Ésta es la historia de Idi Amin Dada, Bokassa, Banda, Mobutu Sese Seko, Sékou Touré, Haile Selassie, Macías y Obiang. Eran unos ignorantes y se apropiaron del papel de maestros. Eran insignificantes y se creyeron dioses. Es la historia de un puñado de dictadores africanos. Estos hombres se presentaron ante los suyos y ante todo el mundo como unos seres excepcionales. En justa correspondencia con sus supuestos méritos, se otorgaron títulos altisonantes, como Líder de Acero, Señor de las Bestias de la Tierra y del Agua, y Milagro Único; se hicieron transportar en silla gestatoria; obligaron a sus pueblos a dirigirles plegarias; colgaron sus retratos en escuelas, iglesias, tabernas y burdeles, y dieron su nombre a calles, universidades, islas y lagos. Nada era imposible para estos individuos: podían trasladar la capital de su país a un remoto poblado de la selva o depositar el tesoro del banco nacional en el sótano de su casa. Si así lo decidían, el Parlamento pasaba a ser dirigido por una bruja. Cualquier capricho se convertía en realidad por obra de su voluntad. Eran payasos pero también eran monstruos. Y en el monstruo la extravagancia es inseparable del espanto. Sus súbditos sufrieron todo el espectro de los horrores. Si no fuera porque han sido contemporáneos nuestros, tendríamos la tentación de negar su existencia. Pero eran reales. Por eso hemos preferido cederles la palabra, que sean ellos mismos los que se retraten tal como eran o tal como son.

Albert Sánchez Piñol

Payasos y monstruos

Bokassa, Idi Amin Dada, Mobutu Sese Seko…, dictadores africanos que se creían dioses

ePub r1.0
Titivillus 15.05.2024

Albert Sánchez Piñol, 2000

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Nota

En cualquier otro ensayo esta nota previa sería innecesaria. En el que nos ocupa, imprescindible: todos los personajes, hechos y documentos incluidos en este libro son estrictamente reales.

Introducción

Del horror y del humor

Ésta es la historia de unos hombres mediocres. Eran unos ignorantes y se invistieron maestros. Eran unos cobardes y se hicieron pasar por héroes. Eran seres insignificantes y se creyeron dioses. Esta es la historia de un puñado de dictadores africanos.

Se presentaron ante los suyos, y ante el mundo entero, como seres dotados de cualidades excepcionales. En justa correspondencia con sus supuestos méritos, se otorgaron títulos altisonantes, como Líder de Acero, Milagro Único o Señor de Todas las Bestias de la Tierra y Peces del Mar. Se hicieron transportar en silla gestatoria. Obligaron a todo un pueblo a dedicarles plegarias. Colgaron sus retratos en escuelas, iglesias, tabernas y burdeles. Dieron su nombre a calles y universidades, y también a islas y lagos.

Nada resultaba imposible para estos individuos: podían trasladar la capital de su país a un villorrio o depositar el tesoro del banco nacional en los subterráneos de su casa. Eran capaces de imponer la presidencia de una bruja en una sesión parlamentaria, o de proponer en matrimonio a otros jefes de Estado… de su mismo sexo. Sus países sólo eran conocidos porque ocupaban los últimos puestos en el *ranking* del desarrollo mundial, pero ellos se proclamaban emperadores de imperios fantasmagóricos. Cualquier capricho se convertía en realidad por obra de su voluntad.

Eran mediocres, pero también eran monstruos. Y en el monstruo la extravagancia es inseparable del espanto. Sus súbditos conocieron todo el espectro de los horrores. Los monstruos podían expoliar, torturar y matar tanto como les apeteciera. Nunca, en ningún sitio, las galerías de los payasos crueles y de los déspotas risibles se han fusionado con tanta brutalidad.

Idi Amin Dada

El espectáculo del poder o el poder del espectáculo

«Todo el aspecto de este payaso voluminoso parece diseñado por la lujuria. Su insensibilidad está falta del refinamiento del diletant*. Sólo firma deportaciones y penas de muerte, eso en el caso de que sepa firmar. Cuando sea derrocado, este señor no lo entenderá. Su última reflexión será que el mundo está lleno de desagradecidos. Concluirá que su pueblo no lo merece. Y aquí, mira por donde, tendrá razón».*

Diario de Barcelona

«Me gustan los problemas. Hacen funcionar el cerebro».

Idi Amin

«Cuanto más breve sea la vida de Idi Amin mejor para Uganda».

The Economist

«Un individuo excelente para tenerlo a tu lado». Así definía un oficial inglés al cabo Idi Amin, soldado de fortuna y semianalfabeto. La figura física de Idi Amin era impresionante. Provisto de una corpulencia proporcional a su altura de un metro noventa, durante nueve años consecutivos ostentó el título de campeón de boxeo de Uganda en la categoría de pesos pesados. Tres incisiones verticales le decoraban la frente. Cuando sufría uno de sus habituales ataques de furia las cicatrices se inflamaban y adquirían un color rojo intenso, que aumentaba la ferocidad de su aspecto. En los inicios de su carrera militar nada hacía pensar que el joven cabo Amin se convertiría en el paradigma de los dictadores africanos. El tirano que asolaría Uganda, el déspota que mataría a miles de súbditos, era valorado por sus superiores como un ejemplo de disciplina y obediencia al orden colonial. No tenía otros méritos. Tampoco se le exigían. Las autoridades ni siquiera se dignaron a enseñarle un inglés mínimamente correcto. Bastaba con que tuviera unos rudimentos que le permitieran entender cuatro órdenes. (Cuando llegó a la presidencia, Amin tampoco perdió el tiempo mejorando su inglés: el poco que sabía ya le bastaba para impartir cuatro órdenes).

En 1962 el país consiguió la soberanía política. La inmensa mayoría de los ugandeses recibió la independencia como un giro de la historia que, por fin, los convertía en protagonistas de su propio destino. Por desgracia, muy pronto se hizo evidente la complejidad del paisaje político ugandés. Cuando la presidencia del Gobierno recayó en Milton Obote, la inestabilidad se adueñó del pequeño país centroafricano. Obote había sido educado en la tradición democrática inglesa. Y como tantos otros dirigentes africanos, partía de difusas concepciones socialistas que aspiraba a instaurar en Uganda por la vía democrática. Los problemas de Obote eran tan previsibles como insolubles: un país con estructuras del siglo XIX tema que llegar a un ideal socialismo del siglo XXI, y todo ello en un breve periodo. Ante las resistencias Obote recurrió a la fuerza del Estado. Uganda fue derivando lentamente en una dictadura encubierta. La paradoja era que, hasta cierto punto, la mentalidad obotista se resistía a abandonar las garantías de un Estado de derecho. Así, por un lado se detenía a miles de ciudadanos con todo el rigor

de un Estado policial. Por otro, los arrestos se daban a conocer tal y como marcaba la ley, es decir, por medio escrito. El resultado fue que durante cierto tiempo los boletines oficiales dedicaban más páginas a publicar listas de detenidos que a anunciar los decretos del Gobierno. En un cierto momento de detenciones masivas el Ejecutivo no dudó en tomar «prestadas» para ese uso las páginas de… ¡los periódicos de información general!

Para mantenerse en el poder Obote no tuvo más remedio que buscar el apoyo del ejército. Al mismo tiempo desconfiaba de las fuerzas armadas, la única institución que realmente podía amenazarlo. Existía un pequeño núcleo de oficiales competentes, educados por los ingleses. Hombres inteligentes, jóvenes, ambiciosos y con cierta graduación. Ante la inestabilidad política cualquiera de ellos podía verse tentado por la idea del «putsch».

En ese contexto aparece Amin, un oscuro suboficial al que no se le conocían otros méritos que la fuerza bruta, una total sumisión al poder establecido, colonial o local, y una insignificancia intelectual pregonada por todos. ¿Qué peligro podía representar? Obote patrocinó a Idi Amin. Éste ascendió rápidamente en el escalafón militar mientras se hacía cargo del trabajo sucio. O sea: aterrorizar o liquidar a los enemigos de la presidencia.

Visto con perspectiva resulta obvio que Obote cometió un error clásico. El problema de adiestrar a un perro para que mate a los lobos consiste en que, al final, el perro ha matado a tantos lobos que es peor que cualquier lobo. No faltaron las advertencias. En una ocasión Obote ordenó a Amin que dirigiera una operación secreta. Se trataba de ayudar a los rebeldes zaireños que operaban contra Mobutu desde bases ugandesas. Los rebeldes pagarían los pertrechos militares que se les proporcionaran con oro y marfil. Naturalmente, nada de todo aquello era legal. Naturalmente las finanzas derivadas no constaban en ningún registro. Y, naturalmente, cuando Amin regresó de la frontera se paseaba por Kampala con enormes fajos de billetes que regalaba con inmensa generosidad. Mientras duraron las operaciones Amin y el Gobierno se mantuvieron en contacto por radio. Dato revelador: el nombre clave de Amin era «Puñal»; el de Obote, «Gorrión».

Poco después el gorrión Obote sufrió una serie de atentados contra su persona. En el curso de uno de esos ataques el presidente resultó herido, pero consiguió sobrevivir. La actitud del cuchillo Amin fue de lo más sospechosa. Cuando unos soldados se acercaron a su casa Amin ni siquiera perdió el tiempo calzándose. Saltó por la ventana y huyó descalzo. Uno de sus subordinados le recriminó que aquel acto sólo tenía una palabra en el código

militar: deserción. El que así se manifestó murió poco después en extrañas circunstancias. O quizá nada extrañas, tratándose de Amin.

Fuera como fuera Obote no sabía, o no podía, detener la influencia de su protegido sobre el ejército. Amin se rodeaba de mercenarios sudaneses que había incorporado a sus unidades. Estos eran extremadamente fieles a su persona, muy al margen de Gobierno de un país que ni siquiera era el suyo. Seguramente Amin se hubiera sorprendido si alguien le hubiera dicho que aquello era «pretorianismo». Más o menos como el buen burgués que no tenía ni idea de que hablaba en prosa. Pero el hecho es que Amin llevó la teoría pretoriana hasta las últimas consecuencias, y durante una visita de Obote al extranjero, en enero de 1971, dio el golpe. Fue muy fácil. Quien más quien menos abominaba del Gobierno. Nada ni nadie, pensaban los ugandeses, podía ser peor que la «democracia» de Milton Obote. Estaban equivocados. Muy equivocados.

«Redentor nuestro y luz de Dios»

Así se refería el obispo Lutaaya al nuevo hombre fuerte. Pero sería injusto atribuir al episcopado de Uganda una ceguera particular. Lo cierto fue que por todo el país se extendió una alegría generalizada. El régimen de Obote había degenerado en una dictadura encubierta, y Amin se presentaba como el restaurador de la paz y la concordia civil. Su primer gabinete contemplaba, admirado, a un hombre que se reconocía «alumno» de sus ministros, «un simple militar al servicio de la nación», como él mismo se describía. Por esa época también manifestó ante cincuenta líderes de diferentes confesiones religiosas:

—Todo lo que haga lo haré por Dios y por mi país.

Como tantos dictadores, Amin empezó su mandato liberando a los presos políticos del régimen anterior. Entre los más destacados estaban los familiares y seguidores del Kabaka, el rey de Uganda, que se había mostrado hostil al presidente Obote. Poco después de anular sus penas Amin manifestó:

—Yo siempre he sido uno de los principales defensores del Kabaka.

Esa afirmación era ligeramente inexacta. Unos años antes, durante la revuelta de los waganda de 1966, el presidente Obote decidió recurrir al ejército. O sea, a Idi Amin. Cuando se iniciaron los altercados éste se presentó a Obote y, con una alegría pueril, solicitó permiso para bombardear la residencia del Kabaka. En una acción que se podría definir de cualquier modo menos de finura estratégica, el palacio fue bombardeado, ametrallado,

asaltado a la bayoneta y saqueado por la soldadesca. Hoy en día aún no se dispone de una cifra exacta de los muertos causados por el ataque. Lo más irónico de todo es que el Kabaka pudo huir. Los combates fueron interrumpidos por una tormenta tropical. El Kabaka se escurrió por una puerta trasera (que a nadie se le había ocurrido bloquear) y posteriormente alcanzó la frontera. El único trofeo que Amin pudo mostrar a Obote fue el sombrero ceremonial del Kabaka.

Pero los ugandeses se mostraron indulgentes. Después de todo, ¿qué importaba lo que hubiera hecho Amin bajo las órdenes de un Gobierno detestable? ¿Qué importaba su cuasi analfabetismo en lengua inglesa, que le obligaba a leer los discursos con un lamentable tartamudeo en la voz, confundiendo palabras e inventando construcciones sintácticas? Además, en algún momento de esta época Amin descubrió que no existía ningún motivo que le obligara a leer sus discursos, lodo lo que tenía que hacer era controlar la oposición a martillazos y recurrir a un talento que en él era innato: el de actor. Le encantaba aleccionar a sus conciudadanos. En un encuentro con profesionales de la medicina les instruyó: «Sobre todo, no beban demasiado. Operar a la gente cuando uno está borracho está muy pero que muy mal». Lo decía en serio. Los médicos, pese a la presencia del jefe del Estado, no pudieron evitar un estallido de carcajadas. Reían por lo grotesco del consejo… y porque aún no lo conocían bastante. Después ya no se atreverían a reír.

Una de las actividades predilectas de Amin consistía en desplazarse a cualquier localidad, preferentemente en helicóptero. La población acogía con entusiasmo a aquel hombre, el presidente del Gobierno, que se dignaba a pisar el más humilde de los poblados ugandeses. A continuación su excelencia se paseaba por el lugar rodeado de las autoridades locales, que le exponían sus problemas y demandas. Muy comprensivo, el «papá» Amin se dirigía a su ministro de Educación: «Te ordeno que construyas una escuela», o al de Sanidad: «Inmediatamente se iniciarán los trámites para edificar un hospital». Podemos imaginar la estupefacción (y el compromiso) de los ministros en cuestión, que prácticamente no disponían de recursos porque Amin destinaba casi el 50 por ciento del presupuesto estatal al ejército. Además, se convirtió en costumbre que los pueblos visitados obsequiaran al ilustre visitante con un regalo de un relieve financiero que eclipsaba el principio simbólico. En una ocasión, novecientas vacas. Los hospitales, las escuelas y carreteras nunca llegaban. Las vacas nunca volvían.

Muchos empezaron a entender que el país había caído en manos de un individuo que era la mezcla perfecta entre un showman y un gánster de uniforme. Y es que por esa época Amin había empezado a autoconcederse títulos que levantaban todo tipo de sospechas. Que se invistiera del pomposo cargo de «Mariscal de Campo y Presidente Vitalicio» creaba dudas sobre la salud democrática del nuevo presidente. Pero que se proclamara oficialmente «Señor de Todas las Bestias de la Tierra y Peces del Mar y Conquistador del Imperio Británico, de África en General y Uganda en Particular» creaba serias dudas sobre su salud mental. Que se adjudicara el título de «rey de Escocia» no dejaba lugar para ninguna duda.

Puesto que el dictador sólo podía confiar en su círculo de mercenarios sudaneses optó por ascenderlos, de modo que coparan los puestos estratégicos en el ejército. En un breve espacio de tiempo un gran número de individuos vio cómo se incrementaban sus emolumentos. Pero Amin rehuía la letra escrita. Por una proverbial desconfianza hacia el mundo burocrático o porque, simplemente, no sabía escribir. Así pues, la mayoría de los ascensos eran verbales. Al principio todo parecía funcionar sin demasiados problemas. Quien más quien menos sabía que Amin había hecho público que el sargento X se convertía en el capitán X. Sin embargo, en otros casos el ascenso sólo se notificaba en privado. El capitán Y se presentaba ante el oficial de pagos en cuestión y exigía su nueva paga de coronel, o el coronel Z pedía su nuevo sueldo de general. Muy pronto se incrementó la lista de los promovidos en todos los escalafones del ejército. «Orden directa del presidente Amin», era el argumento inapelable, y eso en el sentido más literal de la expresión. ¿Cómo comprobar una orden «directa» del mariscal en persona? Y en cualquier caso, ¿qué oficial de pagos se arriesgaría a oponerse a sus deseos?

Por otra parte Amin se ganaba a los suyos con toda clase de incentivos. Uno de estos incentivos fue el cursillo destinado a crear un cuerpo de inteligencia militar. Sin ahorrar recursos se contrató a los expertos más brillantes del ejército británico. Fue un fracaso. El juicio sobre la categoría del alumnado puede resumirse en dos frases, cuya indulgencia deberíamos adjudicarla a la flema inglesa del instructor:

—Evidentemente, un oficial del servicio de inteligencia necesita una cierta inteligencia básica. Mis alumnos no la tienen.

Tampoco la necesitaban. De hecho, la cualificación no importaba demasiado. El conductor de un tanque, por ejemplo, pasó a dirigir un regimiento mecanizado. Por lo que se refiere a los tan cacareados servicios

secretos, Amin liquidó la cuestión poniéndolos bajo la dirección de un soldado raso.

«Guerra económica» o guerra contra la economía

El pasado colonial, las débiles estructuras del país y la inestabilidad política habían dejado una herencia de difícil gestión. Gestión realmente imposible para alguien como Amin, que no tenía ni la más remota idea de los principios financieros que rigen cualquier Estado moderno. Al principio a Amin le bastaba con vociferar un argumento más o menos convincente:

—¡Toda la culpa es de Obote y de la herencia de su mal gobierno!

Delegación de responsabilidades que, si somos sinceros, convendremos que no era ni es patrimonio exclusivo de Idi Amin Dada. En cualquier caso, el ministro de Economía no dejaba de insistir sobre el déficit que acumulaba el Estado, cada día más preocupante. La orden que le dio fue paradigmática:

—Imprime más moneda.

No hace falta ser un genio de las finanzas para adivinar que la solución no funcionó. Ante la situación creada recurrió a sus dotes dramáticas a fin de presentarse como un modelo de austeridad. Así, por ejemplo, el mariscal Amin acudía a las inspecciones del ejército en bicicleta en nombre de la «guerra económica». No es ponderable el efecto que podían tener estas demostraciones en la opinión pública. Pero el ahorro no fue muy relevante, así que Amin buscó fuentes alternativas de financiación.

Una de las posibilidades más sugestivas era la inversión extranjera. Pero un año después de su llegada al poder, el capital internacional empezaba a ver que Amin generaba cualquier cosa menos confianza. Respecto a las ayudas externas, el Reino Unido, la antigua metrópolis, se mostraba reticente a proporcionar cualquier cosa que no fuera un flujo insignificante de donativos. ¿Quién estaría dispuesto a financiar el Estado ugandés? Originariamente Amin provenía de los kakwa, una etnia de confesión islámica. En Uganda los creyentes musulmanes eran una minoría irrelevante. Y a Idi Amin no se le conocía el menor sentimiento por la fe del Profeta ni por cualquier otra. Con todo, gracias a un éxtasis religioso oportuno se podían ganar nuevos aliados. En ese contexto se tiene que enmarcar la histórica visita a Libia. No sabemos exactamente qué dijo Amin al presidente Gaddafi. Fuese lo que fuese, el dirigente libio quedó entusiasmado. Amin era un fichaje de primera división. ¿Cómo era posible que la comunidad de creyentes aún no hubiera descubierto a aquel hombre piadoso, elegido para expandir la fe islámica y la cruzada

antisionista en el corazón de África? Desde ese momento el capital del petróleo empezó a fluir hacia Kampala con una regularidad constante. En contrapartida, y de la noche al día, en Uganda estalló el fervor musulmán. Al menos oficialmente. Es muy posible que Gaddafi se sintiera defraudado cuando devolvió la visita a su colega ugandés. Durante una conferencia en la Universidad de Makerere el presidente libio se entregó a un discurso de un islamismo feroz. Es muy probable que Amin lo hubiera informado mal (y premeditadamente) sobre el número y el vigor de los creyentes ugandeses. El hecho es que buena parte de los asistentes abandonaron la sala, ofendidos por la vehemencia del tono.

La segunda fase de la recaudación de donativos para recuperar la economía se llevó a cabo en el interior del país. Buena parte de los capitales ugandeses estaban en manos de la comunidad asiática, en especial de hindúes y paquistaníes. Un día Amin anunció al mundo que había tenido un sueño revelador: el Profeta le ordenaba que expulsara a los asiáticos de Uganda. En un buen principio nadie se tomó el anuncio seriamente. Pero cuando se acercaba el plazo decretado todo el mundo comprendió que el mariscal era un depredador. La voz del presidente atacaba a los asiáticos a través de las ondas radiofónicas, acusándolos de «ordeñar la vaca sin alimentarla». Cuando la expulsión ya era inminente vociferó en una emisión pública:

—Ya sé que muchos de ellos se pintan la cara con betún para parecer africanos. No les servirá de nada.

Y cumplió la amenaza. Más de treinta mil personas fueron expulsadas del país a finales de 1972. Muchos ugandeses se alegraron de la expulsión, ya que compartían los prejuicios de Amin contra los asiáticos. Pero, como era previsible, la inmensa mayoría de los bienes fueron a parar a manos de los acólitos del presidente. Aquello no era una privatización. Más bien habría que definirlo como una «piratización» a escala nacional. Las migajas que dejaron los militares se repartieron entre un desbarajuste de dimensiones catastróficas. En algunos sitios se establecieron comisiones que repartían comercios y negocios con criterios más que dudosos. En otros, ni eso: quien llegaba primero tomaba posesión de lo que encontraba. Como explicó Henry Kyemba, que en esas fechas era ministro de Amin: «Los nuevos propietarios estaban en desventaja. No conocían los precios de los artículos de sus comercios y preguntaban a los clientes: “¿Usted qué pagaba por esto?”. El comprador establecía el precio. Se vendían los artículos por una fracción de su valor. El propietario de un comercio de ropa confundía el número de la talla con el precio; así, vendía camisas de la talla 15 por quince chelines. Se

entregaron farmacias a personas totalmente ineptas, que vendían los productos —incluido venenos— a cualquiera que se los pidiera. Buena parte de los nuevos propietarios se limitó a saquear las existencias y se fue. Una inmensa riqueza se perdió para siempre. Eso sí: durante unos meses los militares y muchos funcionarios fueron felices».

No es sorprendente que Uganda sufriera una grave crisis en los sectores más estratégicos de la economía. Según un testigo muy cualificado, «llegó un momento en que no pudimos encontrar una aguja ni un alfiler en todo Kampala; teníamos que adquirir esos artículos en Kenia». Quien decía esto era Thomas Melady, embajador de los Estados Unidos en Uganda. Y cuando todo un embajador de los Estados Unidos de América no puede conseguir una aguja ni un alfiler en una capital populosa, es que la situación tiene que ser muy y muy grave. Ni siquiera había envases de vidrio. Las diferentes empresas comerciales se los disputaban, de forma que las botellas de cerveza se llenaban de refrescos, y al revés. Eso sí: con una pegatina que especificaba «Guerra Económica». Lo más curioso es que, por lo que sabemos, Amin se extrañó sinceramente del caos que siguió a su decreto de expulsión. Como tantos dictadores creía que la economía nacional era una especie de máquina, en la que basta con accionar palancas y apretar botones para que funcione sola. Sólo para citar unos cuantos parámetros, el Banco Mundial calculó que la producción ugandesa de cemento se había reducido durante su mandato en un 97,6 por ciento; la de acero en un 92,3 por ciento; y la de jabón en un 97,3 por ciento. Uno de los pocos índices productivos que aún mantenía cierto vigor era el de la cerveza.

«Nuestro payaso en Kampala»

A principios de 1974 la prensa de Kampala publicó varios anuncios en los que se solicitaba la concurrencia de ugandeses de raza blanca y provistos «de un alegre sentido del humor». No se especificaba mucho más, así que nos podemos preguntar qué llevó a algunos individuos a presentarse como voluntarios. Muy probablemente no recordaban que Amin había jurado convertirse en «una carga para el hombre blanco». Y, muy probablemente, ni se les ocurrió que tendrían que cargar a Idi Amin en el sentido más literal de la expresión. Cuando se celebró la cumbre de la Organización para la Unidad Africana en Kampala, todo el mundo pudo ver la enorme figura de Amin sostenida en un palanquín por porteadores blancos.

Amin coleccionaba imágenes de ese estilo, lo que lleva a pensar en una política premeditada; una política que se podría definir como «el disparate *avant toute chose*». El enigma consiste en saber hasta qué punto era consciente de las absurdidades que practicaba. Más allá de la imagen pública, Amin llevaba el ánimo estrambótico hasta la conversación privada. Y si no, que se juzgue el diálogo surrealista que mantuvieron el mariscal y un periodista español, Vicente Romero, que por aquellas fechas se hallaba en Uganda. Romero sufría una urgencia, expuso su caso al telefonista del Hotel Kampala International… ¡y éste llamó al número personal de Amin!

—Lo siento, no puedo recibirlo —se excusó el jefe de Estado—. Intento resolver el problema eritreo. Estoy ocupadísimo. Mañana llega una delegación de su Frente de Liberación para hablar conmigo. Es un asunto secretísimo. Verá…

No sorprende que la Universidad de Makerere nombrara doctor *honoris causa* a un mediador internacional tan hábil. (Somos partidarios de exonerar a la junta de gobierno del claustro de cualquier responsabilidad. ¿Qué rector en su buen juicio le negaría el título?) De todas formas, sobre la «causa» concreta del honor se podría especular ampliamente. ¿Consideraba que se merecía la distinción por sus méritos como jefe militar? Quizá sí. Por desgracia, su expediente de mariscal de campo tenía un par de manchas negras. La primera se refería a las maniobras bautizadas como Operación Ciudad del Cabo, que se realizaron en las cercanías del lago Victoria. Un simulacro en el que los bombarderos ugandeses se entrenaban para arrasar Ciudad del Cabo. Lamentablemente ni un solo proyectil acertó en el blanco; todas las bombas cayeron en el agua. La segunda mancha es el famoso secuestro aéreo de Entebbe.

Un comando palestino secuestró un avión comercial israelí y lo desvió al aeropuerto ugandés de Entebbe. Entusiasmado, Amin ofreció cobertura a los palestinos. Pese a que durante una época Israel había suministrado ayuda militar al régimen ugandés, las relaciones con el mariscal se tensaron con el acercamiento del régimen a Libia. Al final Amin acabó por expulsar a los asesores israelíes y se convirtió al más feroz antisionismo.

«¡Ahora sí que he pillado a los judíos!», exclamó cuando tuvo noticias del aterrizaje del avión. Por lo tanto, es muy difícil entender las emisiones de la radio ugandesa, según las cuales el jefe de Estado «está arriesgando su propia vida para liberar a los rehenes».

Lo que pasó a continuación es más que conocido. Tropas de élite israelíes llevaron a cabo un raid y liberaron a la práctica totalidad de los rehenes.

Durante los breves minutos que duró la acción murieron todos los secuestradores y docenas de soldados ugandeses. Por decirlo de algún modo, el alto mando ugandés no estuvo a la altura de las circunstancias: aquella noche los oficiales que supuestamente tenían que custodiar el aeropuerto estaban bebiendo y bailando en el hotel Lago Victoria. Cuando se escucharon los primeros disparos huyeron a sus casas. Sus familiares recibieron la heroica consigna de que si alguien llamaba no descolgaran el teléfono. En la confusión de los primeros momentos nadie sabía de qué se trataba. Hubiera podido tratarse de un golpe de Estado. Amin mantuvo una actitud digna de un líder: ninguno de sus domicilios le parecía seguro, así que se escondió en la casa de su chofer. En fin, pese a la desbandada que provocó la acción israelí, Amin estaba muy orgulloso de su ejército: en un solo día, durante la conmemoración del sexto aniversario del golpe de Estado que lo llevó al poder, repartió un buen puñado de medallas: dos mil.

Ningún fracaso reprimía su incontinencia oratoria. Al contrario. Casi se diría que se convertían en acicates de su increíble mal gusto retórico. De sus enemigos internos decía que no le preocupaban porque sólo eran «gonorrea política». A su ministra de Asuntos Exteriores la destituyó fulminantemente con la delirante excusa de que «había mantenido relaciones sexuales en los lavabos del aeropuerto Charles de Gaulle». Y por si quedaba alguna duda sobre el alcance de su humildad personal no tuvo reparos en declarar ante los micrófonos nacionales:

—Me considero la figura más poderosa del planeta.

Por lo que se refiere al consumo interno de la tontería, pues, la procacidad de Amin no tenía límites. Las astracanadas de consumo externo, tampoco.

Como Reino Unido sufría una crisis económica, reunió tres toneladas de verduras para enviarlas a Londres, no fuera a ser que los niños ingleses pasaran hambre. Curiosamente el Gobierno británico no envió ningún transporte para recoger el presente. Después de la entrevista de Nixon con Golda Meir declaró que la *premier* israelí «menea las bragas cuando camina». Afirmación rotunda y análisis de una profundidad ideológica que, como es de suponer, paralizó a la *intelligentsia* del bloque del Este, del Oeste y de los países no alineados. Se permitió aconsejar al mismo Richard Nixon sobre cómo debía gestionar el asunto Watergate. Si nos atenemos a la perspectiva histórica hemos de deducir que Nixon le hizo caso. El telegrama que recibió su sucesor, Gerald Ford, fue muy lacónico pero de un alto poder impactante: «I love you» («Te amo»). Los politólogos aún discuten los significados ocultos de tan misteriosa misiva.

Todo esto parece indigno de un presidente en funciones, pero no es nada comparado con los obuses literarios que reservaba para Kenneth Kaunda, presidente de Zambia. Si existiera un *ranking* de jefes de Estado vilipendiados por sus colegas de otros países, no hay ninguna duda: Kaunda se elevaría a la categoría de mártir. Y es que, de todas las víctimas de esta peculiar dialéctica, Kenneth Kaunda era el preferido del mariscal. Amin aclaró lo que opinaba de su homólogo zambiano en un telegrama. Y tendremos que convenir que la aclaración no podía ser más diáfana: «No encuentro una forma mejor de describirte que como lameculos, altavoz y marioneta de los imperialistas».

Para acabar de rematarlo añadió una reflexión más lírica: «Hasta me pregunto si tus suspiros y tus lágrimas no son como los de una mujer frígida incapaz de satisfacer a su marido».

En Uganda se inició una auténtica ola de «kaundofobia», podríamos decirlo así, que se extendía a toda la prensa escrita. El principal diario de Uganda publicaba artículos directamente inspirados por Amin. El punto álgido llegó poco después de una cumbre en la que Kaunda había criticado el régimen de Kampala. Según *La Voz de Uganda:* «Se espera que como prueba de agradecimiento por lo que han dicho del doctor Amin, estos dos señores (Kaunda y Ramphal, secretario general de la Commonwealth), quizás Su Graciosa Majestad la Reina de Inglaterra los honre con un par de sus bragas viejas como recuerdo del aniversario de su coronación. Es posible que reciba el mismo premio el primer ministro inglés, el señor Callaghan, por sus ataques al buen nombre de Uganda».

En 1975 hizo una gira por Europa que lo llevó hasta la República Federal de Alemania. Poco después la radio ugandesa se refirió al «inmenso estupor» del mariscal cuando descubrió que en todo Berlín no existía ni un solo monumento dedicado a la memoria del político más insigne de la historia de la humanidad: Adolf Hitler. Como desagravio, Amin se comprometió a erigirle uno en Kampala.

En fin, el mismo año visitó oficialmente el Vaticano y fue recibido por el Papa en persona. No consta que intentara convertirlo al islam.

Un purgatorio musulmán

En algunos aspectos el «Dada» (papá) lo era de verdad. Las cifras más precisas hablan de cinco mujeres oficiales, diez semioficiales, treinta amantes, también semioficiales, y cuarenta y tres hijos, más o menos contabilizados.

Pero, sorprendentemente, el más cruel de los tiranos tenía graves problemas para controlar a sus mujeres.

Al margen de una prolífica vida sexual (hasta recibía en audiencia a algunos ministros en la cama, tras hacer el amor), Amin no se podía permitir el lujo de tratar a sus mujeres oficiales de cualquier modo. Cada una de ellas personificaba una alianza con diferentes sectores de la sociedad ugandesa. Someterlas a un abuso excesivo podría debilitar su poder. Así pues, cuando las tres primeras mujeres se hartaron de Amin decidieron formar un frente común. Todo culminó en una fiesta privada, en que las tres invitaron a sus amigos y amantes. La fiesta derivó en orgía y los escoltas corrieron a informar al presidente. Amin telefoneó a sus mujeres conminándolas a detener todo aquello. La respuesta fue que se fuera al infierno.

La cuarta mujer recibía palizas de su marido. Pero se asegura que Amin estaba locamente enamorado de ella. En cierta ocasión los golpes acabaron con una fractura de muñeca… del mismo Amin. El dictador sentía auténtico pánico a mostrarse en público como un ser humano débil, así que al día siguiente se quitó el yeso que le habían puesto los médicos norcoreanos. El hueso no se soldó bien.

La quinta mujer, en fin, era una *gogo girl* de *jazz* que actuaba para la Unidad Mecanizada Suicidio. Pese a la pasión que Amin sentía por ella nunca se quedó embarazada, lo que se convirtió en una auténtica frustración para él.

Las desgracias familiares se extendieron a su vida política cuando se enfrentó con Julius Nyerere, el presidente de Tanzania. El mariscal reivindicaba una porción del territorio tanzano. Los litigios diplomáticos entre los dos países acostumbraban a culminar con unos irónicos comunicados de Amin, en los que juraba amor eterno al maduro Nyerere. Uno de los telegramas que acabaron con la paciencia del veterano político tanzano proclamaba: «Con estas breves palabras quiero asegurarle que lo amo, y que si usted hubiera sido una mujer sin duda alguna la desposaría pese a que su cabeza está llena de cabellos grises. Pero como usted es un hombre, tal oportunidad no existe».

Cuando la tensión entre los dos países subió de tono el dictador de Uganda propuso resolver la disputa con un duelo personal: él y Nyerere se enfrentarían en un combate de boxeo. Amin era extremadamente corpulento, Nyerere tenía una constitución física casi ascética. Así que, para compensarlo, Amin se ofreció a saltar al *ring* con un brazo atado a la espalda. El árbitro sería Cassius Clay. Curiosamente Nyerere no aceptó. En lugar de eso, cuando las tropas ugandesas invadieron Tanzania el ejército de Nyerere inició una

contraofensiva que no se detuvo hasta la ocupación de Kampala y el derrocamiento de Idi Amin.

En abril de 1979 al dictador de Uganda no le quedaba otro camino que el del exilio, que emprendió seguido de buena parte de su familia. Cuando las tropas tanzanas entraron en uno de sus palacios descubrieron, bajo la cama, una misteriosa caja. Lo que encontraron en su interior podría considerarse una muestra de humor negro. También era una definición perfecta de la mentalidad de Amin: la caja contenía granadas de mano y cintas de Walt Disney.

Es extraño que Idi Amin Dada, Señor de Todas las Bestias de la Tierra y Peces del Mar, no conociera la regla número uno de todos los dictadores, que consiste en enviar al extranjero, a Suiza preferentemente, un buen porcentaje del expolio efectuado. Sin recursos a su alcance, convertido en un paria político, tuvo que aceptar un refugio de fortuna en Arabia Saudí. Tampoco tenía más opciones: hasta diecinueve países le negaron el asilo. Los saudíes lo acogieron por sus méritos (más bien retóricos) en favor del islam.

A partir de su exilio de 1979 las noticias sobre Amin se vuelven más y más esporádicas.

En 1989 intentó regresar a Uganda. (Podemos suponer con qué intenciones). En el aeropuerto de Kinshasa lo reconocieron y lo facturaron de nuevo hacia Ryad.

En 1999 un periodista ugandés pudo entrevistarlo en su refugio dorado de Arabia Saudí.

Sobre su vida cotidiana: «Llevo una vida tranquila, soy un hombre muy religioso».

Sobre sus actividades públicas: «A mí la política no me interesa».

Pero cuando se le preguntó sobre el nuevo Gobierno ugandés se indignó: «Sólo pido un poco de yuca de mi pueblo, que es la mejor del mundo. ¿Por qué impiden que me la hagan llegar?».

Amin murió en agosto de 2003 a causa de una enfermedad renal. Las autoridades ugandesas no se opusieron a que su familia repatriara el cadáver.

Bokassa

El emperador del mal gusto

«De Gaulle es mi papá».

Bokassa

«¿Quién es ese idiota que tenemos en Bangui?».

Charles de Gaulle

Bokassa, Jean Bedel. Más conocido familiarmente como Jean Bedel Mindongon N'Goundoulou Dondagdokanda Sesekelebolta A Da Diaye A Da N'Zou A Da Zolavo A Da Kongue A Da Gagoula A Da Mohauzo A Da Zini A Da Dabogu Gbokossegoto Bokassa. Éste era el hombre. Pero ¿cómo clasificarlo? Si se le acusa de dictador, más valdría pensar en Chaplin; si lo tratamos de loco, fue demasiado perfecto en su delirio napoleónico; de todos los locos que se han creído que eran el emperador de los franceses, él fue el único que consiguió coronarse emperador de los centroafricanos. Se lo juzgue de una forma o de otra, Bokassa desborda la acusación, de tal forma que la historia, antes de dictar sentencia, se pregunta: ¿pero realmente existió Jean Bedel Bokassa?

Se cree que sí, que un tal Jean Bedel Bokassa nació en M'Baiki, una pequeña localidad de la actual República Centroafricana, el 22 de febrero de 1921. La imagen de Bokassa llegó a ser muy conocida en Europa, al menos durante sus años de apogeo. No era especialmente turbadora. Algunos tiranos consiguen hacernos creer que esconden secretos carismáticos. Bokassa no. Más bien hacía pensar en un visionario que no ve nada. Las imágenes que se conservan de él nos hablan de un individuo que no se sitúa por encima de los hombres; sólo se mantiene al margen de ellos. De alguna forma extraña, Bokassa se emancipa del fotógrafo. Vive en otra dimensión. Cuando se nos aparece con sus hijos, parece que guíe un rebaño. Cuando lo coronan, se diría que es una estatua más del decorado. Cuando saluda a un jefe de Estado, es tan afable que se reduce a la condición de súbdito. Nunca ocupa la posición que en teoría le corresponde, siempre vive en una órbita extraña.

De su primera juventud sólo destacan dos noticias. La primera es que recibió una superficial educación católica. La segunda, que, como tantos jóvenes africanos sin oficio ni beneficio, se incorporó a las tropas coloniales. Comparado con la mayoría de sus compatriotas, Bokassa vivía en unas condiciones muy dignas. En justa compensación, él siempre fue un soldado modélico. A principios de la década de 1940 siguió a su regimiento hasta Europa, donde participó en algunos combates de la Segunda Guerra Mundial. Poco después la vida militar al servicio de Francia lo llevó a Indochina,

donde, por una afortunada coincidencia, se libró de la matanza de Dien Bien Phu. ¿No era esto una señal de que la Providencia le reservaba un destino superior?

A partir de este momento sigue el guion típico de los tiranos africanos. Cabo en 1940, suboficial en 1956, oficial en 1958. Bokassa vuelve a su país y descubre que éste se ha convertido en un Estado independiente. Esto implica un importante cambio sociopolítico: antes era expoliado por los franceses; ahora lo expolian los franceses y también algunos africanos. Gobierna David Dacko. El pueblo lo acusa de ser un títere de Francia. Popularmente se le conoce como La Vaca que Ríe, porque se parece al dibujo que aparece en el envase de unos quesitos franceses. Dacko hace dos declaraciones típicas de los presidentes africanos que van a ser derrocados. Primera:

—El coronel Bokassa sólo sirve para coleccionar medallas.

Segunda:

—Es demasiado estúpido para dirigir un golpe de Estado.

No obstante, por si acaso, Dacko redujo los presupuestos del ejército y aumentó los de la policía, donde contaba con hombres más fieles. Esto enfureció al coronel Bokassa, que comentó con sus amigos más íntimos:

—Estoy justamente indignado. Si me niegan presupuesto para el ejército, alguna solución tendremos que encontrar.

¿Y qué solución podía encontrar?

—Daré un golpe de Estado.

El golpe de Estado lo llevó a cabo el último día de 1966. Como tantos dictadores, el presidente Bokassa empezó su obra de gobierno con hechos y declaraciones inmaculados:

—Sólo tengo un deber: que la República se desarrolle.

De Francia llegó una flota de autobuses con el fin de organizar un servicio de transporte público. El país no tenía orquesta nacional, él creó dos. Bokassa destinó buena parte de su sueldo al Hospital General de Bangui. Hizo acto de presencia en oficios religiosos públicos. Con frecuencia se le veía a los pies de una estatua de la Virgen María, rogando con auténtico fervor. Esta actitud no era completamente hipócrita, ya que él mismo calificaba a su golpe de Estado de «milagro». ¿Y la moralidad pública? Bokassa sentía una especial debilidad por el sexo femenino. El ejército cerraba los locales sospechosos de amparar la prostitución. Y en una ocasión, decidió que la mejor forma de celebrar el Día de la Madre sería liberando a todas las mujeres encarceladas. De inmediato puso en práctica esta genial idea. Pero no le pareció suficiente. Los grupos de presión feministas, que en la República Centroafricana tenían

un cierto peso, le solicitaron que acabara con la discriminación de las mujeres. Poco después Bokassa firmaba un decreto que atacaba la esencia del machismo nacional: se prohibía la poligamia.

El padre pródigo

Por desgracia, no se puede afirmar que Bokassa fuera demasiado consecuente con las leyes que él mismo decretaba: tuvo más de setenta mujeres. En realidad, no establecía demasiadas diferencias entre sus medallas y sus mujeres. Todas las condecoraciones que había conseguido en Asia o en Europa estaban enmarcadas y se exhibían ante la prensa mundial. Como soldado francés había obtenido, durante la Segunda Guerra Mundial y el conflicto de Indochina, la Cruz de Guerra, la Medalla Militar, la Legión de Honor y diversas condecoraciones más. Cuando empezó a dirigir los destinos de Centroáfrica, no obstante, pudo poner de manifiesto sin ningún obstáculo sus múltiples talentos, por lo que se autoconcedió algunas modestas insignias: Gran Maestro de la Orden Centroafricana, el Mérito Militar y, evidentemente, Comendador de la Orden de la Operación Bokassa. Para que no quedara ninguna duda sobre sus capacidades multisectoriales, también recibió el Mérito Agrícola, el Mérito Industrial y Artesano, el Mérito Postal y otro que resulta más difícil de clasificar: Mecenas de los Laureles Académicos. Desde el momento en que toma el poder su carrera militar adquiere un ritmo meteórico: autoascendido a coronel, a general, a general de dos estrellas. En 1972 se proclama presidente vitalicio. En 1974, por fin, mariscal y papá de todos los centroafricanos.

Como viajaba mucho, los diferentes países que visitaba se veían obligados a reconocer su grandeza política y humana: más de veinte Estados lo condecoraron, desde la Unión Soviética hasta Japón. El único problema radicaba en que ningún uniforme resistía el peso de tanta gloria metálica. Los sastres tenían que aplicar una técnica especial, que consistía en poner unos refuerzos a la ropa para convertirla en una armadura.

Así, Bokassa se refería a sus medallas por su origen: la rusa, la japonesa, etcétera. Con las mujeres hacía lo mismo: la congoleña, la alemana, la sueca, la rumana, etcétera. Pero, como tantos otros dictadores polígamos (y algunos presidentes democráticos polígamos, seamos justos), gozó de escasa felicidad en su vida matrimonial y familiar. Su primera mujer era una belga, con la que se había casado en Europa durante la euforia de la victoria contra el Tercer Reich. Se divorciaron inmediatamente. La segunda murió en un accidente de

tráfico. La tercera era una vietnamita. La abandonó cuando su regimiento volvió a Europa. Enamorado de las vietnamitas, no obstante, reincidió y se casó con otra mujer de esta nacionalidad en Brazzaville. Se divorciaron inmediatamente. La quinta fue una francobelga. En efecto, también se divorciaron inmediatamente. A partir de la sexta ya no se divorció. Simplemente no permitió a sus esposas que se divorciaran. Es presidente vitalicio y se casa con todas las mujeres que quiere o que puede. En un viaje oficial a Rumanía conoce a una bailarina folclórica. Se enamora y se casa con ella. Bokassa tenía una gran afición por los aeropuertos y por las folclóricas. Cuando llega a la capital de Mauricio, las autoridades le han preparado una recepción, también folclórica. Las chicas bailan en señal de bienvenida y Bokassa recorre las filas señalando con un dedo, aquí y allá:

—¡Ésta! ¡Y ésta! ¡Y ésta!

Esa misma noche decide que la República Centroafricana abrirá una embajada permanente en Mauricio.

A veces era más romántico. En una ocasión se encontraba en el aeropuerto de Libreville, despidiéndose de su homólogo de Gabón, el presidente Bongo. Bongo y Bokassa eran grandes amigos. (Tenían muchos aspectos en común. Algunos enemigos de Bongo lo acusaban de ser un pigmeo, los de Bokassa formulaban idéntica acusación en contra de él). Pero, cuando el avión ya estaba preparado, el centroafricano vio una chica excepcionalmente bella. Se aproximó a ella y le susurró al oído:

—No salgas del aeropuerto. Vuelvo enseguida.

Apenas llevaban un cuarto de hora volando cuando ordenó al piloto que diera media vuelta. Bongo, que se dirigía hacia su residencia fue informado, y, con la natural alarma, hizo girar en redondo la comitiva para regresar al aeropuerto. ¿Qué estaba pasando? ¿Un golpe de Estado en Bangui? Pero Bokassa bajó las escalerillas del avión con aires de felicidad:

—Mi primera visita era oficial —anunció—; ésta es privada. Vengo para casarme con una ciudadana de tu país.

Y se casó con ella.

Si esta unión despedía olor a fantasía, no fue nada comparado con el caso Martina. O, para ser más exactos, deberíamos decir que el caso Martina era casi un cuento de hadas escrito conjuntamente por las plumas de los hermanos Grimm y de Sautier Casaseca.

Ahora que tenía el poder absoluto, Bokassa se podía permitir el lujo de mirar hacia atrás. Él mismo aseguraba que los años más felices de su juventud fueron los de su experiencia asiática. En Vietnam se había casado con una

mujer con la que tuvo descendencia, una niña que fue bautizada con el nombre de Martina. ¿Dónde había ido a parar esa niña, que ahora debía de ser toda una mujer? ¿No sería posible ofrecerle todos los honores que merecía? ¿No podría el embajador francés ayudar al viejo guerrero en una cuestión tan delicada y tan sentimental? Evidentemente, las energías diplomáticas de Francia se movilizaron a la búsqueda del tiempo perdido de Bokassa. Y es que París tenía una deuda con aquellos hombres que habían luchado por la *grandeur* más allá de su origen, nacionalidad o fortuna; sin duda alguna, el Gobierno francés habría hecho lo mismo por cualquiera de ellos. No seamos malpensados: que Bokassa fuera el dictador de un país con recursos estratégicos, evidentemente, no tenía nada que ver con la buena voluntad de la Administración gala. Y, en efecto, poco después apareció Martina, una chica vietnamita que se dedicaba a vender tabaco por las calles de Saigón ahora a los soldados yanquis. ¡Un sueño hecho realidad! Del Saigón en guerra al palacio de un jefe de Estado.

El vuelo de Martina aterrizó en Bangui a altas horas de la madrugada. No obstante, allí estaban, esperándola todas las autoridades políticas y una guardia de honor africana con uniformes napoleónicos. Los altavoces la recibieron con música de bienvenida.

Las emisoras de radio de todo el país anunciaban la buena nueva. Es comprensible la emoción del padre y de la hija. Fue una lástima que ella sólo hablara vietnamita. Pero Bokassa recordaba algunas frases de este idioma y, en los días siguientes, con algunas dificultades, le hizo entender que le estaba presentando al pueblo de Centroáfrica, al Gobierno en pleno y al cuerpo diplomático de todo el mundo. He aquí la hija que vuelve, era la consigna. En lugar de hija pródiga se podría hablar de padre pródigo, aunque sólo fuera porque Bokassa no ahorró gastos en las fiestas que se organizaron en todo el país.

Ni siquiera hacía un mes que el reino era feliz, cuando un estúpido periódico de Saigón publicó la noticia: Martina era una impostora. Después de que se hiciera público que Bokassa acogía a la chica docenas de candidatas se habían presentado en la embajada francesa en Saigón. Todas se llamaban Martina y todas aseguraban que eran las auténticas hijas de Jean Bedel Bokassa. Durante la guerra de Indochina una multitud de hijas ilegítimas de soldados franceses fueron bautizadas con el nombre de Martina en honor de una popular cantante que había visitado el país para elevar la moral de la tropa. Pero una de ellas, humilde trabajadora de una fábrica de cemento, tenía una foto de su madre con el joven Bokassa y un certificado de nacimiento

irrefutable. Bokassa, qué remedio, también la tuvo que invitar a su palacio. Esta vez la acogida fue más discreta.

Hay ocasiones en que incluso la indignación de un déspota es comprensible. Furioso, en la frontera del desequilibrio mental, Bokassa llamó al embajador francés para «discutir de una conocida materia que afecta a las relaciones entre los dos países». Por lo general, los diplomáticos viven bien. Tienen ocasión de ver mundo, ganan un sueldo razonablemente decente y a cambio sólo se les exige que beban champán y coman caviar. Como dijo un cónsul, el único inconveniente del oficio es que, con frecuencia, «has de aguantar un absurdo discurso de cuatro horas con un solo *whisky*». También hay otro problema. Y es que, a veces, algunas veces, son destinados a países en que manda un loco que puede regalar uranio radioactivo a Mao Tse Tung o a Muammar el Gaddafi. Los envían allí, justamente, para impedirlo. Y, a veces, un tirano con fama de antropófago les pide que acudan a su palacio y le expliquen por qué le han cargado una hija falsa, por qué demonios ha hecho un ridículo mundial por su culpa y por qué no tendría que declarar la guerra a Francia.

El embajador no fue recibido con excesivos honores. En realidad, Bokassa estaba tan exaltado que el precipitado encuentro tuvo lugar en una habitación sin muebles. Todo lo que había era un colchón, en el que el francés y Bokassa se sentaron el uno junto al otro. (Demasiado cerca, seguramente, para el criterio del alto representante del Eliseo).

Por lo que se sabe de la reunión, el embajador no dijo casi nada. Bokassa rugía y el embajador le daba la razón. Bokassa le exigía que se llevara la falsa Martina a París y el embajador le daba la razón. Llamó a la auténtica Martina, le levantó las faldas y dijo al diplomático:

—¡Mira! ¿Cómo no te diste cuenta? ¡Tiene mis muslos! —y el embajador, naturalmente, le dio toda la razón.

Bokassa había pensado en devolver la falsa Martina a la embajada francesa en un acto público multitudinario, pero finalmente optó por uno de esos gestos paternales y populistas a los que era tan aficionado. Adoptó a la falsa Martina y se dirigió a la opinión pública. Pedía a los centroafricanos que acogieran a sus dos hijas con los brazos abiertos. Y lo hicieron. La auténtica se casó con un médico; la falsa, con un militar. La boda de las dos parejas pretendía cerrar el asunto. Una ceremonia de alto nivel, a la que asistió el presidente Bongo de Gabón, entre otras personalidades (Bokassa y Bongo eran muy amigos). Es una auténtica lástima que la historia no acabara con la previsible felicidad. El yerno militar se pasó a las filas de la subversión, y un

día arrojó una granada a su suegro. Por suerte o por desgracia, todo depende del punto de vista, no estalló. Durante el juicio el acusado mantuvo, como línea de defensa, que la granada de fragmentación no pretendía matar al mariscal, sino sólo dejarlo inconsciente. Respecto a la sospecha de que intentara suplantar a Bokassa en el poder (estuviera éste muerto o inconsciente para siempre), lo negó todo.

Esfuerzo inútil. Los cómplices confesaron. Dijeron que el yerno odiaba a Bokassa y que, además, cuando hablaba de él en círculos íntimos lo acusaba de ser un «pigmeo ridículo».

—¡Te he casado con mi hija! ¡Me he gastado mi dinero contigo! —exclamó Bokassa—. ¿Y qué he conseguido? ¡Que pretendas matarme y que me insultes diciendo que soy un pigmeo!

(Que conste una pequeña aclaración: quienes acusaban a Bokassa de «pigmeo» no eran antropólogos incompetentes. En África Central se trata a los pigmeos de salvajes, y la palabra se utiliza como insulto. Por definirlo de alguna forma, los pigmeos africanos padecen el mismo estigma, aproximadamente, que los gitanos europeos).

Un emperador para la República

La República Centroafricana era un Estado pobre. Aunque contaba con algunos yacimientos de minerales muy valiosos, la inmensa mayoría de la población vivía al margen de estos recursos. La situación geográfica no estimulaba el intercambio; Bangui se encontraba lejos de las rutas comerciales con el agravante de que los países de su alrededor tampoco contaban con buenas vías de comunicación. Pero lo peor eran las estructuras políticas. La soberanía estatal era una entelequia. Como en otros países de la región, París ejercía una tutela no declarada. La idea era instalar «Gobiernos amigos», que recibían una cierta ayuda siempre y cuando protegieran los intereses de Francia. Los «Gobiernos amigos» tenían una doble ventaja. Teóricamente eran soberanos y, por lo tanto, debían afrontar las críticas internas. Pero, de hecho, su soberanía estaba sometida al control de la antigua metrópolis y, en caso de amotinamiento, se les derrocaba con mayor o menor discreción. La palabra técnica es neocolonialismo, que se puede matizar con el eufemismo influencia. Así pues, cuanto más «influido» esté «nuestro hombre en…», mejor. Y, evidentemente, la República Centroafricana era un modelo de influencia; el padre del presidente francés Giscard d’Estaing había mantenido allí importantes negocios, y diversos primos del jefe de Estado

galo comerciaban con el marfil y el uranio del país. El mismo Giscard (que recibía el apodo de *El Africano*) había recibido de Bokassa, como regalo, una inmensa reserva de caza, a la que el político francés solía ir de safari con sus amigos. Y el dictador centroafricano obsequió, tanto a Giscard como a sus colaboradores, con numerosos diamantes.

Curiosamente, el problema era que Bokassa estaba demasiado influido por Francia. Que encargase uniformes para su guardia personal a los mejores sastres de París no era nada extraño. (Muchos dictadores miman a su escolta). Pero tenía cierta gracia que los uniformes fueran una réplica exacta de los de los húsares napoleónicos. Empezaron a pasar cosas raras. Cuando se preparaba una cumbre internacional, Bokassa se empeñó en recibir al presidente francés con un uniforme de mariscal del imperio napoleónico. Fueron necesarias gestiones al más alto nivel para disuadirle (no por ello tiró el uniforme; lo usó en otros actos públicos). Cuando nació una de sus hijas (la número diecinueve), obligó a todo el mundo a llamarla «princesa Anna». A algunos les extrañó. ¿Princesa? Sí, princesa.

Por fin, Bokassa anunció a Giscard d'Estaing su propósito de hacerse coronar emperador. ¿No le parecía una buena idea reproducir el imperio napoleónico en el centro de África? ¿Un imperio con toda la pompa y el esplendor del siglo XIX? Como buen político, D'Estaing sólo formuló objeciones colaterales. El acontecimiento será muy bonito, efectivamente, vino a decirle el francés. Tu país es uno de los más pobres del mundo, arrastra una deuda de 70.000 millones de francos, la coronación será carísima, los periodistas de todo el planeta se reirán de ti y, por extensión, de mí, hasta el día del juicio final. Si tenemos en cuenta todos estos factores secundarios, ¿no sería mejor una cosa modesta y tradicional, a la africana?

¿Modesta? ¿Tradicional? Poco después Bokassa establecía relaciones con la Libia de Gaddafi. Siempre se había referido a D'Estaing como «mi primo», ahora consideraba a Gaddafi un «hermano». Bokassa se convirtió a la fe musulmana. Su nuevo nombre, Salaheddin Ahmed Bou Kassa. A la bandera de la República, que ya era sobradamente vistosa, le incorporó una media luna. Y se decidió a aplicar en Centroáfrica las «ideas revolucionarias de la Jamahirya Arabe Libya, auténticamente africanas y nacionalistas». Pero los planes para coronarse emperador continuaban intactos. Los franceses, temiendo que Bokassa cambiara de bando, no sólo dieron el plácet a la entronización, sino que ofrecieron los créditos necesarios para llevarla a cabo con la imprescindible pompa. Los libios seguían atentamente el caso y aprobaron lo que, contradiciendo todas las experiencias políticas previas, sería

el primer imperio revolucionario de la historia. Bongo aplaudió con fervor. (Bokassa y Bongo eran muy amigos, recordémoslo).

No se ahorraron gastos: todo el presupuesto anual del Estado se perdió en un solo día, el 4 de diciembre de 1977. El pintor Hans Linus trabajó en dos retratos del emperador Bokassa I. El trono, de dos toneladas de peso, fue bañado en oro. Se consiguieron treinta caballos de pura raza normanda. (Por desgracia, en el trópico hacía más calor que en Normandía y la mitad falleció antes de la ceremonia). La corona y la capa pretendían ser réplicas exactas de las que lució Napoleón. Como colofón, se compusieron diversas marchas imperiales y una *Oda a la coronación* que resume muy bien el mundo en que vivía, o pretendía vivir, Jean Bedel Bokassa, emperador de los centroafricanos:

¿Sabéis dónde se respira hoy
El espíritu cristiano de Francia?
¿De la antigua Roma y de Bizancio?
En Bangui, la Coqueta.

El sucesor de Clodovico el Grande,
De los héroes de Grecia y de los galos,
De Carlomagno y de san Luis,
De Bonaparte y de De Gaulle

Es Bokassa, Caesar Augustus,
El más ilustre de los franceses.
Arrodillémonos ante él,
Celebremos sus favores.

Bokassa, el nuevo Bonaparte;
Bangui, su ilustre ciudad,
Eclipsa Roma, Atenas, Esparta
Con su deslumbrante belleza.

Se invitó a todas las autoridades mundiales. En este aspecto, no obstante, la entronización resultó un fiasco. Una tras otra, todas las monarquías del planeta excusaron amablemente su ausencia. Desde el *sha* de Persia hasta la familia imperial japonesa. La única gran potencia que aceptó el convite fue Liechtenstein, en la persona del príncipe Emmanuel. No apareció ningún presidente del Gobierno en activo, ni siquiera Bongo (aunque eran muy

amigos, Bongo prefería contemplar qué le pasaba a Bokassa desde la barrera). Hasta dos de sus aliados más próximos, Idi Amin y Mobutu, declinaron el compromiso. Bokassa se limitó a menospreciarlos:

—Me envidian, porque yo tengo un imperio y ellos no.

Respecto al Santo Padre, no fue tan fácil esconder la desilusión. Bokassa insistió, pero la diplomacia vaticana tenía dos mil años de experiencia y alegó que Pablo VI era «demasiado viejo para este viaje».

En cuanto a los detalles de la ceremonia, se trató del típico ritual imperial. Bokassa I se paseó con su caravana de Mercedes, dándose el típico baño de multitudes (miles de centroafricanos se distribuían entre gigantes letras B de cartón piedra). Se corearon los gritos típicamente espontáneos: «Viva el emperador Bokassa I». Se hizo el típico oficio religioso y el típico juramento en el que Bokassa I se comprometía a defender el imperio «de acuerdo con los sagrados ideales del partido único». Y a la hora de comer, típicamente, se estropeó el aire acondicionado.

Por la noche tuvo lugar la cena de honor, a la que asistieron las personalidades invitadas más destacadas, entre las que había algunos representantes franceses: René Journic, asesor presidencial de Asuntos Africanos, y Robert Galley, ministro de Cooperación. Este último era de los que opinaban que la mejor defensa es un buen ataque y, ante las críticas de la prensa a su asistencia, replicó:

—Todas estas objeciones apestan a racismo.

¿A quién trataba de racistas? Muchos diarios europeos de esa época clamaban contra la «gloriosa payasada» del «carnicero de Bangui» (entre otros muchos titulares por el estilo). Pero la inmensa mayoría de los periódicos africanos tampoco ahorraban críticas al nuevo «emperador». Y, por lo general, se puede suponer que los periodistas africanos son negros y que su fobia contra Bokassa no tiene nada de racista.

De todas formas, el emperador era un hombre agradecido e hizo que Galley se sentara junto a él. El menú tenía platos tan exquisitos como Chausson aux écrevisses, Suprême de capitaine à l’oseille, Antilope sauce grand veneur y Gâteau imperial. Cuando el ágape tocaba a su fin, preguntó a Galley, en susurros, si la comida era de su agrado. Este contestó afirmativamente. Y, de forma todavía más confidencial, Bokassa le comentó:

—Pues no se lo digas a nadie, pero estás comiendo carne humana.

Era una broma.

Bokassa I el Breve

«Unidad, Dignidad, Trabajo». Éste era el lema del imperio centroafricano. Pero estos principios no eran demasiado compatibles con la realidad. República o imperio, la economía centroafricana caía y recaía (en seis años se redujo la población de elefantes a la mitad a causa del trafico abusivo de marfil). Y el emperador cada día tomaba decisiones más extravagantes. Entre sus proyectos destacaba la construcción de una ciudad en miniatura, que se poblaría con pigmeos. (Quizá ya se había hartado de insultos y empezó a simpatizar con los pigmeos). A un enfermero anestesista que le pareció muy competente lo nombró médico por decreto. Ascendió a general de aviación a un soldado que dio un par de bofetadas a un ciudadano francés que se reía de la figura imperial. A uno de sus propios hijos lo encerró en la cárcel durante todo un mes porque contradecía su voluntad (padre e hijo diferían respecto a los estudios que éste debía seguir). Descubrió que un juez había liberado a un acusado por falta de pruebas: poco después el juez y el acusado se encontraban en la misma prisión. Odiaba a los intelectuales, así que, muy lógicamente, sospechaba de todos aquellos que llevaban gafas. Algunos se preguntaron si el poder lo estaba volviendo loco; otros opinaban que no, que ya lo estaba hacía tiempo. Después estalló una pequeña crisis de Gobierno. Los estudiantes habían reunido a un minúsculo grupo de diez o veinte mil opositores y salieron a la calle al grito de: «¡Primero el *sha*, luego Bokassa!». La solución de Bokassa consistió en cesar a los ministros incompetentes. Los incompetentes eran muchos. De los 16 ministerios, asumió personalmente 14 carteras.

Aun así, la situación no mejoraba. Para resolverla se vio obligado a adoptar medidas tan originales, tan elegantes y tan populares como, por ejemplo, recaudar impuestos con dos años de antelación. Curiosamente, las estructuras del Estado no mostraron ningún síntoma de mejora. En un país agrícola como Centroáfrica la ONCPA (Oficina Nacional de Comercialización de los Productos Agrícolas) era popularmente conocida como «no se sabe» (las siglas ONCPA suenan, aproximadamente, como «on ne sait pas»).

En cuanto a la receptividad de la comunidad internacional, un grave desengaño. Una cosa es que alguien se crea emperador y otra muy distinta que los otros lo reconozcan como tal. Para frustración de Bokassa, en la cumbre internacional que tuvo lugar tras la coronación, sólo un presidente se dirigió a su alta persona como «Su Majestad Imperial»: Bongo, el presidente de Gabón. (Como se puede comprobar, Bongo sentía una fidelidad nibelunga

por Bokassa). Lo peor de todo era un factor que el emperador nunca supo valorar: la opinión pública mundial.

En contra de lo que se pueda pensar, Bokassa, pese a sus delirios autocráticos, no era el más cruel de los tiranos africanos, ni mucho menos. Era, tan sólo, el más conocido. Cuando un periodista necesitaba un tema exótico viajaba a Bangui. Escribía una crónica escalofriante en la que aparecían opositores tirados a los leones o a los cocodrilos del zoo privado de «Papá Bok», o hablaba de la carne humana que el dictador escondía en su congelador y con la cual, supuestamente, cenaba cada noche. Todo esto era falso. La mayoría de las atrocidades que se le atribuían eran un invento, y las reales casi nunca se comentaban. Pero, de todas formas, ¿a quién le importaba? La opinión pública francesa encontraba indigno que se sostuviera a un caníbal periodístico, fuera realmente caníbal o no. Además, la prensa sacó a la luz diversos casos de corrupción que salpicaban a autoridades francesas de alto nivel y, finalmente, París se decidió a liquidar a un régimen tan antiestético.

Un día, Bokassa, Bongo y un emisario del Eliseo se reunieron en un remoto lugar de la selva gabonesa. El francés no se anduvo con tapujos y le espetó que aquí se acababa la aventura. Bokassa le respondió que jamás abdicaría. Bongo dijo que él sólo actuaba como intermediario entre los dos. (En realidad, Bongo era un demócrata de toda la vida, y siempre había combatido los excesos de Bokassa).

Los últimos intentos de París para encontrar una salida negociada tenían un nombre propio: la principal mujer de Bokassa, la emperatriz Catherine. Hacía tiempo que la emperatriz, a instancias de Francia, insistía para que Bokassa se sometiera a los dictados de París. Fue inútil. El emperador y su esposa atravesaban una grave crisis matrimonial. Ella no quería mantener relaciones sexuales con el emperador y como excusa le mostraba un certificado médico extendido en París.

Poco tiempo después, mientras el emperador se encontraba de gira por el exterior, fue destituido en un fulgurante golpe de Estado. Aquí la expresión «golpe de Estado» es más bien imprecisa, por no decir un eufemismo. Por lo general, «golpe de Estado» hace referencia a una operación militar en la que el ejército toma el poder por la fuerza. El ejército del mismo país, se sobreentiende. En este caso no. La iniciativa fue francesa, el operativo fue francés y las tropas paracaidistas que asaltaron Bangui y el complejo residencial de Bokassa fueron francesas…

Estaba todo planificado. Incluso quién sería el nuevo jefe de Estado de Centroáfrica. Era un viejo conocido: Dacko, el mismo presidente que Bokassa había destituido unos años antes. A los franceses ni se les ocurrió preguntar a los centroafricanos si querían que La Vaca que Ríe volviera a dirigir el país. ¿Por qué deberían hacerlo si ni siquiera se molestaron en preguntárselo al mismo Dacko? Según todos los testigos, Dacko estaba tan aterrorizado que los militares franceses tuvieron que subirlo al avión a la fuerza. Los miedos de Dacko no tenían ningún fundamento. La resistencia fue mínima. El imperio no había durado ni dos años.

¿Dónde podía refugiarse Bokassa ahora que era un paria desamparado? En los brazos de «su mamá»: Francia. El emperador, que estaba de viaje oficial en Libia, se plantó en el Hexágono, de improviso, sin avisar a nadie. Era una gran ironía que pretendiera residir en el mismo país que lo había derrocado. No le sería tan fácil.

Las autoridades galas no le permitieron salir del avión. La ex emperatriz Catherine, que «por azar» estaba en París, aprovechó la ocasión para hacer algunas gestiones: cambió la titularidad de buena parte de las cuentas bancadas de su marido. Como propina también se quedó con cuatro de sus coches de lujo. Una luz se encendió en la mente del emperador depuesto. Aquellos certificados que le obligaban a la abstinencia sexual (firmados por médicos franceses)…, aquellas simpatías inmoderadas por la postura oficial francesa…, ¡ahora lo entendía! Para la mentalidad de Bokassa sólo había una respuesta lógica: ¡Catherine se acostaba con Giscard! Se equivocaba. Era peor: hacía tiempo que Catherine estaba a sueldo de los servicios secretos franceses. Nadie sabe a ciencia cierta si Catherine perjudicó el honor de Bokassa acostándose con Giscard. Pero lo que es segurísimo es que perjudicó sus finanzas.

Mientras tanto, las gestiones diplomáticas dirigidas a encontrarle un refugio no tenían éxito: ningún Gobierno lo quería. Acabó pidiendo ayuda a «Nuestro Hermano, el Presidente Mobutu Sese Seko»; sólo le pedía «que quiera acogernos sobre el suelo zaireño, lo cual permitiría que Nos nos dedicásemos a actividades agrícolas, para asegurar la subsistencia de Nuestra familia». Pero incluso Mobutu ignoró al poseedor de la condecoración al Mérito Agrícola. Fastidiado, un asesor presidencial francés sugirió:

—¿Y si pidiéramos permiso a Reino Unido para enviarlo a Santa Helena?

El imperio contrataca

Bokassa tenía esa rara habilidad que consiste en fusionar la tragedia y la comicidad. Creía sinceramente que sufría un trato injusto. Escribió al Papa. No recibió respuesta. Escribió al secretario general de Naciones Unidas. No recibió respuesta. ¡Escribió a Amnistía Internacional! Él, que en su día fue uno de los gobernantes más denunciados por la organización de defensa de los derechos humanos, pedía ahora su amparo. Olvidaba que no existían motivos para defenderlo. A diferencia de los presidios que creó en Centroáfrica, el castillo de su propiedad, donde residía, era un auténtico palacio.

Como los grandes no le escuchaban, decidió hablar a todo el mundo. Su libro, *Mi verdad*, apareció a mediados de 1985. Esta obra era, naturalmente, una defensa enérgica de su actuación. Convertía a Giscard d'Estaing en el blanco de sus ataques. Según el libro, D'Estaing era un sátiro. Comparado con el francés, Bokassa sería la personificación de la continencia sexual. Y eso era muy difícil de creer. D'Estaing, muy hábilmente, consiguió una copia del texto, antes de que se comercializara y llevó al dictador a los tribunales. El juez ordenó la retirada de la edición y aquí se acabó la breve carrera literaria de Jean Bedel Bokassa. Como es habitual en estos casos, no faltó una airada defensa de la libertad de expresión. Seguramente no recordaba esa época en que clamaba que todos los periodistas, sin excepción, eran espías.

—¿Es que no hay ningún poder capaz de controlarlos? —decía en sus buenos tiempos.

Pero el drama psicológico de los ex emperadores no es que un día fueran emperadores, sino que son ex. Un día le llegaron noticias de tensiones en la República Centroafricana. Hasta cierto punto eran ciertas. Según muchas voces, Bokassa era un gran ladrón, pero tras él vinieron muchos ladrones pequeños.

Antes o después Bokassa tenía que sentirse tentado por el símil: ¿no había vuelto Napoleón de Elba? ¿No fueron los mismos franceses los que le llevaron a la frontera de la gloria en un paseo triunfal? ¿No cambiaba la opinión pública de la noche al día? Ah, sí: aquella odisea napoleónica, cuando los franceses pasaron rápidamente de la abierta hostilidad a la admiración… ¿Por qué no se tendría que repetir la historia? ¿No era él el Napoleón africano? Una vez pisara la patria, todos los centroafricanos lo seguirían como un solo hombre.

El 23 de octubre de 1986 a las seis menos cuarto de la mañana Bokassa llegó al aeropuerto de Bangui. Exactamente sesenta y tres minutos más tarde era arrestado. En el juicio se le acusó de los siguientes cargos, que, como se

puede ver, se parecen más al guion de una novela de terror que a un pliego judicial:

- Envenenamiento y complicidad en envenenamiento.
- Asesinato y complicidad en asesinatos.
- Golpes que provocaron la muerte no deseada de niños.
- Detenciones arbitrarias.
- Tráfico de diamantes con perjuicio del Estado.
- Ataque a la seguridad nacional.
- Violencia y asaltos.
- Malversación de dinero público.
- Pactos con potencias extranjeras.
- Distorsión de las leyes de comercio en oro y diamantes.

Y también se formularon dos acusaciones menos habituales en los juicios a jefes de Estado:

- Retención de cadáveres.
- Antropofagia.

Según los observadores, el juicio reunió todas las garantías procesales. El único conflicto surgió cuando el fiscal se dirigió al acusado como «Jean Bedel Bokassa, soldado de segunda clase».

—¡Ah, no, esto no! —estalló—. Incluso a Pétain le permitieron conservar su título de mariscal.

A medida que el juicio avanzaba su defensa se debilitaba:

—¡Soy cristiano! —aseguró a medida que las pruebas hundían su reino de opereta—. ¡He estado en Belén y en Roma! ¡Me he confirmado en Lourdes! ¡El mismo papa Pablo VI me concedió el título de Apóstol de la Paz! ¿Cómo es posible que me acusen de estas atrocidades?

Cuando Bokassa se hubo calmado un poco, un silencio sepulcral se impuso en la sala. El fiscal tomó la palabra. Lo que dijo a continuación puede considerarse como la auténtica sentencia de ese juicio histórico:

—Señoras y señores, observen: éste es el hombre que ha regido nuestras vidas durante tanto tiempo.

Jean Bedel Bokassa fue condenado a prisión. Años después, fue amnistiado. Al final de su vida se le podía ver paseando por Bangui, vestido con su viejo uniforme de mariscal. Hasta el último de sus días, el 3 de noviembre de 1996, firmó como Bokassa I.

El Dr. Banda y Mr. Hyde

«Probablemente el más remarcable de los africanos».

Sir Godfrey Nicholson, miembro del Partido Conservador británico

«Un cáncer podrido».

Nationalist, periódico de Tanzania

A mediados de la década de 1950, Hastings Kamuzu Banda era uno de los hombres más populares de su barrio londinense. Como buen inglés de clase media, disponía de una pequeña y confortable casita y dedicaba su tiempo libre a cuidar de su jardín. Ese médico negro que paseaba por el barrio impecablemente vestido, llevando siempre consigo un paraguas al más puro estilo británico, era considerado todo un *gentleman*. Nadie habría sido capaz de criticar a ese facultativo cortés, que curaba gratuitamente a sus pacientes más pobres y que en algunos casos incluso les pagaba el alquiler de su vivienda. Ese hombre severo, que con frecuencia leía las plegarias dominicales en la Iglesia de Escocia, era caritativo y solidario, y se le admiraba por su amplia cultura y por su profunda sabiduría. Todo el mundo conocía su integridad moral y el amor que profesaba a su familia. Sus compatriotas de la lejana Nyassalandia (el actual Malawi) tampoco teman motivos para quejarse del doctor. Con sus propios ahorros, Banda financiaba los estudios en Gran Bretaña de decenas de jóvenes de su país, así como de algunos universitarios de otros países africanos. Les exigía las mejores calificaciones pero no ahorraba ni un céntimo en su formación.

Si Banda hubiera muerto antes de alcanzar los 60 años, habría pasado a los anales de su barrio como el más prominente miembro de la comunidad, y todavía hoy algunos viejecillos explicarían a unos nietos escépticos la generosidad de ese médico negro que se dedicaba a servir a los más desvalidos. Pero no fue así.

Un hombre íntegro

Ni el más perverso difamador habría sido capaz de encontrar en el pasado de Banda un episodio digno de censura. Ese hombre de cerca de 60 años (había nacido en 1898), aunque había sufrido experiencias muy duras, siempre había estado al servicio de la comunidad. A los 18 años, sin un centavo en el bolsillo, se marchó de su casa, en un poblado perdido en África Central, y tras caminar durante treinta días llegó a Johannesburgo, donde se dedicó a trabajar

en una mina. Pero, mientras sus compañeros de trabajo, al salir de la galería, se refugiaban en antros de perdición, donde se emborrachaban con cerveza de mijo y fornicaban con prostitutas, el futuro presidente de Malawi aprendía a leer y a escribir en la escuela nocturna de una misión próxima. Gracias a sus esfuerzos superó las pruebas académicas con calificaciones brillantes.

Paralelamente entró en contacto con una iglesia local de obediencia metodista. En los cursos de catequesis, el inmigrante hijo de paganos se familiarizó con la Biblia y adquirió una profunda fe, que mantendría a lo largo de toda su vida. Además, al muchacho no le faltaban inquietudes sociales: mientras permanecía en Sudáfrica se relacionó con A. B. Xuma, el fundador del Congreso Nacional Africano (el partido de Nelson Mandela) y colaboró en diversas acciones contra la discriminación racial.

El comportamiento modélico del joven llamó la atención de los misioneros metodistas, que en 1925 se ofrecieron a pagarle una ampliación de estudios en Estados Unidos con la condición que él se hiciera cargo del coste del pasaje. Banda no ahorró esfuerzos para conseguir el dinero del billete y al cabo de poco tomaba el camino de América. Se instaló en Ohio, donde combinó los estudios de agricultura con los de humanidades. En tres años consiguió superar cuatro cursos. En 1931 se licenció en Filosofía, aunque paralelamente realizó algunas investigaciones lingüísticas sobre el chichewa, su lengua materna. Pero Banda todavía no había alcanzado la meta que se había propuesto durante su estancia en las insalubres minas sudafricanas: ser médico. Era cuestión de tiempo. Gracias a su tenacidad, en 1937 su sueño, por fin, llegó a materializarse.

En Estados Unidos el estudiante de Malawi entró en contacto con algunos políticos negros norteamericanos. Eran tiempos duros, de racismo, discriminación y agresiones del Ku Klux Klan. Pero Banda no se dejó atemorizar. Incluso participó en algunas movilizaciones en contra de la segregación racial organizadas por el NAACP (el movimiento al que posteriormente se afiliaría Martin Luther King).

Tras acabar la carrera de Medicina en Estados Unidos se desplazó a Edimburgo para completar su formación. Allí se convirtió en un prominente miembro de la Iglesia de Escocia, hasta el punto que llegó a ser conocido como el Escocés Negro. Décadas más tarde aseguraba que había pasado los mejores años de su vida en Edimburgo. Al estallar la Segunda Guerra Mundial fue llamado a filas pero se negó a incorporarse al ejército argumentando que no podía participar en matanzas a causa de sus sentimientos pacifistas. Las autoridades británicas le obligaron a trabajar en

hospitales públicos, donde se destacó por su eficacia y por el cuidado con que trataba a los enfermos.

Al acabarse el conflicto se instaló en Liverpool y posteriormente se trasladó a Londres. Llegó a identificarse tanto con las clases medias inglesas que sólo su color de piel podía delatar su origen extranjero. Pero eso no quiere decir que abandonara su compromiso político. Incluso en la capital del mayor imperio del mundo, Banda continuó combatiendo el racismo y el colonialismo. No obstante, cuando un amigo le comentó que en caso de dedicarse exclusivamente a la política podría llegar a primer ministro de su país, rechazó la idea; por aquel entonces aseguraba que la medicina era su única vocación.

En el Congreso Panafricano de Manchester, en 1945, Banda conoció a algunos de los más emblemáticos luchadores por la independencia del continente africano y se animó a perseverar en la lucha anticolonial. Fue nombrado delegado en ultramar del Congreso Nacional Africano de Nyassalandia (ANC) y cumplió con esa tarea de forma ejemplar. Cuando los representantes de su partido viajaban a Londres con finalidades políticas, era él quien les pagaba, de su propio bolsillo, los gastos de hotel e incluso la ropa de abrigo.

El único aspecto sospechoso de su personalidad era un moralismo excesivamente agudo, por llamarlo de alguna forma. El integrismo cristiano lo llevaba a actitudes ultrapuritanas. Su sentido del pudor era extremo. Una vez, en Escocia, visitó a unos vecinos y encontró a su anfitrión descalzo y sin calcetines: se marchó de la casa indignado y se pasó más de tres semanas hablando única y exclusivamente del «incidente» provocado por «aquel hombre odioso». Quizá debería haberse muerto del disgusto. De esta forma Malawi se habría ahorrado unos cuantos «incidentes», mucho más graves, por cierto, provocados por un hombre en realidad «odioso»: él.

Era tan buen hombre… pero no se ha muerto

En 1957 Banda se desplazó a la Costa de Oro (la actual Ghana) para colaborar con el Gobierno de este país, que acababa de acceder a la independencia. Pero la experiencia ghanesa no resultó nada satisfactoria para él: fue suspendido temporalmente del ejercicio de la medicina (lo que le provocó un gran trauma) y tuvo una aventura sentimental (que le llevó a romper su compromiso religioso y ético). Pero mientras atravesaba una gran decepción por el primer fracaso de su vida, los nacionalistas de Nyassalandia, muy

activos en ese momento, le llamaron para dirigir el movimiento independentista. En 1958, el nuevo líder político volvió a su país, tras más de cuarenta años de ausencia. Y fue recibido entusiásticamente: su pueblo vio en él el líder providencial que podría conducirlo a la liberación. Según relataba un periódico de la época: «Los jóvenes se peleaban para tocar el coche del doctor Banda, y las chicas se lanzaban sobre el vehículo y lo cubrían de besos». Los campesinos besaban las manos del doctor en sus giras políticas.

A pesar de las grandes dificultades que presentaba el proceso descolonizador, Banda lo guio con genial habilidad. Evitó el conflicto racial y se convirtió en un auténtico paladín del pacifismo a fin de acabar con los incidentes violentos. Por orden del gobernador permaneció detenido durante casi un año en Rhodesia del Sur (el actual Zimbabwe), pero allí también tuvo un comportamiento modélico: se hizo tan amigo de uno de sus carceleros que años más tarde incluso lo invitó a visitar su país. Los europeos de Malawi no sentían especial animadversión por el subversivo Banda: sus formas, tan británicas, acababan fascinando incluso a los ingleses más reticentes a conceder la independencia a los africanos. El 6 de julio de 1964, finalmente, Malawi se convertía en un país soberano. Cuando Malawi nacía, su primer presidente ya había vivido 66 años. 66 años de intensa dedicación al servicio de la humanidad. Habiendo alcanzado esta gesta histórica, éste habría sido el momento perfecto para que el Doctor Banda dejara este mundo en olor de santidad. Su figura habría sido aclamada dentro y fuera del país, y los historiadores del futuro lo consagrarían como un personaje de referencia obligada. Sólo había un pequeño inconveniente: Banda no tenía la menor intención de morirse.

Líder, mesías, padre, Dios

A partir del momento en que Banda llegó a Malawi, en 1958, el aparato de su partido se volcó en dotarle de una imagen mítica que debería servir para aglutinar a toda la población del país en torno a su figura. Kamuzu fue recibido como «el Salvador y el Liberador», «un Nuevo Mesías» y «el Renacimiento de Jesucristo». El reglamento disciplinario del Partido del Congreso de Malawi (MCP, nuevo nombre del ANC) estableció que debía llamársele Salvador, Fuego, Sabio, Mesías o Ngwazi (Conquistador). En función de este mismo reglamento, ningún otro político podía ser aclamado por los militantes del MCP si no era por indicación expresa del Salvador. El

lema del partido era claro: «Unidad, Lealtad, Obediencia y Disciplina». El líder podía contar con su incondicional aquiescencia.

Tras la proclamación de independencia los delirios de grandeza de Banda alcanzaron dimensiones patológicas. Estableció el 14 de mayo como Día de Kamuzu y lo declaró fiesta nacional. Convirtió el Parlamento en una institución catatónica, que centraba su única sesión anual en ensalzar «el dinámico liderazgo del doctor Banda». En 1971 hizo aprobar una enmienda a la Constitución por la que se le nombraba presidente a perpetuidad. A partir de ese momento todo el mundo había de dirigirse a él como «Su Excelencia el Ngwazi, Presidente Perpetuo, doctor Hastings Kamuzu Banda». Sus títulos se fueron acumulando: pronto fue nombrado «Agricultor número 1» y, naturalmente, «Cabeza de Familia número 1».

Banda pretendía dar un trasfondo místico a su liderazgo. Incluía citas bíblicas en sus discursos. Y le encantaba dirigir plegarias y, sobre todo, predicar sermones. Cada Día de la Independencia el Gobierno convocaba un acto religioso al que acudían representantes de todas las confesiones: Banda se encargaba de la segunda lectura.

A. W. Chipango, secretario de Estado para la Sanidad, llegó a compararlo con Dios. Su razonamiento era de una lógica aplastante: «No hay oposición en el cielo. Dios mismo no quiere oposición, y por eso expulsó a Satanás. ¿Por qué Kamuzu debería tener oposición?».

Los amigos europeos de Banda lo consideraban un «autócrata conservador». Era más que esto: era un viejo chocho con manías de grandeza. Pero lo más grave es que había conseguido que sus locuras se convirtieran en ley. El MPC no tenía ningún escrúpulo en afirmar que su jefe era «el único, y el único verdadero, líder del pueblo de Malawi», ya que, «tal como se ha probado en el pasado, es Kamuzu quien sabe qué es lo mejor». La modestia no era la principal virtud del presidente. Estableció en Malawi lo que llamaba «sistema Kamuzu», una modalidad política que él mismo se encargaba de definir de forma clara y rotunda: «El sistema de Malawi, el estilo de Malawi, es lo que Kamuzu declare ser, y nada más. Guste o no, así se hará». El que hasta 1961 se había declarado ferviente admirador del parlamentarismo británico evolucionó notablemente en sus concepciones políticas: «Todo lo que yo digo es ley. Literalmente, ley. Esto es un hecho en este país».

Para Banda había una diferencia esencial entre su régimen y los sistemas autoritarios implantados en otros países africanos: la calidad de su dirigente supremo. En Malawi la autocracia era perfecta, porque allí había un líder enviado por Dios. En cambio, en el resto del continente la cuestión era

radicalmente distinta: «Este es el problema del África actual […] demasiada gente ignorante que no sabe nada de historia, y que si sabe alguna cosa sobre ella, no sabe interpretarla ni aplicarla. Es por eso que África está hecha un caos […] Esta es la tragedia de África: demasiada gente ignorante en posiciones de poder y responsabilidad».

Entre la «gente ignorante en posiciones de poder y responsabilidad», el Salvador de Malawi debía incluir a sus ministros, ya que afirmaba: «Yo he acabado con todo antes de que ellos ni se enteren». Su relación con los responsables ministeriales («mis niños», como los llamaba) era de lo más paternal: «Yo les hablo como a niños y ellos se callan», aseguraba en pleno Comité Central del MPC. En 1964, tras cesar a más de la mitad de sus colaboradores, argumentaba benévolo: «Esto no es una crisis de Gobierno, es una disputa familiar». Banda no reconocía a sus ministros el derecho a participar en la gestión del país: «Yo digo una cosa, y cuando yo digo una cosa, nadie puede hacer nada más: mis ministros no han de hacer más que aquello que yo he aprobado; de otra forma, esto sería un desorden». Y para evitar que «sus niños» tuvieran la tentación de pensar por sí mismos, el presidente de Malawi jaleaba a las masas: «Vosotros, gente de la calle, sois el verdadero MPC. Más que los ministros —y os lo digo cuando ellos están presentes, aquí mismo—. ¡Miradlos! ¡Todos! Si ellos hacen algo que vosotros penséis que no es bueno para el MPC, aunque sean ministros, venid a verme y decídmelo».

Si los ministros ni siquiera tenían derecho a opinar, obviamente los periodistas no tenían ningún derecho a preguntar. Un periodista excesivamente perspicaz fue obsequiado con una respuesta impertinente del Mesías: «¿Explicar? ¿Qué quiere decir explicar? Yo no tengo que dar explicaciones a nadie. Yo hago las cosas y punto». Otro reportero tuvo que soportar una espectacular rabieta del que había sido, en Escocia, médico afable: «¿Qué queréis de mí? No estoy dispuesto a arrastrarme ante vosotros. Por otra parte, estoy convencido de que sois una banda de impostores». No es necesario aclarar que la rabieta provocada por aquella «banda de impostores» no tuvo efectos decisivos sobre la salud del venerable Banda. El doctor sabía cuidarse muy bien.

Malawi, un Estado, un partido, un *holding*, un hombre

En Gran Bretaña Kamuzu había conseguido forjarse una imagen de hombre íntegro y generoso. No sólo no se lucraba con la política, sino que además

dedicaba grandes esfuerzos a su partido, sin buscar ninguna compensación. Pero ni siquiera el devoto Escocés Negro debía estar libre de tentaciones: cuando llegó al poder mostró una gran voracidad con los recursos estatales. Se lanzó a la búsqueda del tiempo perdido, y de la magnanimidad pasó a la rapiña. Con la colaboración de su amante Cecilia Kadzamira llegó a controlar toda la estructura económica del país.

La principal sociedad de Malawi era el *holding* Press Corporation. Banda poseía un 96 por ciento de sus acciones. La empresa tenía una posición dominante en todos los sectores económicos (desde la minería hasta la ganadería). Por decreto, el Gobierno estableció que los asiáticos sólo podían comerciar en las tres principales ciudades del país; de esta forma las empresas del presidente pudieron comprar y vender en régimen de monopolio en las zonas rurales. En las industrias de Banda se elaboraban las telas para los uniformes de las militantes de la Liga de Mujeres del MPC. Aunque los vestidos se estampaban con múltiples retratos del dictador, no era éste quien pagaba la ropa, sino las mismas mujeres o sus maridos. Incluso las obras benéficas acababan convirtiéndose en grandes negocios: la Kamuzu Academy, creada para los hijos de familias pobres, llegó a ser un lucrativo centro de enseñanza, en el que estudiaban los niños de familias bien. Así, mediante artificios legales, coacciones y privilegios, Banda se hizo con un enorme imperio económico.

A Banda le encantaba predicar sermones ante grandes audiencias. Uno de sus preferidos era el del hijo pródigo. ¡Qué sarcasmo! O quizá era una proyección psicológica, porque en su caso prácticamente invertía la historia bíblica; se trataba de un hombre que vuelve limpio y puro a su casa, pero que una vez allí rapiña todo lo que puede. Al ser derrocado se hizo público que él, en solitario, poseía el 35 por ciento del PIB del país.

El austero médico de Edimburgo pronto se acostumbró a los placeres refinados. Ningún lujo le era suficiente. En quince años se hizo construir diecinueve palacios. El más espectacular, el de Lilongwe. Costó 250 millones de dólares. Y no era ningún prodigio estético: se trataba de una réplica del que Ceaucescu tenía en Bucarest. Los otros dieciocho palacios, obviamente, tampoco desmerecían la dignidad presidencial. Si hubiera muerto a finales de la década de 1980, como mínimo habría dejado un buen patrimonio a sus herederos. Pero el anciano Banda aún se resistía a morir.

La moral del autócrata

El único aspecto de su antigua personalidad que mantuvo intacto fue el rigor moral (al menos cuando se trataba de aplicarlo a los otros). Banda, aunque se había sentido muy a gusto en Gran Bretaña, consideraba horrible que en los bailes ingleses cualquier hombre pudiera refregarse con una mujer casada en presencia de su marido. Para él la sociedad europea era «depravada» ya que en ella imperaba la «promiscuidad». El Ngwazi no se cansaba de repetir a sus conciudadanos que no se debía imitar a los europeos, porque éstos «vivían como perros».

El MPC se sumó a la campaña moralista de su rígido jefe. En 1963 se prohibió a sus militantes la embriaguez y la «conducta desordenada» (sin concretar qué se consideraba «conducta desordenada» según el «sistema Kamuzu»). Dos años después la Liga de Mujeres recomendó a sus asociadas que no llevaran jerséis excesivamente ajustados para evitar que se les marcaran los pezones. En 1977 Banda extendió la reglamentación moralista al conjunto de la población. El Reglamento de Decencia en el Vestir prohibía que las mujeres vistieran faldas cortas o pantalones y establecía que los hombres debían llevar el cabello corto. No consta que prohibiera a los hombres recibir a las visitas descalzos y sin calcetines. Quizá no se le ocurrió. O quizá se dio cuenta que sería inútil legislar tal extremo en un país excesivamente empobrecido (a causa de sus propias exacciones), como para que la mayoría de la población pudiera comprarse zapatos y calcetines.

Kamuzu, además, vetó las publicaciones que indujesen a «corromper la moral tradicional», como las revistas pornográficas… o los manuales de control de natalidad. En Malawi, en aquella época el sexto país más pobre del mundo, proliferaron las familias con diez o doce hijos. El general Franco, si lo hubiera sabido, habría envidiado ese rincón de África en que ni siquiera era necesario establecer premios a la natalidad.

Banda, a golpe de pito, hizo que los habitantes de Malawi adoptaran unas rígidas morales, pero él mismo se distanció mucho de los principios puritanos que imponía. A la edad en que la gran mayoría de sus compatriotas ya se deleitaba en el mundo de los antepasados, Banda, lejos de encaminarse hacia el cielo, empezaba a hundirse en los lodos del vicio y de la perversión. Desde que llegó a Malawi se lio con Cecilia Kadzamira, a quien todo el país llamaba la Mama. La relación no se caracterizó por la discreción: la amante del Mesías fue nombrada Azafata Oficial del Gobierno y obtuvo la presidencia de la Liga de Mujeres del MPC.

A partir de la década de 1990 Banda ignoró de forma descarada los principios religiosos de las iglesias protestantes (contrarios a las prácticas

mágicas tradicionales) y trató de reforzar su poder vinculándose al mundo de la brujería. En 1991 conoció a Linley Mbeta, una joven que afirmaba que había muerto, pero que Dios la había resucitado para «limpiar a Malawi de sus pecados». Mbeta se dedicó a la patriótica tarea de curar a Banda, ya que según ella la salud del presidente equivalía a la salud de la nación. El Ngwazi, que debía temer que su muerte entrañara la muerte de la nación, la recompensó con generosidad. La curandera llegó a disponer de coche oficial. También obtuvo un dudoso honor: en 1992 se convirtió en la primera bruja que pronunciaba el discurso inaugural de un Parlamento. En cualquier caso, sus facultades sobrenaturales no eran incompatibles con sus intereses materiales. Banda la convirtió en millonaria de la noche a la mañana y hasta le compró una magnífica mansión.

De la tradición a la reacción

El presidente perpetuo era uno de los líderes africanos más prooccidentales. Mantenía estrechos vínculos con la antigua metrópolis y se sentía muy orgulloso de que su país perteneciera a la Commonwealth (consideraba a este organismo como «el club más selecto del mundo»). Su manía a la izquierda era proverbial y su fobia a los comunistas era comparable a la del más radical senador republicano de Estados Unidos. Aseguraba: «Ellos [los comunistas] lo son todo para ti. Quieren ayudarte y quieren darte grandes ventajas… Te engordan hasta que estás tan cebado que después de todo lo que has comido no puedes ni pensar…».

Su firme anticomunismo lo llevó a aliarse con los norteamericanos, a los que dio apoyo «al ciento cincuenta por ciento» en la guerra del Vietnam. Además, promovió una «política de diálogo» con la Sudáfrica del *apartheid* y siempre se opuso a las sanciones internacionales contra este país, argumentando que afectaban injustamente a los «pobres blancos» que estaban en contra del racismo. Banda, que acabó con la oposición de su país mediante métodos extremadamente violentos, condenó siempre la lucha armada de los nacionalistas negros sudafricanos, que consideraba contraria a su «innato pacifismo». Después de que el régimen del *apartheid* financiase la construcción de la nueva capital del país, Lilongwe, Banda todavía se aproximó más a los racistas sudafricanos. Aquel que había condenado tan virulentamente al comunismo puso de manifiesto su capacidad de relativizar las concepciones políticas y reconoció los beneficios de la discriminación racial: «Vosotros, en la República de Sudáfrica, tenéis vuestra forma de

vida… Nosotros aquí tenemos nuestra forma de vida… ¿Puedo yo juzgar que lo vuestro es malo y que lo nuestro es bueno, o que lo nuestro es malo y lo vuestro bueno? No… quién sabe… quién sabe…».

La postura procapitalista y prosudafricana de Banda fue acogida con entusiasmo en Washington. Los norteamericanos, preocupados por la aparición de regímenes socialistas al sur del continente africano, presentaron a Malawi como un modelo ideal para todos los dirigentes del Tercer Mundo. Si hubiera muerto antes de 1991, los blancos sudafricanos habrían llorado a Banda como su aliado más apreciado. Pero no. Aún no se murió.

Banda: no lo quiere ni Dios

El Mesías de Malawi, que durante décadas había dirigido plegarias en los templos de todas las confesiones, en 1992 se encontró con una desagradable sorpresa: una carta pastoral de los obispos católicos condenaba a su régimen desde el punto de vista teológico. Unos meses después las iglesias protestantes elaboraron otro documento contra la tiranía de Banda, que calificaban de contraria a los postulados divinos. ¡Incluso la misma Iglesia de Escocia, a la que pertenecía el dictador, figuraba entre las signatarias del texto!

Ante la presión combinada de las iglesias, los partidos de oposición y los militares, el régimen se vio obligado a aceptar el multipartidismo y el MPC pronto perdió la hegemonía. El presidente perpetuo se vio obligado a dejar su cargo. En 1997 se acusó a Banda de robar cinco millones de libras esterlinas a la hacienda pública. Fue procesado. El nuevo presidente del país, Bakili Muluzi, se mostró más magnánimo de lo que nunca lo había sido Kamuzu con sus opositores y decidió detener las acusaciones contra Banda a fin de «profundizar en el espíritu de reconciliación». Pero el Mesías ya había quedado desenmascarado. Meses más tarde, por fin, empobrecido y desacreditado, a los 100 años, murió en un hospital de Johannesburgo, ciudad en la que ya ni siquiera mandaban sus amigos del *apartheid*. Su vida había sido muy larga. Demasiado. Había tenido tiempo para escalar las cumbres de la gloria. Y para recorrer el camino inverso.

Mobutu Sese Seko

y la cueva de los ladrones

«A sus 55 años, está dotado de una energía fuera de lo común. Capitán de la nave, sostiene el timón con un coraje similar a su voluntad de preservar la estabilidad de la cual él es el artesano, y de forjar en el corazón de África una nación digna, fuerte y próspera».

Uno de sus partidarios

«Una cuenta corriente con patas y sombrero de piel de leopardo».

Uno de sus detractores

«Creer que Mobutu dejará de robar es como pensar que los gatos se olvidarán de los ratones».

Un funcionario del Banco Mundial

África Negra está fuertemente condicionada por todo lo que ocurre en la República Democrática del Congo, el antiguo Zaire. Un estado gigantesco, casi tan grande como la Unión Europea, rico en cobre, cobalto, diamantes, uranio y otros recursos estratégicos. Una voz lúcida anunciaba que «quien domina al Zaire domina a África». Otra, más tétrica, decía que «África tiene forma de pistola y el Zaire es el gatillo». Sería nefasto, pues, que un gánster cualquiera controlara esta pistola geopolítica.

Mobutu Sese Seko no fue un ladrón cualquiera: es muy probable que fuera el peor cleptómano que ha conocido la raza humana. Su rapacidad no se ajustaba a ninguna medida. Robó tanto, con tanta impunidad y durante tanto tiempo, que su reino de piratas parecía un delirio de la fantasía.

«Servir a los otros, no servirse a uno mismo»

La biografía de Joseph-Désiré Mobutu no es en absoluto notable. Educado en una institución católica, pronto se alistó en el ejército colonial. A diferencia de otros dictadores, no obstante, no combatió nunca, sino que fue destinado a una oficina contable. Aquí se encuentra el punto clave de la trayectoria vital del joven sargento. La ciencia económica debería dedicar intensas investigaciones a esta oficinita militar. No sabemos qué lecciones concretas aportó a Mobutu, pero debían de ser pura magia, porque una década después ya era el hombre más rico del continente africano.

Al margen de esta mágica oficinita, sus primeros años de vida profesional carecieron de la menor originalidad. Gracias a una mezcla de oportunismo y cinismo, sobre todo cinismo, Mobutu alcanzó el poder en el turbulento Zaire de la década de 1960. La receta que siguió era simplísima: coge el dinero… ¡y que corran! En efecto, unos corrían para ser los primeros en abrazarlo y los otros, para huir de él. Los franceses, los belgas y los norteamericanos corrían para que les concediera explotaciones mineras; la oposición corría para escapar de su policía. Ante las masas se presentó como el patriota que restaura el orden. (Curioso patriotismo, por cierto, el de un militar que para

suprimir a la oposición armada no dudó en contratar a mercenarios extranjeros).

Pero Mobutu nunca ofreció la imagen del típico carnicero africano. Con su sombrero de piel de leopardo, las gafas oscuras y el bastón de ébano, Mobutu se paseó por todo el planeta con un aura que fluctuaba entre lo paternal y lo pintoresco. Su imagen, venerable. Sus gestos, afables. Su gusto por los vinos franceses, excelente. Casi todos los Gobiernos estaban dispuestos a perdonarle que se proclamara el Mesías, el Redentor o el Timonel. Gobernar el inmenso Zaire no debía ser una tarea sencilla.

Para ratificar su poder convocó las elecciones presidenciales y legislativas de 1970. Se ha de reconocer que el método era ligeramente demagógico: los que votaban por Mobutu lo hacían con una papeleta verde (el color de la esperanza, tal y como explicaba la propaganda oficial). Los contrarios a la candidatura única, con una roja (el color del caos, como también se apresuró a clarificar el régimen). Curiosamente ganó Mobutu. En las elecciones legislativas, o quizá sería más correcto decir «elecciones», los candidatos de su partido obtuvieron la nada despreciable cuota del 98,33 por ciento de los votos. El éxito tenía una explicación bien lógica, como se apresuró a puntualizar el vencedor:

—Para los zaireños un Gobierno con oposición es como un hombre con dos cabezas; o sea, una monstruosidad.

Con una cifra tan alta de partidarios es comprensible que Mobutu afiliara a su partido, por decreto, a toda la población del país. En cualquier caso, el Timonel siempre se mostró dispuesto a escuchar a ese insignificante 1,67 por ciento de refractarios. Mobutu se dio cuenta de que matar a los opositores quedaba feo. Así que, siempre que podía, prefería comprarlos. En términos generales su mensaje era: usted y yo podemos llegar a entendernos, seguro que compartimos el mismo vicio. Su actitud era una especie de «pactismo de la carroña», por decirlo de alguna forma. Entre muchos otros, éste fue el caso de Nguza, torturado y exiliado primero, y posteriormente elevado a la categoría de primer ministro, ni más ni menos. Como diría alguien: con opositores así no es necesario tener Gobierno. Y lo cierto es que un veterano diplomático comentó acerca de Mobutu: «Es el único jefe de Estado al que no he visto nunca sentado en su despacho». Su jornada diaria transcurría en el jardín, bajo la sombra de un árbol. A su lado un teléfono, una radio siempre encendida y un pliego de informes de la Sûreté (la policía política). Nada más. Parecía un hombre sin preocupaciones. ¿Sin preocupaciones? No. Tenía una y sólo una: el dinero.

En 1973 se había consolidado en el poder lo suficiente como para aplicar la primera «operación» a gran escala: el 30 de noviembre de 1973 se nacionalizaban casi todas las empresas extranjeras. Los zaireños no se hacían demasiadas ilusiones. Como anunciaron los grupos de disidentes exiliados, toda la cuestión se concretaba en el hecho de saber «cómo repartiría el botín». La respuesta llegó muy pronto: no lo repartió. En algunos sectores económicos Mobutu se apropió personalmente del 30 por ciento de las sociedades. Pero esto únicamente era su parte. El resto quedó en manos de sus familiares directos. Sólo fue el principio. El conglomerado industrial que dirigía llegó a ocupar a 25.000 trabajadores.

Ordenó la construcción de un palacio que competía con el Versalles del Antiguo Régimen en su localidad natal, el pequeño pueblecito de Gbadolite. Pero los tiempos cambian, así que le añadió un aeropuerto internacional. Para viajar un poco por el mundo se hizo construir siete palacios más, que repartía entre Francia y Bélgica. Se lo podía permitir. El Estado destinaba a la sanidad el 3 por ciento del total de su presupuesto; los dispendios personales de Mobutu suponían el 20 por ciento. Por algún misterioso motivo, a los dictadores les gustan los coches de marca Mercedes. Cuando el Santo Padre visitó Zaire, Mobutu compró 50 a la vez (ya tenía 70). La mayoría de los tiranos tienen cuentas en bancos suizos. Mobutu no. Mobutu tenía cuentas y tenía un banco suizo de su propiedad.

Lo más sorprendente es que un individuo con tal fortuna necesitara seguir robando, y robando, y robando. Y como era un expolio a gran escala, evidentemente, la economía se resentía. El dólar, que un día llegó a tener la paridad con el zaire, la moneda nacional, llegó a pagarse a más de 4.000.000 de zaires. Por lo que se refiere a la inflación, hay una forma muy simple de saber si es elevada: cuando para pagar una cena has de ir al restaurante con una maleta cargada de billetes es que la inflación, en efecto, es bastante alta. En Zaire no bastaba con una maleta: cuando la inflación superó el 10.000 por ciento anual se necesitaban dos.

La economía no podía funcionar, y no porque el Estado no animara la inversión, sino porque Mobutu se la apropiaba. Los únicos sectores solventes eran las plataformas petrolíferas y las minas gestionadas por personal occidental (los directivos de este sector pactaban los beneficios directamente con la presidencia). Un día la compañía telefónica entera quebró por falta de pagos a los inversores. La red de carreteras, que en 1960 era de 140.000 kilómetros, veinte años después había quedado reducida a 20.000 kilómetros transitables. El transporte público ni siquiera existía. Ante esta crítica

situación, el Banco Mundial anunció que enviaría una comisión al país para frenar el descrédito (nunca mejor dicho) de la economía zaireña. ¿Cuál fue la reacción de Mobutu? A otros dictadores les habría indignado la injerencia extranjera. Idi Amin hubiera amenazado con bombardear la sede del Banco Mundial. Bokassa habría esperado a la comisión en el aeropuerto y allí habría atacado con su látigo a sus miembros. Mobutu no. Muy amablemente, invitó a los expertos a visitar Kinshasa.

De los cinco enviados, uno sufrió una depresión nerviosa y tuvo que ser hospitalizado (en una clínica privada, las otras ni siquiera tenían electricidad). Por lo que respecta al resto de miembros de la comisión, hay una anécdota que se explicaba en el país. En otros sitios no dudaríamos en señalar que es apócrifa. Pero en el Zaire de Mobutu, si bien no nos atrevemos a ratificarla, tampoco a desmentirla.

Un día el delegado del Banco Mundial se encuentra en un despacho del banco emisor y aparece un general, que ordena a los funcionarios que le llenen un saco de billetes. Los funcionarios zaireños le dicen que no, que esa mañana los ministros ya lo habían intentado, pero que el delegado prohíbe esa práctica por aquel entonces tan habitual. El militar entra en el despacho y apunta al delegado con una pistola.

—Si usted me lo permite —dice el delegado del Banco Mundial con asombrosa sangre fría—, llamaré al presidente y que él resuelva el caso.

La respuesta no es menos inesperada:

—¿Y para qué cree que empuño esta pistola, sino para obligarlo a hacer esta llamada?

Así pues, el delegado llama a Mobutu y le explica la situación. Mobutu le pide que, con la mano que le deja libre el teléfono, coja un billete cualquiera.

—¿A quién ves? —grita Mobutu—. ¡Soy yo! Y yo, conmigo, hago lo que quiero.

En resumen, la única conclusión a la que llegaron los comisionados de la entidad financiera internacional era que Mobutu robaba entre 150 y 400 millones de dólares anuales. O fueron muy indulgentes o eran muy poco entendidos en la ciencia aritmética, porque los cálculos más optimistas dicen que al final de su vida Mobutu poseía una fortuna de 4 millardos de dólares repartida por todo el mundo. Por esa época, la deuda externa de Zaire era de 5 millardos de dólares. El lema del partido oficialista, por cierto, era: «Servir a los otros, no servirse a uno mismo».

Deseado

Un día, Joseph-Désiré (Deseado, en francés) Mobutu decidió cambiarse de nombre. Era un acto más de la campaña de «autenticidad» que patrocinaba su Gobierno. La idea era que los zaireños volvieran a sus raíces africanas y tiraran por la ventana cualquier vestigio de contaminación europea, como podían ser, por ejemplo, las corbatas y las minifaldas. Por otra parte, se instituyó el tratamiento de citoyens y citoyennes para todos los zaireños, muy al estilo de la Revolución Francesa. Esta medida no tuvo demasiado éxito: el 80 por ciento de la población no conocía el francés ni sabía leer ninguna otra lengua por falta de escuelas. En cualquier caso se estableció que el 20 por ciento escolarizado se educaría de forma típicamente africana. Muy consecuente, Mobutu envió a todos sus hijos a educarse a Europa.

En última instancia los nombres europeos deberían abandonarse. Mobutu se hizo llamar Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banza. Eso, en una de las lenguas del país, se aproxima mucho a la expresión «El gallo que monta todas las gallinas». ¿Le preocupaban, a Mobutu, las posibles sátiras populares? Se cree que no. Su única obsesión era el dinero. Y al margen de sus ingresos no se le conocía la menor preocupación ideológica. La «autenticidad» servía para distraer a los zaireños. Cuando los intelectuales de toda África polemizaban sobre la «autenticidad», Mobutu era feliz; así se olvidaban del objetivo real de su Gobierno: la voracidad.

Dicen que los tiranos se despiertan a medianoche torturados por los espectros de aquellos a los que han matado. Mobutu no. Desconocía la palabra remordimiento. Él vendió a Lumumba, el mítico mártir del África postcolonial. A otros esta sombra acusatoria los habría perseguido. En cambio, Mobutu no tuvo el menor inconveniente en alabarlo públicamente. Incluso le dedicó un monumento. Lo que más preocupaba al mariscal era que los invitados se acabaran su precioso champán francés. Pero cuando lo creía necesario era capaz de ser muy desprendido. Su yerno, un belga que se casó con una de sus hijas, fue testimonio de excepción de su generosidad. Cuando llegó al palacio de Gbadolite no podía creer que fuera posible tanta actividad suntuaria. Sí que lo era. Y, además, con un malgasto increíble, aunque sólo fuera porque incluso las latas de refrescos se importaban directamente de Europa. Con frecuencia se podía ver a un avión (y no un avión cualquiera, un Concorde, ni más ni menos) aterrizando en el aeropuerto de Gbadolite. En cierta ocasión toda su carga se reducía a una simple caja de 20 kilos. Pero estaremos de acuerdo en que era un cargamento de importancia estratégica: mejillones frescos.

Muy constructivo, el yerno propuso a su poderoso suegro racionalizar los gastos del palacio. Sería muy fácil gastar la mitad sin reducir el lujo. Mobutu le contestó que su propuesta era muy interesante y que se lo pensaría. Unos días más tarde coincidieron por los salones de Gbadolite. Ese día Mobutu debía sentirse magnánimo, pues le dijo:

—Vale más que lo dejemos correr. Hay mucha gente que vive de esto.

Respecto a sus aliados extranjeros tenía unas ideas muy peculiares. De los belgas:

—Son tan pequeños como su país.

Lo cual no impedía que su escolta personal estuviera integrada por efectivos belgas. De los franceses:

—Me han defraudado. No me han dado lo que esperaba de ellos.

Da escalofríos pensar qué quería que le diesen.

Cuando se cansó de marear al Zaire y al continente entero con la «autenticidad», dirigió sus energías a actividades todavía más singulares. En 1975 Mobutu cayó en un tic muy curioso. No se sabe si por envidia o por egolatría, durante un breve tiempo prohibió que la prensa escribiera el nombre de ningún político nacional. Sólo podía aparecer él: Mobutu Sese Seko. Todos los otros eran citados por su cargo. (De todas formas, los altos cargos eran cesados con tanta frecuencia que la población no tenía tiempo de memorizar sus nombres). Después, mientras todos los índices económicos caían en picado, se dedicó a una frenética actividad, por decirlo de alguna forma, estabilizadora. En 1976, 1977, 1979, 1981 y 1983 promulgó sendos planes de estabilización. ¿Su finalidad? Combatir la corrupción imperante. Pero se hace difícil creer que pudieran tener ningún éxito, cuando el país estaba dirigido por un gabinete que tenía como único objetivo devorar las riquezas nacionales. Occidente, que por aquellas fechas sentía un gran horror por los tiranos que devoraban a hombres, no dedicaba demasiada atención al tirano que estaba devorando a un país entero.

El mal zaireño

A veces el mismo Mobutu sufría las consecuencias del sistema que él había instaurado. En 1977 la erupción del volcán Nyirogongo causó estragos en la región de Kivu. Como los buenos *gansters*, que se pasan la jornada robando y en el tiempo libre se dedican a hacer obras de caridad, Mobutu donó 20.000 zaires para las víctimas. La cantidad se fue reduciendo a medida que se transmitía por los diversos niveles administrativos. A los damnificados no les

llegó ni un solo billete. Ni uno. Mobutu se vio obligado a entregar 20.000 zaires más.

Pero el hecho no tenía nada de escandaloso, como mínimo en Zaire. El secreto de Mobutu consistía en reducir a sus compatriotas a su condición. Como buen ladrón, no podía entender que existieran otras personas que no fueran como él. Primero llenaba el Gobierno de corruptos. Después, si algún miembro del ejecutivo le molestaba, siempre podía cesarlo o encarcelarlo con la excusa de que era corrupto. Por tanto, si el presidente era un ladrón y los ministros eran unos ladrones, quien más quien menos intentaba aprovechar su posición en la jerarquía administrativa en pro del robo organizado. Mientras tanto se estimulaba a la población con lemas del estilo:

¿CÓMO PUEDES DAR APOYO AL GOBIERNO DE MOBUTU?

TRABAJA CON CONSTANCIA.

PAGA TUS IMPUESTOS.

Pero difícilmente podían pagar impuestos aquellos que no trabajaban o que no cobraban su sueldo. Y es que un buen día los funcionarios de todo el país dejaron de cobrar la nómina. En algunos casos eso no tenía la menor importancia. Los ingresos efectivos de un gobernador se calcularon en alrededor de 100.000 dólares mensuales. Como su salario era de 2.000 dólares, se puede especular que la pérdida de su sueldo no le afectó en exceso. Pero ¿y el resto de citoyens? Los campesinos y los pequeños funcionarios, es decir, la inmensa mayoría de la población del gran Zaire, no podían ejercer el pillaje organizado. Por el país se extendió un dicho, según el cual sólo habría una ley efectiva. Era muy simple: se llamaba *la debrouille* (que sería, aproximadamente, «espabílate» o «búscate la vida»). En este sentido, en una ocasión Mobutu hizo las declaraciones más sorprendentes que jamás haya pronunciado un jefe de Estado; reconoció que «robar, si no se roba demasiado, no es tan malo». En otras palabras: sálvese quien pueda. O dicho de otra manera: robad, si podéis, pero robad poco.

Lo más extraordinario de Mobutu es que podía decir barbaridades como ésta con una tranquilidad pasmosa. En una ocasión, por ejemplo, un periodista belga le preguntó sobre las deficiencias del parque móvil del país. No se le ocurrió contestar nada más que:

—¿Sabe? En realidad no necesitamos coches. Mi gente prefiere ir en bicicleta. A los zaireños nos encanta el deporte.

Habría sido un detalle que, como mínimo, les hubiera permitido que lo practicaran. Cuando Kuwait cedió 860 motos y 350 bicicletas al pueblo zaireño, el círculo del tirano se apoderó directamente de 760 motos y 275 bicicletas. Conociendo sus hábitos, no obstante, debemos concluir que se mostraron muy generosos.

En otro discurso, siempre con su tono a la vez surrealista y paternal, Mobutu advertía a la ciudadanía:

—Pero recordad que, aunque os quiero, yo soy el águila que vuela y todo lo ve, y vosotros, hijos míos, los polluelos que se arrastran por el suelo.

Eso de volar era más bien metafórico, porque la aviación de Zaire sufría una crisis «caníbal», por decirlo de alguna forma. Los pilotos de la fuerza aérea, desesperados por la falta de ingresos, utilizaban los aviones de combate para transportar pasajeros y para comerciar con mercancías del interior que se venderían en las grandes ciudades, donde los precios eran mucho más elevados. Pero el personal de tierra se rebeló. No les hacía ninguna gracia que los pilotos se llevaran todos los beneficios obtenidos gracias a su esfuerzo. Sea como fuere, en el Zaire de Mobutu, todo se podía arreglar. Los pilotos ofrecieron un pacto al personal de tierra: por cada viajero que consiguieran tendrían derecho a una comisión. Las cosas se organizaron de tal forma que la fuerza aérea transportaba viajeros a mitad de precio que Air Zaire. Una competencia desleal, pero que haría felices a los pacifistas de todo el mundo. Por desgracia los accidentes aéreos eran cada vez más frecuentes. Y todavía peor, un día los recambios se acabaron. Así que los pilotos de los aviones empezaron a robarse las piezas los unos a los otros. Cuando sólo quedaba un aparato intacto (el de Mobutu) se clausuró el negocio.

Los diplomáticos eran todavía menos sutiles. Se encontraban lejos de Zaire, y poca cosa podían robar. Tenían a su disposición, eso sí, los bienes inmuebles de las embajadas. El embajador en Viena vendió el edificio entero. Gracias a estos ingresos pudo pagar la boda de su hijo. Además, se compró una casa en Bélgica y, por supuesto, un Mercedes. Es muy probable que, a continuación, pidiera un cambio de destino. El embajador en Tokio también vendió la sede diplomática. Como tenía muchos hijos se conformó con adquirir un microbús para llevar a los chiquillos a la escuela. Debía ser un buen padre.

En el Zaire de Mobutu, la típica pregunta criminológica (¿por qué roba la gente?) debería invertirse (¿por qué algunos no roban?). En una atmósfera de

naufragio nacional como pocos países la han conocido, sorprende que muchos, que tantos, continuasen cívicamente en sus puestos de trabajo, día tras día, año tras año. Una de estas almas nobles ejercía sus funciones en la aduana del aeropuerto. Un buen día, dos altos cargos del Gobierno le piden que firme la autorización para embarcar once ataúdes con destino Suiza. Los altos funcionarios le aseguran que se trata de diplomáticos suizos muertos en Zaire. Era realmente extraño que tantos cónsules suizos decidieran morirse simultáneamente, pero el aduanero honrado firma la orden de embarque. Al día siguiente vuelven los mismos altos funcionarios, ahora con quince ataúdes. Se trata de más diplomáticos suizos, que también se han muerto de repente. Esta vez el aduanero honrado se resiste a firmar, aunque sólo sea porque ha investigado y en todo Zaire no hay tantos suizos, diplomáticos o turistas, vivos o muertos. Evidentemente, los ataúdes iban llenos de dólares.

Fue un caso de práctica discreta. Por lo general, la nomenclatura mobutista no tenía tantos escrúpulos. En 1992, por ejemplo, llegaron 150 ambulancias al país gracias a un donativo del extranjero. Treinta de estos beneméritos vehículos sirvieron para difundir propaganda electoral. Dejaremos que el lector adivine de qué partido político.

Era como si Mobutu y su círculo actuaran como atletas, intentando superar su propia marca. Un Gobierno corrupto compraría vehículos en nombre del Estado y hurtaría varios discretamente. El mobutismo siempre conseguía destacarse. En una ocasión, la Administración zaireña adquirió 551 vehículos de todo tipo. En una maniobra prototípica se vendieron todos, sin excepción, al 10 por ciento de su valor real (es decir, se regalaron a los amigos del presidente). Y, batiendo el récord, una investigación demostró que sólo 135 propietarios se habían dignado a pagar este insignificante 10 por ciento.

Naturalmente, la inmensa mayoría de la población no se beneficiaba de este saqueo, sino que lo sufría. Sus verdugos directos eran los soldados. El ejército, tan falto de recursos y tan sumido en el caos como el resto del aparato estatal, no tenía más remedio que vivir sobre el terreno como si fuera una fuerza de ocupación. Por todo el país se practicaban exacciones y chantajes. En buena parte era así porque Mobutu ni siquiera se dignaba a pagar a sus propios soldados. Hecho insólito, porque los dictadores de todas las épocas siempre han hecho caso al consejo que el emperador Vespasiano dio a su hijo: «Buena paga para los legionarios, y buena noche tendrás». Mobutu era tan desmesuradamente voraz que no alimentaba ni a sus tropas ni a la policía. Sólo accedió a abonar los salarios atrasados cuando los soldados

le amenazaron con una rebelión abierta. Dos días después las protestas degeneraron en revuelta: por insólito que parezca… ¡los pagos se habían realizado con moneda falsa! Pero en caso de crisis Mobutu tenía sus recetas particulares. Originalísimas, como veremos: en vez de pagar a los soldados y policías, hizo que policías y soldados pagaran para alistarse. El alistamiento les garantizaba robar tanto como pudieran con la venia del Gobierno.

El caos que se extendió por Zaire sólo se puede describir gracias al relato de otro funcionario honrado, un delegado provincial. Cuando reunió a los representantes de la población local para encontrar una solución al problema de la inseguridad, uno de los presentes describió la situación con absoluta franqueza:

—¿Y no sería posible que alguien se llevara a la policía y al ejército?

Nos podemos preguntar si Mobutu era consciente de la catástrofe que había instaurado en su país. Justamente, él pregonaba en público:

—Las masas deben entender que, si todos tratan de satisfacer sus ambiciones, el resultado inevitable será la anarquía.

Ese mismo hombre asistía a misa y cantaba salmos en latín. Con frecuencia se refería a su tierra natal como Belén o Nazaret. Quizá la clave esté aquí. Quizá Mobutu creía que vivía en una dimensión diferente a la del resto de los mortales. Y le gustaba mucho un chiste que esconde lecturas diversas. Es el siguiente: un cura y una monja se encuentran en el bosque y se dedican a actividades carnales poco compatibles con su vocación. La monja pregunta qué le pasará si se queda embarazada. El sacerdote le contesta que no se preocupe, que el buen Dios cuidará de ella. De repente, se abre el cielo y una magna voz grita:

—¡Ah, no! A mí, no me metáis. ¡Yo no tengo nada que ver con vuestras historias!

Dicen que le hacía mucha gracia.

El fin del ladrón

Mobutu tuvo un final horrible. Durante los últimos diez años de su vida arrastró un cáncer de próstata que lo obligó a peregrinar de hospital en hospital. Pero lo peor fue que vivió lo bastante como para contemplar su final político. En octubre de 1996 estalló una rebelión en el este del país con el apoyo de los Gobiernos de Ruanda y Uganda. El improvisado ejército insurgente encontró una mínima resistencia. Si no conquistó la capital hasta mayo de 1997 fue, principalmente, por la enorme extensión del país y por el

penoso estado de las carreteras. Cuando los generales instaron al mariscal Mobutu a dirigirse al frente, éste se negó: «Si me matan, ¿quién cuidará a mi viuda?», exclamaba. En vez de combatir, prefirió optar por la vía diplomática. Solicitó ayuda a sus amigos belgas, franceses y norteamericanos. Pero fue ignorado, incluso denigrado. Ahora que su poder hacía aguas todos lo denostaban. Los mismos Gobiernos que le habían sostenido en el poder durante tres décadas, los mismos Gobiernos que habían aprobado y estimulado el peor latrocinio del siglo XX, ahora lo acusaban de dictador infame. Como si ellos no hubieran participado.

Cuando murió en el exilio, en septiembre de ese mismo año, la indiferencia de la población fue absoluta. El nuevo jefe de Estado, curiosamente, también se llamaba Deseado: Laurent-Désiré Kabila.

Sékou Touré

El gran fabulador

«En usted el mundo descubre, a lo largo de los años, inscritas en los muchos desafíos que usted ha aceptado, todas las cualidades que sus compatriotas ya conocían: su intuición de la historia y su sentido de lo concreto, unidas a su excepcional capacidad de síntesis, servida de un talento de orador siempre inspirado».

Amadou Mathar M'Bow, director general de la Unesco

«Estoy impresionado por su profundo sentido de los derechos del pueblo, de los derechos de su pueblo».

Aimé Cesaire, escritor

«El presidente Ahmed Sékou Touré es bien conocido y no hace falta presentarlo. Es un opositor infatigable al colonialismo y es un valiente luchador por la libertad. Es un gran líder honesto. Toda África está orgullosa de él».

Coronel Gaddafi, jefe de Estado libio

«Era uno de los mejores jefes de Estado africanos y uno de los más escuchados».

François Miterrand, presidente francés

El 25 de agosto de 1958 el general De Gaulle visitó la Guinea francesa en el marco de una gira por diversos países africanos. Esperaba conseguir que todas las colonias francesas del continente se sumaran a la denominada Communauté Franco-Africaine, una entidad que pretendía facilitar un cierto grado de autogobierno a los territorios africanos sin que, en último término, dejaran de ser controlados por la metrópolis (un año antes, Ghana había sido el primer país africano en acceder a la independencia). Hasta Conakry (la capital guineana) el viaje de De Gaulle había marchado a la perfección. Era de esperar: pocos días antes, en París, los principales líderes políticos del África francesa se habían comprometido a apoyar a la Communauté en las votaciones que debían celebrarse el 28 de septiembre. El presidente de la Asamblea Territorial de Guinea, Ahmed Sékou Touré se mostró de acuerdo con este planteamiento.

En Guinea Conakry el general no esperaba sorpresas. Pero Touré, el 25 de agosto, ante De Gaulle, pronunció inesperadamente un violento discurso antifrancés y exigió la posibilidad de obtener la independencia inmediata en el seno de la Communauté. Herido en su orgullo, el presidente francés le aseguró que no pondría ningún obstáculo a los países que se quisieran independizar, pero que sólo podrían permanecer en la Communauté (y gozar de ayudas económicas y técnicas del Hexágono) quienes renunciaran a la plena soberanía.

Aunque De Gaulle amenazó a Guinea Conakry con sanciones económicas, Sékou Touré siguió adelante con su campaña en favor de la independencia inmediata. En el referéndum del 28 de septiembre los nacionalistas guineanos arrasaron: de 1.406.000 inscritos, 57.000 votaron a favor de la Communauté y 1.130.000 en contra. Sékou Touré, que hasta entonces había sido un político poco conocido internacionalmente, de repente adquirió una gran popularidad al convertirse en «el hombre que dijo no a De Gaulle». Touré había conseguido vencer al general que ni siquiera Hitler había derrotado.

El presidente galo, airado, procedió a repatriar a todos los funcionarios franceses destinados en Guinea (médicos, maestros, ingenieros, etcétera).

Además, retiró los bienes de la administración metropolitana, suspendió la cooperación con la antigua colonia y facilitó la fuga de capitales hacia Francia. En un gesto realmente chapucero, los franceses destrozaron el palacio presidencial antes de transferirlo al nuevo Gobierno: arrancaron los teléfonos e incluso quemaron muebles y documentos. La intransigencia francesa despertó una oleada de simpatías hacia Sékou Touré. La oposición guineana apoyó incondicionalmente al presidente. Muchos técnicos procedentes de Senegal, de Sudán, de Nigeria, de las Antillas e incluso de Francia se ofrecieron voluntarios para ocupar la plaza de los franceses repatriados. Los países del Este prepararon acuerdos de cooperación con Guinea… Conakry se convirtió en un centro de peregrinación para los nacionalistas africanos y para los izquierdistas del mundo entero. Sékou Touré, en los 35 días comprendidos entre el 25 de agosto y el 28 de septiembre, se convirtió en el líder político más prestigioso del continente.

La invención de un currículum

El historial independentista de Sékou Touré se reducía a estos 35 días. En febrero de 1958, siete meses antes del referéndum, todavía afirmaba: «Nosotros estamos a favor de la Communauté Franco-Africaine. […] Nuestra idea no es la de una separación de Francia sino la expresión del amor que sentimos por Francia». Algunos meses después, todavía expresaba su amor por Francia y reclamaba la independencia en un plazo de diez a veinte años; dos meses antes del referéndum, ni siquiera se había atrevido a hablar de independencia a medio plazo, tal y como lo habían hecho otros líderes africanos.

La apuesta independentista de Sékou surgió de forma improvisada. En realidad, desafiar a De Gaulle no fue un acto premeditado, sino un simple error de cálculo derivado de un exceso de charlatanería (la discreción nunca fue su principal virtud). Sékou reivindicó la independencia con la convicción de que Francia no tomaría represalias contra los países que se inclinaran por el no. Además, el político guineano pensaba que Guinea no quedaría aislada, porque también votarían en contra de la Communauté Senegal y Níger. Cuatro días antes del referéndum, todavía pensaba que, fuera cual fuera su resultado, se podría firmar un tratado de cooperación franco-guineano.

La ruptura de los vínculos entre Francia y Guinea estuvo determinada por la intransigencia de De Gaulle, y no por las convicciones anticoloniales del líder guineano. El general francés, tras oír el discurso antifrancés del líder

guineano del 25 de agosto, afirmó irritado: «Con este hombre no nos podemos entender […] Guinea no es indispensable para Francia. Que tomen sus responsabilidades». Sékou Touré de inmediato trató de retractarse: aseguró que «se negociarían las bases para una asociación con la República Francesa», y para conseguirlo dirigió un telegrama a De Gaulle. Éste ni siquiera se molestó en responderle. El mismo día de la independencia, el que posteriormente se presentaría como un infatigable luchador anticolonial llegó a prometer a sus colaboradores que construiría un monumento al general francés que había ordenado la destrucción de su palacio. A Sékou Touré 35 días de firme anticolonialismo ya le habían bastado.

Aunque el líder guineano se arrepentía de su no a Francia, con su negativa a De Gaulle se había granjeado las simpatías de los nacionalistas africanos y de los izquierdistas del mundo entero. Decidió explotar su nuevo carisma construyéndose un pasado a la altura de esta popularidad. No dudó ni un segundo en falsear su biografía y en difundir una imagen mítica de su propia vida. Empezaba su dilatada carrera de fabulador.

Llegó a hacer creer al mundo que él, en una intensa trayectoria anticolonial, había liderado a su pueblo en el combate por la independencia. Pero ni Sékou Touré ni el Partido Democrático de Guinea (PDG, la formación que él lideraba) se habían destacado hasta 1958 por su sentimiento independentista. El partido de Sékou Touré, en realidad, era el movimiento político más profrancés del país. Por eso a partir de 1954 se benefició de los favores de las autoridades coloniales, que mediante un espectacular fraude electoral le entregaron el control de la Asamblea Territorial. Las fuerzas coloniales contemplaron con pasividad cómo los *gônes*, delincuentes vinculados al partido de Sékou Touré, apaleaban a los militantes de la oposición y quemaban sus casas.

A Sékou Touré le encantaba sentirse adulado. Y las izquierdas europeas constituían la principal fuente de adulación para el dirigente guineano. Para gozar del apoyo de la intelectualidad progresista occidental, presumía de ser el genuino representante de la clase trabajadora africana, y para ello se refería constantemente a su pasado de sindicalista. A Sékou Touré le gustaba recordar que, en 1945, cuando trabajaba en Correos, se había afiliado al primer sindicato del país, y que en 1950 ya ocupaba la presidencia de la sección africana del sindicato comunista francés. Pero, en realidad, el pasado obrerista de Touré no era tan nítido como él quería hacer pensar, aunque sólo fuera porque los trabajadores guineanos ya le habían echado en cara su aburguesamiento cuando residía en París, ocupando su escaño de diputado, en

1955. Y lo que es más importante, aunque el pasado sindicalista del presidente guineano era probado, se debe constatar que su sentimiento sindicalista quizá fuese bastante tibio: en la década de 1960, cuando ya era jefe de Estado, prohibió los sindicatos. Sus aduladores progresistas lo encontraron la mar de normal.

Además de diseñarse un currículum político a medida para sus fans del exterior, Sékou Touré se forjó una imagen mítica para el consumo interno e impulsó una intensa campaña de culto a su persona. El PDG encargó una hagiografía de su dirigente. En primer lugar, inventó una genealogía que lo emparentaba con dos históricos líderes de la lucha anticolonial: Almany Touré y Samori Touré. En el caso de Almany, como mínimo, la historia era completamente fraudulenta; por lo que respecta a Samori, sólo era falsa en un 90 por ciento: todos los indicios apuntan a que se manipuló el árbol genealógico del político guineano para hacer más próximo un lejano parentesco con el héroe anticolonial. Los propagandistas del PDG aseguraban que, si bien Samori Touré había sido vencido por los franceses, era uno de sus descendientes quien había conseguido «echarlos al mar».

La biografía oficial de Sily (el Elefante, sobrenombre que Touré adoraba) hacía referencia a una infancia excepcional. Según el PDG, Sékou Touré no pudo inscribirse en la Escuela Primaria Superior a causa de su nacionalismo y se vio obligado a estudiar en una escuela profesional, de la que fue expulsado por un enfrentamiento político con uno de los supervisores. Sus compañeros de clase, no obstante, afirmaban que no había ingresado en el centro superior por sus pésimas notas, y que la pelea que determinó su expulsión no respondía a ningún motivo político. Su supuesta infancia era tan fraudulenta como sus presuntos antepasados.

Uno de los mitos que el presidente guineano y sus acólitos cultivaron de forma más sistemática fue el de su supuesta invulnerabilidad. Durante la década de 1970, Sékou Touré empezó a explicar anécdotas autobiográficas que nadie antes había escuchado. Algunas de ellas rozaban el esperpento. Aseguraba que en 1955 un «bandido internacional» había tratado de asesinarlo. Nunca se supo la identidad del supuesto «bandido», quizá por su carácter «internacional». También contaba que en Pita se le había averiado el vehículo y que había escuchado cómo unos terroristas hablaban de matarlo. No obstante, éstos habrían huido asustados cuando él, solo, se habría acercado a ellos para pedirles un gato para cambiar la rueda de su coche… Quienes lo conocían bien no tenían tan buen concepto de su valor.

A Sékou Touré le gustaba presentarse como el gran enemigo de Occidente y presumía de estar en el punto de mira de todas las grandes potencias y, en especial, de Francia. Si hemos de creer al PDG, el presidente estaba rodeado de elementos peligrosísimos que, con apoyo extranjero, urdían un complot tras otro. En 1960 fue el complot de los «intelectuales tarados y las fuerzas decadentes». Fracasó, obviamente: los intelectuales suelen ser unos pésimos conspiradores, aun cuando no están «tarados». En 1961 se descubrió el complot de los «sindicalistas, maestros y estudiantes, elementos de extracción feudal y anarquista con el apoyo de las embajadas imperialistas y soviéticas». Fuerzas sociales muy heterogéneas, como podemos ver, pero que se aliaron a causa de su odio común contra el heroico Sékou Touré. En cualquier caso, es el único golpe con participación anarquista del que se tiene constancia que fuera sufragado conjuntamente por Estados Unidos y por la URSS. En 1963 se abortó el complot de los «pequeños comerciantes» (es decir, de los tenderos). En 1965 le tocó el turno a los «grandes comerciantes», motivado, suponemos, por cuestiones de competencia con los tenderos. En 1969 llegó el complot de los militares. El ejército, inexplicablemente, actuaba con un retraso notable, ya que se perdió los cuatro primeros complots. En 1972 fracasó el complot de los médicos. Nadie sabe si tenía finalidades humanitarias. En 1973 hubo un intento de golpe de «ciertos grupos anarquistas». Probablemente, una réplica del intento de 1961. En 1976, por fin, los miembros de la etnia fulbé prepararon un complot. Aunque sólo fuera por inercia, esta conspiración también fracasó.

La incompetencia de los conspiradores tenía una explicación coherente y racional: las acciones contra Sékou Touré no podían tener ninguna posibilidad de éxito porque él representaba al orden cósmico. En una ocasión, un espontáneo trató de boicotear un mitin suyo en Ouassou. Con infinita tolerancia, el presidente lo invitó a subir al estrado a injuriarlo. El individuo lo hizo por espacio de dos horas. El mismo día, un comunicado oficial anunciaba que este opositor había muerto de un ataque al corazón. Ante el escepticismo de algunos observadores, Sékou Touré afirmó: «Yo estoy convencido de que se trata de una muerte natural, porque la naturaleza va en el sentido de la Revolución Democrática Africana».

La prensa guineana alababa el valor presidencial ante estos ataques. En las frecuentes agresiones ficticias, el valor de Sékou no se podía probar. En las agresiones reales, el valor del líder no era tan ejemplar como se quería hacer creer. En 1969, durante una visita a Guinea del presidente de Zambia, Kenneth Kaunda, un estudiante desarmado se lanzó sobre Sily y, en unos

segundos, le clavó una paliza impresionante (finalmente, un oficial de la escolta lo mató de un disparo). En noviembre de 1970, las fuerzas armadas portuguesas atacaron Conakry y el comandante de la gendarmería fue al palacio presidencial a buscar la llave del polvorín, que Sékou Touré guardaba personalmente. Este, al verlo llegar, pensó que se trataba de un golpe de Estado y, alzando los brazos, se rindió. Los testimonios de esta anécdota no pudieron explicarla demasiadas veces. Poco después fueron asesinados. Se les acusó, naturalmente, de preparar un complot.

El ataque portugués contra Conakry tenía como objetivo la destrucción de las bases militares del Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC, la guerrilla independentista de Guinea-Bissau). Una vez logrado este objetivo, las fuerzas lusas se retiraron de la ciudad. No hubo ningún complot, pero Sékou aprovechó este ataque para eliminar a decenas de opositores con el pretexto de que habían colaborado con los portugueses. Esta vez los presuntos conspiradores habrían contado con apoyos de altísimo nivel: Portugal, Estados Unidos, la OTAN, Jacques Foccart (asesor en asuntos africanos de la presidencia francesa), el Vaticano, Costa de Marfil, Senegal y, coordinando todas las fuerzas, la «quinta columna SS Nazi», una red nazi que habría sobrevivido al juicio de Nuremberg, y que se habría establecido como objetivo prioritario la eliminación del gran líder revolucionario guineano. Por una vez, los anarquistas y los tenderos se habrían quedado en casa.

La invención de una ideología

Sékou Touré era uno de los dirigentes africanos con una formación política más sólida. Como ex miembro del sindicato comunista francés conocía bastante bien el marxismo, ideología que había estudiado en sus viajes a Polonia, Yugoslavia y Checoslovaquia. Gracias al uso recurrente de la terminología marxista, Sékou consiguió el apoyo incondicional de la izquierda de Occidente. Pero Sékou no aceptó el marxismo, sino que diseñó su propia vía, la comunocracia, que definía como «la práctica de la democracia formal que rige y gobierna la vida del poblado». En realidad, lo único que apreciaba del comunismo era la preeminencia reservada al partido en el pensamiento leninista. Se ha de reconocer que este aspecto lo gestionó bien: el PDG se convirtió en un instrumento extremadamente dócil, que siempre estuvo a su servicio.

El objetivo de la «comunocracia» era la creación del Nuevo Hombre Africano necesario para hacer la revolución, una revolución que se convirtió

en el centro de la vida política guineana y que el PDG definía como «una realidad material, una realidad filosófica, una realidad histórica, una realidad económica, una realidad social, una realidad cultural, una realidad espiritual…». Todo y nada.

Cualquier acto público se iniciaba con las consignas «Gloria… al pueblo» y «Abajo… el colonialismo»; y la correspondencia personal debía cerrarse con una despedida militante: «Preparados para la Revolución». El proceso revolucionario guineano estaba dirigido personalmente por Sékou Touré, a quien el PDG consideraba «Responsable Supremo de la Revolución», «Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas Populares y Revolucionarias», además de «Secretario General del Partido-Estado de Guinea». Si bien los principios teóricos de la «revolución» eran más bien confusos, lo que para el PDG estaba bien claro era que el proceso revolucionario peligraba por la presencia de múltiples enemigos. En su Décimo Congreso elaboró una lista de los «agentes del imperialismo» que era necesario liquidar:

- Los que provoquen, alimenten o favorezcan el tráfico de bienes del pueblo.
- Los que desmovilicen a los trabajadores.
- Los que practiquen el absentismo laboral.
- Los que desmovilicen a la juventud en nuestros centros de educación revolucionaria.
- Los que, camuflados en el seno del aparato del Partido o del Estado, provoquen el nacimiento de una ideología o política contraria a la presentada por el PDG.

Estos «agentes del imperialismo» tenían que ser reprimidos de forma contundente, ya que, según Sékou Touré, «el sentimentalismo es el veneno de la Revolución». Se tenía que mantener permanentemente el espíritu revolucionario porque la República de Guinea era atacada continuamente, ni más ni menos, que por «la quinta columna alemana y vaticana». El representante de Sékou Touré ante la Organización Mundial de la Salud de la ONU, en una cumbre del organismo, interrumpió las tediosas discusiones médicas para comentar a la patidifusa asistencia el ataque portugués de noviembre de 1970: «Todo esto recuerda en nuestros espíritus los seis millones de ejemplares del *Mein Kampf* de Hitler, cuyos seguidores están todavía entre nosotros, más agresivos que nunca. Barcos de guerra, cañones y aviones que surcan nuestras aguas y nuestro espacio aéreo hacen maniobras ante nuestras costas, se preparan para agredirnos de nuevo, para sembrar

muerte, tortura y desolación. ¿Cómo callar esto sin ser culpable? […] ¡Sí! ¡Los oigo! Oigo los estallidos de los bazucas el 22 de noviembre de 1970 y, a través de estos estallidos, yo oigo la voz de Hitler».

A Sékou Touré le preocupaba la posibilidad de que los guineanos dudasen de las genialidades de la «comunocracia» y tuvieran malos pensamientos. Por eso trataba de impedir la difusión de obras «imperialistas» (ni siquiera permitía la entrada en el país de libros de texto occidentales o de los países del Este). Pero, para el régimen, los intelectuales guineanos tampoco eran suficientemente fiables. Según Ismael Touré, hermanastro del presidente, «el complejo de inferioridad constituye una de las taras habituales del régimen colonial capaces de desorientar, con frecuencia, a intelectuales que querrían todavía el retorno del antiguo dueño y que demuestran una total falta de confianza en la revolución nacional que se materializa ante sus ojos». Un individuo como Sékou Touré, con tantas veleidades intelectuales, estaba condenado a desconfiar de los eruditos, que podían poner de manifiesto que la «comunocracia» no era la culminación del pensamiento universal, sino el fruto de una insolación tropical. Por eso el líder guineano se convirtió en un «intelectual antiintelectual».

Para evitar el desviacionismo de los eruditos, en la República de Guinea se implantó, como ideología oficial, el «pensamiento Sékou Touré». El mismo presidente se encargó de establecer la filosofía, la economía y la ciencia guineanas. Además se permitía el lujo de escribir poesías y de hacer incursiones en el campo de la teología. Una de sus debilidades era difundir sus elucubraciones mediante discursos de hasta ocho horas de duración. No se conformaba con aleccionar a campesinos analfabetos, sino que no dudaba en dar infantiles clases de lingüística a los asistentes a un encuentro de la Unesco, o tabernarias lecciones de historia de África a los eminentes participantes en un congreso de cultura panafricana…

El PDG publicaba la producción, digamos intelectual, del presidente. A lo largo de su mandato el político guineano escribió la nada menospreciable cifra de 50 libros, dedicados a los temas más diversos: matemáticas, economía, estadística, filología, religión, historia, antropología física, etcétera. En los institutos de bachillerato los estudiantes se veían obligados a utilizar estas obras como libros de texto. Los alumnos de las escuelas politécnicas y de los centros universitarios debían estudiarlas en un curso intensivo de formación ideológica; sin un conocimiento profundizado del «pensamiento Sékou Touré» no obtenían sus títulos y no tenían acceso al mercado laboral.

Touré se creía un experto en nutrición y en economía. En 1963, en un discurso, pedía a los guineanos que renunciaran al té y al café «coloniales» y los adoctrinaba: «Comed, como vuestros antepasados, tortas y un buen tazón de *lafidi* por la mañana. Eso da salud y longevidad y permite estar en forma todo el día». También tenía grandes conocimientos de metafísica; el PDG editó en 1978 el libro *Revolución y religión*, en el que se verificaba la existencia de Dios con un planteamiento extremadamente sofisticado: «Todo es tan preciso, tan perfeccionado que el azar no podría haberlo creado». Y su grado de formación en ciencias jurídicas era impresionante: «Digo públicamente que seremos el primer Gobierno africano que establezca el trabajo forzado. No nos da vergüenza decir que se establecerá el trabajo forzado, ya que este trabajo no se hará en beneficio de Sékou Touré, del Gobierno o de quien sea. Se hará en beneficio de los mismos que irán a trabajar».

Una de las debilidades del presidente era la literatura. Él mismo ejercía de crítico de todo cuanto publicaban los escritores guineanos. No dudaba en calificar una obra de un compatriota suyo como «la más vulgar expresión de un igualitarismo llevado hasta extremos absurdos». Como alternativa a los versos vulgares e igualitarios, Touré ponía como modelo su propia obra literaria:

El imperialismo[1]

Satan est encore blessé et chassé
Pour la solidarité vivante des peuples
Des Peuples de tous continents et toutes races
Satan du temps néocolonialiste
Qui visse à rendre nouvelle forme […]
Mais le car des anti-Africains les conduira
Inevitablemente et très bientôt au tombeau
Pour y être enterrés avec leurs rêves et leurs complexes.

Aunque los disparates científicos, políticos, filosóficos y literarios de Sékou Touré en algunos casos parecían insuperables, sus seguidores trataban de sobrepasarlos. Las Juventudes del PDG, en uno de sus congresos, advertían que «el vestido indecente (pelucas, mechas, minifaldas, pantalones o peinados ye-ye) difundido en otros países por jóvenes desclasados entra en contradicción con la moral que rige nuestra sociedad» y que «esta imitación de las taras del capitalismo pone en riesgo de comprometer peligrosamente

nuestra determinación de construir una sociedad socialista sobre valores auténticamente africanos». En nombre de los valores socialistas y auténticamente africanos, bandas de miembros del PDG rapaban a los jóvenes que no iban «correctamente» peinados y desnudaban a los chicos y chicas que no vestían de forma «conveniente».

Las contradicciones entre el discurso del PDG y su práctica política, eran obvias: se reclamaba el principio de no injerencia y se enviaban tropas a Sierra Leona, se defendía la alianza con los países del Este y se expulsaba al embajador de la URSS, se propugnaba la solidaridad antiimperialista y se confraternizaba con Francia… Tras nacionalizar muchas empresas entre 1960 y 1962, Sékou Touré aseguraba: «Nunca ha estado en la mente de nadie nacionalizar nada». Realmente, se hacía difícil adivinar qué le pasaba por la cabeza. Sin ningún pudor, el presidente reconocía su volubilidad: «Mi palabra no es una montaña». Si tenía un buen día, Sékou Touré ofrecía esta sentencia en una versión más refinada: «Yo no digo que todo lo que diga siempre sea verdad, pero yo diré siempre la verdad».

Paradójicamente, la estrategia propagandística del Sily fue muy efectiva: algunos destacados intelectuales europeos mordieron el anzuelo y se convirtieron en apologistas de la obra «revolucionaria» del jefe de Estado guineano. A pesar de la inconsistencia de sus argumentos, Sékou Touré fue comparado con Nasser, Mao, Marx, Hobbes, Lenin y Montesquieu. Se ha de reconocer, a pesar de todo, que nadie tuvo el valor de comparar su poesía con la de Kavafis, Ausiàs March, García Lorca o Pessoa.

La invención de un nuevo régimen

El presidente guineano no se limitó a formular extravagantes teorías políticas sino que, además, las puso en práctica. El PDG absorbió al resto de formaciones políticas guineanas, ya que era considerado «el pensamiento del pueblo de Guinea en su nivel más alto y en su forma más completa». Llegó a tener dos millones de miembros (en un país de cuatro millones de habitantes). El «pensamiento del pueblo de Guinea» extendió extraordinariamente su estructura burocrática, y llegó a alcanzar una forma tan completa, que contó con una asamblea nacional, 29 consejos generales, 10.250 comités de base, 10.250 comités de base juveniles, 177 comités rectores de gestión, 177 comités de sección de las Juventudes del Partido, 30 oficinas federales y 30 comités regionales de las Juventudes del Partido. En total, casi 400.000 cuadros: un representante para cada 11 guineanos.

Una de las actividades centrales del PDG era la organización de grandiosos desfiles para alabanza y gloria del «Responsable Supremo de la Revolución». Se obligaba a participar en ellos a estudiantes, obreros, campesinos, militares, comerciantes y milicianos. La Unión Soviética construyó en Conakry un gran estadio, con capacidad para 30.000 personas, destinado a acoger estos actos multitudinarios, que se completaban con representaciones teatrales de carácter revolucionario. Todos los asistentes a estas concentraciones se veían obligados a vestirse de blanco, el color preferido del presidente, que siempre solía utilizar ropa de este color. Además, constantemente se decretaban días de fiesta pagada para promocionar actividades tan revolucionarias como un espectacular recibimiento a Harry Belafonte (cuyo mayor éxito era la popular melodía *Ron y Coca-Cola*).

El partido único estaba obsesionado con la vigilancia política. Sólo cinco días después de la independencia, Sékou Touré ya arengaba a la población: «Hombres y mujeres, jóvenes y viejos del PDG, vosotros tenéis que vigilar a todo el mundo, empezando por el presidente Sékou Touré, en sus actividades más nimias, tanto públicas como privadas. A todos aquellos que consideréis susceptibles de causar vergüenza a Guinea o a África, denunciadlos». A él no lo denunció nunca nadie.

La lista de sospechosos que encabezaba el presidente era muy extensa, porque según el PDG era necesario vigilar a los guineanos residentes en el extranjero (y especialmente a los estudiantes), a los diplomáticos «sometidos a mil tentaciones», a los intelectuales «mal impregnados de marxismo-leninismo», a los funcionarios, a los cuadros que podían transmitir «una mentalidad individualista y burguesa», a los comerciantes «poco leales a la Revolución», a los plantadores, al campesinado aposentado y medio «poco revolucionario», a los obreros «poco comprensivos con el régimen», etcétera (por no hablar de los terroríficos tenderos). Para hacer frente a tal cantidad de desafectos, el Gobierno tenía que estimular la delación, incluso en el seno del partido. Sily daba instrucciones para desenmascarar a los militantes antirrevolucionarios: «Evidentemente, un cuadro jamás dirá que se ha vuelto burgués, pero es fácil detectarlo por su forma de hablar, de definir las perspectivas de futuro, por su manera de interpretar los hechos».

El encarcelamiento de muchos cuadros, el nepotismo imperante y la huida al exilio de casi un tercio de la población provocaron la ruina de Guinea. Sékou Touré dilapidó los presupuestos del Estado en la construcción de grandes infraestructuras completamente inútiles. Además, la desorganización

que imperaba en la Administración pública generaba muchos problemas: el presidente guineano llegó a reclamar personalmente a Andrei Gromiko la cesión de 150 *jeeps* encargados a la URSS, cuando en realidad los vehículos se habían entregado unos meses antes. El presidente, que presumía de ser un genio de la ciencia económica, trataba de controlar la evolución de las finanzas guineanas hasta el mínimo detalle, pero los resultados eran más bien decepcionantes.

El franco guineano se devaluó a gran velocidad, y la moneda que lo reemplazó, el sily, tampoco fue capaz de mantenerse estable. El estricto control estatal sobre todos los sectores económicos resultó fatal para el desarrollo del país: ante la presión del Estado, se volvió a recurrir a los intercambios no monetarizados. Las empresas extranjeras no querían invertir en el país por falta de seguridad. Tenían motivos para desconfiar: el régimen prohibió a la compañía aérea holandesa KLM aterrizar en el país para no tener que pagarle el millón de dólares que le debía. La situación guineana, en 1984, era mucho peor que en 1958: se había producido una clara regresión en el PIB por habitante, y había disminuido drásticamente la producción de arroz y de otros alimentos básicos. ¿Desnutrición generalizada en una utopía afrosocialista? El «pensamiento Sékou Touré» no se modificaba por tan poca cosa.

Sékou Touré no era el típico dictador derrochador; su estilo de vida era más bien ascético: fumaba el tabaco más barato, ahorraba hasta el último céntimo en los gastos presidenciales y su fortuna personal era modesta. Pero la austeridad del presidente se veía ampliamente compensada por la avaricia de sus parientes. Los miembros del clan de Touré, que ocupaban cargos clave de la administración y dirigían la represión, aprovecharon el control de los resortes estatales para enriquecerse extraordinariamente. A la muerte del presidente, su viuda, su hijo, su hija y su hermanastro ingresaron 4.000 millones de dólares en cuentas marroquíes gestionadas por el rey Hassan. Pero no fueron sólo los parientes del dictador quienes se enriquecieron: numerosos cuadros del PDG aprovecharon la supresión de las *chefferies* tradicionales para apropiarse de los privilegios de los antiguos jefes. La creación de cooperativas administradas por el partido también benefició a la élite política. Y los tribunales populares y los nuevos controles de carretera suministraron a los jefes del partido único una fuente suplementaria de ingresos.

A pesar del desolador aspecto que presentaba la Guinea de Sékou Touré, al «Revolucionario Consecuente» no le faltaron apoyos internacionales.

Aunque el político guineano pasó a la posterioridad a causa de su singular enfrentamiento con De Gaulle, las relaciones diplomáticas con Francia se regularizaron rápidamente, y en enero de 1959 ya se firmó un tratado de cooperación entre los dos países. Sékou Touré, no obstante, siguió presentándose como un héroe anticolonialista. Probablemente incluso se lo creía. En realidad, sobrevaloraba su papel en la política francesa. Tras morir el general De Gaulle, en 1970, la revista del PDG comentaba: «Se va sin haber conseguido uno de sus principales objetivos: la caída del régimen guineano».

Pero en realidad, hacía mucho tiempo que las empresas francesas invertían en Guinea, y el Gobierno galo no tenía el menor interés en derribar el régimen guineano. Es más, el Eliseo ofreció pleno apoyo a Sékou Touré: en 1976 incluso recurrió a una vieja ley de represión del anarquismo (de 1889) para prohibir la publicación del libro *Prison d'Afrique*, en el que un antiguo preso del campo de Boiro relataba la represión gubernamental en Guinea. El presidente guineano mantenía estrechos vínculos con Giscard d'Estaing, que intentaba contraponer la presencia soviética en el país estimulando las inversiones galas. François Mitterrand, que mientras permanecía en la oposición había comparado a Sékou Touré con Hitler, en 1982 invitó al Führer africano a París para negociar la compra de uranio guineano…

Las relaciones diplomáticas con Estados Unidos eran mucho más cordiales de lo que podría hacer sospechar la fraseología revolucionaria de Sékou Touré. A partir de 1964 Estados Unidos se convirtió en el segundo socio comercial del país, la cooperación bilateral se incrementó sustancialmente y el Gobierno norteamericano instó al Banco Mundial a ofrecer créditos al régimen «comunocrático». Las empresas mineras de Estados Unidos y de Canadá tenían importantes intereses en el país, y los dirigentes del PDG obtenían grandes beneficios de las inversiones procedentes de los países occidentales. En 1979 Carter invitó a Sékou Touré a Washington; tres años más tarde Rockefeller preparó un seminario en Nueva York para patrocinar las inversiones en Guinea… Incluso la España franquista mantuvo excelentes relaciones comerciales con la dictadura guineana. A mediados de la década de 1970 la República de Guinea se convirtió, en la práctica, en uno de los Estados más prooccidentales de la zona. Mientras tanto, en las escuelas, todavía se difundía el «pensamiento Sékou Touré».

Touré, en sus obras, ponía mucho énfasis en la hermandad africana, pero las relaciones con los países vecinos no estuvieron exentas de tensiones. El

ejército de Guinea intervino en Sierra Leona para apoyar al rebelde Siaka Stevens y los agentes secretos del PDG secuestraron a refugiados políticos guineanos en Costa de Marfil y en Liberia. Los principales enemigos de Touré eran los jefes de Estado africanos más favorables a Francia, y muy especialmente el marfileño Houphouët-Boigny y el senegalés Leopold Sedar Senghor (Leopold Judas Senghor, como lo llamaba en sus discursos). Radio Conakry animaba constantemente a los marfileños y a los senegaleses a derrocar a estos presidentes, a los que responsabilizaba de todos los males del continente. Las relaciones diplomáticas con Senegal se rompían y se restablecían con prodigiosa rapidez.

A principios de la década de 1960 Guinea era considerada como uno de los países más progresistas de África, pero pronto intensificó sus relaciones con los Estados más reaccionarios. A partir de 1975 se alió con Marruecos, emitió constantes condenas al Frente Polisario y empezó a recibir ayudas económicas millonarias de las monarquías petroleras de la península Arábiga.

Durante muchos años a Touré ni siquiera le faltó el apoyo del Vaticano. Aunque a partir de la independencia el PDG optó por una política autoritaria y represiva, el obispo Tchidimbo trataba de justificar al régimen, y argumentaba: «Yo abro la boca dos veces al día: de día para defender la causa del Gobierno delante del pueblo, y de noche para defender la causa del pueblo delante del Gobierno» (en realidad, sólo se tiene constancia de sus declaraciones diurnas). El dictador no agradeció el gesto eclesiástico: muchos misioneros fueron expulsados y en 1970 el mismo Tchidimbo fue condenado a trabajos forzados a perpetuidad. El Papa y los obispos de África Occidental esperaron hasta 1971 para efectuar las primeras críticas a un régimen que cada dos por tres se inventaba un nuevo complot nazi-anarquista-vaticanista.

Un final fantástico

El 24 de diciembre de 1983 un terremoto sacudió Conakry. Los líderes religiosos islámicos consideraron este suceso como un presagio de cambios radicales. No estaban equivocados: el 23 de marzo de 1984, Sékou Touré sufría una crisis cardiaca. El que todavía era un mito para la izquierda europea recibió de inmediato el auxilio de los jefes de Estado más reaccionarios del planeta: el rey Hassan de Marruecos le mandó a su médico personal y el rey Fahd de Arabia Saudí envió a Conakry su avión-hospital. En este aparato Sékou Touré fue trasladado a Cleveland a instancias de Ronald Reagan, que

se mostraba muy preocupado por el estado de salud de ese revolucionario tan genial.

Tres días más tarde Sékou Touré murió en Estados Unidos. Conakry se convirtió por unas horas en la capital diplomática del mundo. Asistieron al entierro George Bush padre (entonces vicepresidente norteamericano), el primer ministro francés y los jefes de Estado de los países amigos, como Tanzania, Zambia, Egipto, Togo y Benín. Ni siquiera faltaron al evento algunos de los enemigos personales de Sékou Touré, como Houphouët-Boigny. Pero todas estas personalidades, y los centenares de miles de guineanos que asistieron al funeral, presentaron sus respetos a un ataúd lleno de arena. El cuerpo del presidente guineano nunca fue expuesto públicamente porque se había quedado en Estados Unidos: sus familiares, para evitar posteriores violaciones del cadáver, ordenaron que se lo enterrara en América.

Sékou Touré tuvo un final digno de su prodigiosa creatividad: no sólo fue enterrado dos veces, sino que también fue derrocado tras su muerte. Quince días después de la pantomima funeraria, los militares guineanos se alzaron contra el Gobierno y encarcelaron a la cúpula del PDG. Miles de ciudadanos, en un estallido de euforia, se lanzaron a la calle a borrar los eslóganes revolucionarios de las paredes, a arrancar los retratos del «Único y Digno Hijo de África», y a quemar las *Obras completas* del antiguo presidente. Especialmente los estudiantes.

Haile Selassie

El último emperador

«Por su sangre imperial y por la unción que ha recibido, la persona del emperador es sagrada. Su dignidad es inviolable. Su poder no puede ser cuestionado».

Constitución etíope de 1955

«Haile Selassie era el padre de la unidad africana, un hombre cuya obra ejemplar merece ser inmortalizada y puesta como ejemplo para generaciones futuras».

Mobutu Sese Seko

«Etiopía es el negocio de un solo hombre… Haile Selassie gobierna su país como si fuera un parvulario».

John Gunther

«¿Y a mí qué me importa el Negus?».

Manuel Azaña

En octubre de 1930 Etiopía celebraba fastuosamente la coronación de un nuevo Negusa Nagast (Rey de Reyes), un título que llevaba asociados muchos otros, no menos sonoros: CCXXV Emperador etíope desde la reina de Saba, León de Judá, Elegido de Dios… Con un ritual extremadamente suntuoso, el ras (príncipe) Tafari se convertía en nuevo señor de los etíopes y tomaba el nombre de Haile Selassie (la Fuerza de la Trinidad). La esplendorosa ceremonia costó el equivalente de una tonelada de oro, ya que todo el palacio imperial se adornó con plata, perlas y toda clase de metales preciosos. Invitados de todo el mundo asistieron a los actos, que parecían propios de épocas míticas de la historia. La munificencia de las fiestas populares, con trovadores, espectáculos de circo y bailarinas, extasió a los invitados. Las blancas túnicas y los tocados de crines de león de los nobles abisinios creaban un ambiente que evocaba las más excepcionales fiestas romanas.

La entronización del Negus fue atentamente seguida por los afroamericanos de Estados Unidos. Los nacionalistas negros americanos identificaban Etiopía con la tierra de sus padres, y la presentaban como un paraíso opuesto al reino del mal. Con la publicidad que se dedicó a la coronación de Haile Selassie constataron que África no era un continente poblado únicamente por fieras y salvajes, sino que también contaba con potentes reinos, con culturas y tradiciones propias. Para los afroamericanos, identificarse con un remoto imperio rico y fantástico era una forma de luchar contra los prejuicios de los blancos y de recuperar el orgullo perdido. Hojeando revistas de aquella lejana ceremonia en los asientos traseros de los autobuses de Alabama, los explotados jornaleros negros se sentían, por un día, emperadores.

Pero fue en Jamaica donde la coronación de Haile Selassie tuvo más impacto. Allí un predicador llamado Howell se había pasado años y años anunciando que la liberación de los negros de todo el mundo iría precedida por una señal: la entronización de un rey de piel oscura. En 1930 Howell dedujo que había llegado el momento de empezar una nueva vida, y se proclamó Príncipe Regente de Haile Selassie en Jamaica. Él y 1.500 hombres y mujeres de Trench Town, un suburbio de Kingston, fundaron la primera

comunidad rastafari (de ras Tafari): dejaron sus trabajos respectivos, se peinaron con trencitas como algunos etíopes y buscaron en el *reggae* y en la marihuana nuevos aires de libertad.

Cuatro décadas después aquel rey etíope tan celebrado por los rastafaris continuaba en el poder y un cantante muy notable, Bob Marley, expandía el *reggae* más allá de las fronteras de Jamaica. Siguiendo al pie de la letra la doctrina de Howell, Marley veía en el lejano emperador la personificación del ideal rastafari. O sea, la lucha del Bien contra el Mal. Y para enseñar a sus admiradores la doctrina rasta, el rey del *reggae* musicaba los discursos del lejano Negus:

Guerra[2]

Hasta que el color de la piel de un hombre
no tenga más importancia
que el color de sus ojos,
hasta ese día
los sueños de paz permanente
seguirán siendo una ilusión efímera
para pedir, pero no para obtener.
Los africanos lucharemos, si es necesario
y sabemos que venceremos,
porque confiamos en la victoria
del Bien sobre el Mal.

Para la opinión pública de Occidente, Etiopía no dejaba de ser una cuña exótica en los noticiarios. Un lugar remoto, del cual sólo se conocían los niños hambrientos, la extraña guerrilla eritrea que secuestraba aviones y un hombrecito diminuto que se creía emperador… Pero para Bob Marley y los suyos era más, mucho más. Cuando el éxito se lo permitió, el grupo hizo una visita a la mítica Etiopía. Pero el Negus había muerto y gobernaba el país un extraño *lobby* de comunistas, estudiantes y militares. Los rastas volvieron a sus casas horrorizados. Etiopía no era, exactamente, el paraíso terrenal. Pero hasta el final de sus días, Marley creyó que en vida de su ídolo Abisinia había sido un reino angelical.

Cambiarlo todo para que nada cambie

En 1930 Etiopía y Liberia eran los únicos Estados independientes de África. En realidad, Etiopía tenía más elementos de independiente que de Estado. Se trataba de un curioso imperio regido por una estructura similar a la feudal: cada noble tenía su propio ejército y la sumisión de las autoridades regionales al Negus solía ser más bien circunstancial. Aunque los cristianos sólo representaban una minoría de la población, la monarquía etíope se atribuía un origen bíblico. El emperador se consideraba descendiente directo de Salomón y de la reina de Saba; en la ciudad sagrada de Axum se conservaban, decían, las tablas de la Ley, que se habría traído el rey Menelik I a la vuelta de un viaje a Israel; y hay quien asegura que en una pequeña ermita situada en el altiplano amhara aún se encuentra, protegida de las miradas indiscretas, el arca de la alianza que Indiana Jones buscaba por los rincones más perdidos del planeta.

El lema publicitario del Imperio amhara: «Etiopía, un país con tres mil años de historia», despertaba las simpatías de la opinión pública occidental, porque ponía de manifiesto los vínculos directos entre Salomón y el Negus. Desde los tiempos de las cruzadas, los cristianos de todo el mundo están a punto para solidarizarse con cualquier monarca cristiano amenazado por los moros. Con más motivo estaban dispuestos a ayudar al Negus, ya que éste se atribuía unos orígenes de lo más nobles. Pero la creencia según la cual Haile Selassie descendía directamente del rey Salomón no era más que un mito. Fue en el siglo XIV, en la etapa dorada del Estado etíope, cuando se elaboró la teoría según la cual Salomón era el antepasado de los Reyes de Reyes. O sea, pura leyenda al servicio del poder imperial.

Además, la dinastía «salomónica» quedó cortada en 1855, cuando los señores feudales de la región de Shoa perdieron el poder. Y, como colofón, Haile Selassie ni siquiera era descendiente directo de los Negus anteriores, ya que su antecesor, Menelik, había designado como sucesor a Lidj Yassu, y había dejado escrito: «Que la tierra se trague a quien viole mi voluntad, y que éste engendre a un perro negro». Ras Tafari debía de ser poco supersticioso, y organizó una carambola de intrigas bizantinas que en poco tiempo lo llevaron al poder. La tierra no se lo tragó y, que se sepa, jamás engendró a un perro negro (aunque no hay ninguna duda de que su hijo, Asfaw Wassen, era una auténtica víbora). Los árboles genealógicos del usurpador se retocaron una y otra vez, hasta conseguir atribuirle unos antepasados bíblicos dignos de sus títulos. Y, paradójicamente, esta estrategia tuvo éxito.

En cualquier caso, la Etiopía que Selassie empezó a gobernar como regente en 1917 era un país con unos sistemas jurídicos, económicos y

políticos desfasados, que difícilmente podrían sobrevivir a la presión colonizadora de Europa. Desde finales del siglo XIX los italianos pretendían conquistar el país, y diversas potencias occidentales intentaban imponerle su protectorado. Para hacer frente a los europeos era necesario escoger entre modernizarse o morir. A Tafari no le costó decidirse por la modernización, ya que tenía vocación de monarca ilustrado: potenció la enseñanza, favoreció la monetarización de la economía, creó un ejército centralizado, construyó nuevas infraestructuras, suprimió el tráfico de esclavos y creó una gran imprenta estatal. Para materializar todas estas reformas tuvo que enfrentarse a la aristocracia reaccionaria. Aquí Tafari también pudo comprobar los beneficios de la innovación: cuando se rebeló el ras Gugsa, la aviación del regente barrió a los lanceros enemigos con gran eficacia.

Estos pequeños detalles no molestaban a los Gobiernos de Europa (en realidad, en Marruecos, en esa misma época, los aviadores españoles bombardeaban con armas químicas a los rifeños). Es más, la política innovadora del ras Tafari le granjeó muchas simpatías en todo el mundo. En 1923 Etiopía pudo ingresar en la Sociedad de Naciones y, al año siguiente, el regente etíope fue calurosamente acogido en Europa por los principales jefes de Estado. En Italia Benito Mussolini, desbordante de cordialidad, le dispensó un espectacular recibimiento.

Pero la realidad etíope no era, ni de lejos, tan moderna y ejemplar como la presentaban los apologistas del Rey de Reyes. La estructura imperial tenía muchos elementos de formalismo teocrático, que es la forma técnica de referirse a los reinos de hadas cuando son reinos reales. Los súbditos se postraban ante Tafari y la emperatriz y, como muestra de sumisión, tocaban el suelo con la frente tres veces; el regente comía tras una cortina porque nadie podía verlo ingerir alimentos; Tafari sólo salía del palacio rodeado de doscientos soldados, cabalgando un mulo sobre una silla de oro y plata…

Ni siquiera los diplomáticos se libraban del rígido protocolo: se les obligaba a inclinarse profundamente ante la sagrada e intocable persona del Rey de Reyes, y debían retirarse de su presencia andando marcha atrás, para no darle la espalda. El Negus solía aparecer en las audiencias acompañado de su perrita Lulú, la mascota que dormía con él. El animal tenía la mala costumbre de orinar sobre los zapatos de los dignatarios invitados, y éstos tenían que aguantar estoicamente la prueba. Posteriormente, un criado les secaba los zapatos con un trapo. El día en que murió Lulú, todos los que habían sufrido sus excesos tuvieron que asistir a los funerales oficiales convocados por Tafari.

La magnificencia de la vida imperial era impresionante. En los jardines del palacio del Negus se criaban leones y panteras, que pretendían simbolizar la fuerza real. Las fiestas organizadas por Tafari no tenían parangón en ningún rincón del mundo: en 1921, al celebrarse el séptimo aniversario de la muerte del rey Menelik, 300.000 personas fueron invitadas por el palacio. Durante aquellos días, Su Alteza Imperial solía visitar el mercado público en compañía de un sirviente que llevaba un saco lleno de monedas de oro que lanzaba a los mendigos (los alborotos consiguientes, de dimensiones monumentales, solían ser disueltos por la policía). A Tafari le gustaba viajar en un lujoso tren, acompañado por toda su corte. Cuando encontraba un paisaje bonito, ordenaba a la locomotora que se parase y se podía quedar un día entero en el sitio, gozando bucólicamente de las vistas. Mientras tanto, la principal vía de comunicación del país quedaba interrumpida.

La modernización fue mucho más epidérmica de lo que algunos aseguraban. En el momento de iniciarse la conquista italiana, el Negus y los distintos ras poseían casi un tercio de las tierras del país, y la Iglesia copta controlaba otro tercio. La justicia también conservaba unas formas bien peculiares. Selassie dirigía el tribunal imperial, que se regía por la ley salomónica, es decir, por el simple «ojo por ojo, diente por diente». Las investigaciones judiciales se practicaban mediante la adivinación y, hasta mediados de la década de 1920, los criminales eran entregados a los parientes de la víctima para que éstos se vengaran ejecutándolos con sus propias manos.

Cuando nació el futuro Haile Selassie, fue bautizado con el nombre de Tafari (Serás Temido); de mayor hizo todo lo posible para cumplir los pronósticos asociados a su nombre. Sus enemigos no gozaban de muchas garantías procesales. Pero era muy respetuoso con los privilegios de la nobleza: cuando el antiguo Negus, Lidj Yassu, fue destronado, lo hizo trasladar a la periférica localidad de Harar atado con cadenas… de oro. En la «moderna» Etiopía de Selassie las decisiones judiciales eran inapelables, pero los parientes de los condenados podían solicitar el perdón imperial postrándose ante el regente cuando éste salía a paseo. Eso sí, quien pedía la gracia debía cargar una gran piedra sobre sus hombros, como símbolo de sumisión al poder real.

El modelo de modernización propugnado por Tafari no era propio del siglo XX, sino más bien de principios del siglo XIX. En muchos aspectos, en Etiopía se seguía la política modernizadora de Napoleón, el gran ídolo del Haile Selassie. Hasta su muerte, el emperador tuvo dos lecturas favoritas: la

biografía de Napoleón y *El príncipe* de Maquiavelo… con anotaciones de Napoleón.

Selassie, el libertador

La Italia fascista, a partir de la coronación de Haile Selassie, multiplicó sus intentos de anexionarse Etiopía. Los italianos trataban por todos los medios de desestabilizar el país. Los servicios secretos fascistas preparaban el derrocamiento del Negus: en 1930 apoyaron la revuelta del ras Gugsa Olié, y en 1932 financiaron un complot dirigido por Lidj Yassu. Haile Selassie se encontraba en una posición extremadamente precaria porque, a pesar de la modernización del ejército etíope, la superioridad militar italiana era aplastante.

Italia inició la conquista del país en octubre de 1935. La agresión italiana generó una campaña internacional de solidaridad con el pueblo etíope, y Haile Selassie se convirtió en el símbolo de la lucha anticolonial y antifascista. Paradójicamente, un emperador por derecho divino fue defendido por izquierdistas de todo el mundo. Enseguida llegaron voluntarios extranjeros a luchar en las filas imperiales: sudafricanos, egipcios, sirios, canadienses, españoles… Los Parlamentos de Holanda, Bélgica y los países escandinavos condenaron la agresión. Los intelectuales de India y del Magreb redactaron proclamas en contra del ataque. En Nueva York centenares de negros se manifestaron a favor de la independencia etíope. Las opiniones públicas española, uruguaya, brasileña y palestina se movilizaron para rechazar el intento de anexión. En Gran Bretaña, el mayor imperio del mundo, se promovió una intensa campaña en contra del colonialismo… italiano. En Francia surgió un intenso debate público entre derechas e izquierdas. Incluso los comunistas italianos saludaron al Negus como el aliado del proletariado de Italia. Hasta aquel momento al aristocrático emperador no se le había conocido ninguna debilidad por el proletariado, ni de Etiopía, ni de Italia, ni de ninguna otra parte.

Pero de poco servirían las adhesiones a la causa etíope. Los italianos contaban con centenares de aviones, blindados y piezas de artillería, y con un total de 400.000 hombres. Además, estaban dispuestos a utilizar toneladas de los ilegales gases tóxicos. El ejército imperial sólo poseía media docena de aviones y unas decenas de cañones. El grueso de las tropas etíopes estaba integrado por las guardias personales de los señores feudales, armadas con lanzas y escudos de piel de hipopótamo. En marzo de 1936 las fuerzas etíopes

empezaron a ceder y, finalmente, fueron barridas en la batalla de Mai Ceu. El 2 de mayo de 1936 Addis Abeba caía en manos de los italianos. Unos días más tarde, Víctor Manuel, el rey de Italia, era coronado emperador, y Mussolini anunciaba al mundo el retorno del imperio romano (la nostalgia imperial no era un monopolio de los etíopes). La Sociedad de Naciones, ansiosa de reconciliarse con el régimen fascista, reconoció la anexión y suspendió las sanciones internacionales que se habían acordado en contra de Italia. Era necesario, decían, «evitar lanzar a Mussolini en los brazos de Hitler».

Mientras duraron los combates, Selassie se mostró como un caudillo con un coraje digno de elogio. Pero cuando la comunidad internacional lo abandonó, se redujo su belicosidad y se instaló en el balneario de Bath, en Gran Bretaña. Allí se dedicó a la beatífica actividad de cultivar rosas. Mientras los guerrilleros etíopes seguían luchando en solitario contra el invasor, la familia imperial optaba por una actitud menos maximalista. El hijo de Selassie, Asfaw Wassen, sin que lo supiera su padre, negoció con el conde Ciano la posibilidad de volver a Etiopía como regente, aceptando la dominación italiana. Y el mismo Haile Selassie, que se había visto obligado a abandonar muchos de los lujos a los que estaba habituado, se entrevistó con algunos diplomáticos italianos para discutir la propuesta de reinar sobre una minúscula porción independiente del territorio abisinio a cambio de una importante suma de dinero. Los intelectuales abisinios criticaron duramente la actuación del Negus, que para ellos no era pactismo, sino alta traición. El Negus, pese a todo, no tenía ninguna intención de hacer caso a críticas de plebeyos.

El destino del León de Judá cambió con el estallido de la guerra mundial. En junio de 1940, tras la derrota de Francia y la entrada de Italia en guerra, Gran Bretaña se encontró aislada y empezó a buscar apoyos desesperadamente. Churchill se acordó del emperador exiliado, reconvertido en jardinero, y se le ocurrió la posibilidad de incorporar a los patriotas etíopes al bando aliado. Poco después el Negus llegaba a Sudán donde, con ayuda de los británicos, creó un cuerpo militar destinado a liberar a su país. Para contrarrestar la iniciativa inglesa, la propaganda fascista organizó una campaña de intoxicación, con un argumento básico: el Negus estaba muerto. Cometieron un gran error: cuando Selassie reapareció ante su pueblo, fue como si hubiera resucitado. Además, su prestigio se fue incrementando a medida que sus tropas recuperaban territorios. El 6 de abril de 1941 los

aliados tomaban Addis Abeba y el 5 de mayo Haile Selassie entraba en la ciudad, sumergiéndose en un baño de masas.

El patriarca de África

El hombre que había derrotado a los italianos se convirtió en un mito para un África que empezaba a plantearse la posibilidad de acabar con el colonialismo. Por su parte, los países del Este y los jóvenes Estados asiáticos veían en Etiopía un aliado frente a la hegemonía occidental. Casi sin quererlo, el Negus se erigió en uno de los jefes de Estado con mayor prestigio de todo el mundo.

El principal triunfo diplomático de Haile Selassie fue la convocatoria, en 1963, de la Conferencia de Jefes de Estado Africanos, que dio paso a la creación de la Organización de la Unidad Africana (OUA). Los presidentes africanos que acudieron al encuentro de Addis Abeba salieron entusiasmados. Tres mil personas participaron en un exquisito festín en el palacio presidencial, en el que se combinaba el *watt*[3], el plato nacional etíope, con el caviar y el champán francés. Los saltimbanquis y las bailarinas animaban la fiesta, los manjares se servían en vajillas de oro y plata, trompeteros con levita anunciaban a los invitados, se encendió un espectacular castillo de fuegos artificiales y la cantante sudafricana Miriam Makeba cerró el banquete con sus canciones, mientras una lluvia de pétalos de flores caía sobre los jardines del palacio imperial.

Entusiasmados, los jefes de Estado africanos acordaron que Addis Abeba fuera la sede permanente de la OUA. Algunos de ellos aprendieron muchas cosas de su estancia en Etiopía; por ejemplo, Bokassa quedó tan entusiasmado por el protocolo imperial abisinio que, años más tarde, lo adoptó en el «Imperio» centroafricano.

Haile Selassie siempre conservó el papel de decano del tercermundismo. En diversas ocasiones actuó como mediador en los conflictos entre países africanos y algunas veces incluso tuvo éxito. Progresivamente, se fue inclinando hacia una política proamericana y cedió bases militares a Estados Unidos. Pese a todo, en su vejez visitó decenas de países del este y del oeste en un intento desesperado de conseguir nuevas inversiones para Etiopía.

Según los disidentes etíopes la frenética actividad diplomática de Haile Selassie no era más que una forma de dar la espalda a los problemas cotidianos del país. A medida que se incrementaba la contestación política, se multiplicaban los viajes imperiales. Los grandes convites ofrecidos a los

miembros de la OUA eran sólo la cara amable del régimen. Pero Etiopía no era jauja. Cada vez que Addis Abeba acogía a una cumbre internacional, miles de mendigos de la ciudad eran detenidos y deportados, y los barrios populares de la ciudad, cada vez más numerosos, eran escondidos tras muros de cemento pintados de alegres colores (cuando no se los derribaba con potentes excavadoras).

Aunque Haile Selassie llegó a ser un gran amigo de Tito, el líder comunista yugoslavo, en la Etiopía imperial las desigualdades sociales eran escalofriantes. El país se presentaba como un modelo en el ámbito africano, pero en él el reparto de la riqueza no podía ser más desigual. La fortuna del Negus, el Defensor de la Fe, era incalculable. Mientras repartía algunas monedas a los mendigos, depositaba ingentes cantidades de dinero en sus cuentas suizas. Además, acumulaba millones de dólares en acciones de sociedades multinacionales y era propietario de interminables extensiones de tierra. Para su uso personal, el Rey de Reyes contaba con 27 lujosos coches, entre los que destacaban diversos Rolls Royce. Cada día, cuando salía a pasear, escogía el vehículo que más le apetecía.

No había ninguna diferencia entre los bienes del Estado y la fortuna personal del Negus. Aunque Selassie controlaba personalmente hasta el último centavo que gastaban sus ministros, no había ningún control sobre los fondos públicos que él empleaba. Cuando el Rey de Reyes fue derrocado se descubrió que el Trust Haile Selassie, una fundación benéfica creada por el emperador «con fines humanitarios», era en realidad un magnífico negocio, ya que, además de patrocinar unos pocos hospitales y orfelinatos, poseía empresas agrícolas, grandes hoteles, industrias, etcétera. Los nobles etíopes, incluso aquellos que se presentaban como reformistas, eran grandes terratenientes que trataban a sus siervos como esclavos. Sólo el ras Imrou, el «ras Rojo», un amigo de infancia de Haile Selassie, repartió sus tierras entre los campesinos que las cultivaban. Su gesto no fue alabado por el Negus. La Corona recompensó al Cándido Imrou con el destierro: fue nombrado embajador en India.

Durante décadas la Administración etíope siguió el ritmo que marcaba el soberano. El Negus solía levantarse muy pronto; inmediatamente, se encendían todas las luces del palacio y la burocracia del país empezaba a trabajar. Las diferentes ciudades del imperio sólo se arreglaban cuando el Negus las visitaba; a pesar de todo, poseía un magnífico palacio en cada una de ellas, aunque algunos de estos edificios estaban realmente infrautilizados (el de Ogadén se utilizó un solo día). Según se decía, Selassie nunca había

abierto una puerta: siempre era precedido por servidores que las abrían para evitarle esfuerzos físicos tan temibles. Tampoco había tocado nunca ni un céntimo: para no ensuciarse tocando el vil metal iba seguido de un criado cargado con un saco de dinero; era éste quien hacía los pagos y donativos cuando el Negus se lo ordenaba. Además, como el emperador era muy bajito, siempre iba acompañado por el responsable de cojines, un funcionario competente y de fidelidad probada que había de colocar a sus pies el cojín más adecuado para la silla en que debía sentarse. De esta forma se quería evitar que los pies del diminuto León de Judá colgaran en el vacío.

Toda la estructura administrativa giraba alrededor de la figura imperial. El Negus nunca daba instrucciones por escrito: despachaba todos los informes oralmente. Tras estudiar un asunto, comunicaba su decisión, en susurros, al ministro de la Pluma, el cargo más alto de la administración. Éste era el encargado de poner por escrito sus instrucciones y de firmarlas. Indefectiblemente, el ministro de la Pluma de turno se convertía en el individuo más detestado del país: muchos etíopes creían realmente que el Negus era un buen hombre, pero que su malicioso escriba tergiversaba sus órdenes. Alguien se podría preguntar por qué el rey nombraba a un incompetente para gobernar el país si él era tan sabio, tan bueno y tan prudente.

Paradójicamente, Haile Selassie, un rey de origen divino, dictó en 1955 una constitución más o menos liberal. Más bien menos porque, entre otras cosas, reconocía el poder absoluto del emperador «por la Gracia de Dios». Pero, con Constitución o sin ella, los derechos de los etíopes no estaban garantizados. En realidad, las instituciones feudales perduraron hasta la década de 1970 (en 1944 todavía había esclavos en la capital del país y en 1950 los familiares de los condenados todavía se lanzaban a los pies del vehículo imperial cargados con una pesada piedra).

El emperador tenía una gran habilidad para gobernar a los nobles y sobrevivió a las continuas conspiraciones gracias a la creación de una gran cantidad de redes de espionaje. Cada día, en la tradicional audiencia matutina, decenas de confidentes informaban en voz baja al Negus, tal vez difamando a algún alto funcionario que esperaba turno, pacientemente, para delatar a algún rival.

Para controlar a la nobleza, tras la guerra mundial, Haile Selassie otorgó los cargos de gobernador regional a los diferentes ras, pero los obligó a residir en Addis Abeba para someterlos a una estricta vigilancia. Además, diseñó una meticulosa política de alianzas matrimoniales y casó a sus hijos con miembros

de la alta nobleza. No les preguntó su opinión: su hija Tenagne Worq se negaba a aceptar la boda que le habían preparado, porque quería a un plebeyo, pero fue obligada a contraer matrimonio con el hijo de un alto funcionario. Selassie era el monarca severo que nunca puede faltar en ningún cuento de hadas, aunque sea real.

Selassie no tenía el menor interés en modificar los arcaísmos de la estructura política etíope. Su poder parecía bien consolidado. El Negus gozaba, pues, de cierto prestigio. Pero en diciembre de 1960, mientras viajaba por Brasil, estuvo a punto de ser derrocado. Los oficiales de la guardia imperial se rebelaron contra su autoridad y consiguieron que su hijo, Asfaw Wassen, leyera una proclama por la radio a través de la cual reconocía al nuevo poder. Pero la Iglesia copta condenó el golpe y el ejército se opuso a él. Los partidarios del Rey de Reyes siguieron una estrategia digna del *Cantar del Mío Cid:* pasearon un maniquí en el coche imperial e hicieron creer a los etíopes que Haile Selassie había vuelto a la ciudad para castigar a sus ingratos súbditos. Los habitantes de Addis Abeba se postraron a los pies de su rígido jefe de Estado. Dos días después de aquella fantasmal aparición el Negus volvió efectivamente a la capital etíope y fue acogido por una población entusiasmada, que se lanzó al asalto de los últimos reductos rebeldes. Los cadáveres de los caudillos de la rebelión fueron colgados durante 24 horas en el centro de la capital. Fue la última gesta del último emperador.

Curas, taxistas y putas contra el heredero de Salomón

En 1969 los estudiantes de Addis Abeba, animados por las protestas de los universitarios de París, Estados Unidos y México, organizaron grandes marchas en contra de la guerra del Vietnam. Estos actos pronto derivaron en movilizaciones en contra de la presencia militar norteamericana en Etiopía y en contra del autoritarismo imperante. Además, se cuestionaron los fundamentos del régimen al reclamarse una reforma agraria en profundidad. Los estudiantes ni siquiera respetaban la moral: incluso organizaron en la universidad un pase de modelos con minifaldas para desafiar al Gobierno, que había prohibido este vestido «indecente». Esas decenas de rodillas desnudas constituyeron, quizá, la peor provocación hacia el emperador.

El régimen trató de organizar contramanifestaciones estudiantiles a favor del Negus, pero éstas degeneraron en graves disturbios, que fueron reprimidos por los blindados del ejército. En aquellos momentos, en las regiones de Godjam y Boulé, los campesinos iniciaron una violenta revuelta antiseñorial:

ejecutaron a los funcionarios imperiales y a los recaudadores de impuestos, y cometieron auténticas atrocidades con los nobles. Para acabar con la insurrección, el Gobierno envió al ejército a las zonas rebeldes y contrató a partidas de bandoleros para que escarmentaran al campesinado; una estrategia que no deja de ser muy curiosa para un régimen que se presentaba como defensor del imperio de la ley.

Paralelamente, las guerrillas independentistas de Eritrea y del Ogadén multiplicaron los secuestros de aviones y los ataques contra destacamentos militares etíopes. La respuesta del Gobierno fue la represión indiscriminada contra ambas regiones. Aquel que presentaban como el héroe anticolonial por excelencia ahora dirigía una cruel guerra colonial contra las provincias rebeldes. Al fin y al cabo, era un emperador y es realmente difícil encontrar a un emperador que se oponga verdaderamente al colonialismo.

A partir de 1970 la situación se complicó todavía más. En 1974 una fuerte sequía arruinó las cosechas y, en ciertas regiones, como el Wollo, centenares de miles de personas, sin nada que llevarse a la boca, podían morir de inanición. Finalmente, 600.000 etíopes murieron de hambre. El problema se agravaba por la desigual distribución de la tierra, por los tributos excesivos, por la falta de planificación en los mercados, por la especulación imperante… La comunidad internacional ofreció ayuda alimentaria al Gobierno etíope, pero esta propuesta fue rechazada por un airado Negus: su «orgullo imperial» no le permitía aceptar caridad.

En febrero de 1974 en Addis Abeba las manifestaciones esporádicas desembocaron en una cascada de demostraciones antigubernamentales. Los maestros, los estudiantes y los taxistas se declararon en huelga y ocuparon las calles de la ciudad. Se practicaron cientos de detenciones, pero la tensión no disminuía. Los jóvenes oficiales del ejército se rebelaron, tanto en la capital como en otras localidades. Los soldados de Gode retuvieron a su general y le obligaron a engullir el pésimo rancho de la tropa. A final de mes Selassie se vio obligado a claudicar y constituyó un nuevo Gobierno integrado por nobles progresistas y reformistas (tan progresistas y tan reformistas como podían serlo los nobles etíopes).

Pero ni la formación de un Gobierno más liberal ni el anuncio de una reforma de la constitución bastaron para frenar las protestas. Pronto salieron a la calle los obreros, los comerciantes, los militares, los musulmanes y hasta el bajo clero y las prostitutas. Una alianza revolucionaria que probablemente ni Marx ni Bakunin hubieran soñado jamás. Manifestaciones de los signos más diversos recorrían diariamente la ciudad y los enfrentamientos entre las

diferentes fuerzas sociales se hacían cada vez más frecuentes. El Rey de Reyes, incapaz de restablecer el orden, renunció a ordenar la represión de los disturbios.

En abril los militares rebeldes reforzaron su poder y arrestaron a algunos nobles y a diversos miembros del Gobierno. Con todo, para evitar reacciones populares, no se detuvo al Negus, a quien los soldados prometieron fidelidad. Muchos aún creían que Haile Selassie era una persona íntegra y que la corrupción procedía de su entorno. Pero la revolución se extendía con celeridad. En todas las regiones del país los campesinos ocupaban las tierras de los nobles y de la Iglesia copta. Las masas rurales se vengaron de sus señores y de los monjes, los guardias y los recaudadores de impuestos que los habían explotado desde antaño. Los nobles, sorprendidos por la rebelión de aquellos que siempre habían considerado como sus fieles súbditos, ni siquiera fueron capaces de defenderse.

El 5 de mayo Haile Selassie hizo su última intervención pública en el 33º aniversario de su vuelta a Addis Abeba. Pronto lo crucificarían: el Negus ya estaba custodiado discretamente por los militares. Estos, para proceder al derrocamiento de la monarquía, orquestaron una elaborada campaña de desprestigio contra la figura imperial. Se rodó un documental en el que se mostraba la trágica situación del Wollo, escondida por el Gobierno, y en el que los muertos por inanición se contraponían a las ostentosas fiestas imperiales. El mismo Negus fue obligado a contemplar la cinta. En las paredes de la capital se colgaron carteles en los que se mostraba al emperador dando de comer carne a los leones; a su lado se reproducían fotografías de los niños famélicos del norte del país. Por la radio se leía una y otra vez la larguísima lista de los bienes del Rey de Reyes. El asedio al León de Judá se iba estrechando. Progresivamente el señor de la vida y de las haciendas de todos los etíopes iba quedando abandonado. Las fieras del palacio imperial, faltas de alimento, despertaban a toda la ciudad con sus rugidos nocturnos.

Selassie: de intocable a paria

El derrocamiento del Negus sólo se materializó cuando ya se había procedido a la deconstrucción del mito imperial. El 12 de septiembre, cuando ya no había ningún etíope que creyera en la omnipotencia del Rey de Reyes, un teniente y cuatro soldados tomaron el palacio y confinaron a Haile Selassie en arresto domiciliario. Aunque la monarquía no se abolió, se destituyó al emperador alegando que su avanzada edad lo incapacitaba para el cargo y que

había abusado de su poder. Jefes de Estado de todo el mundo pidieron clemencia al Gobierno revolucionario, pero ni un solo etíope se manifestó para reclamar su liberación.

Aislado en su inmenso palacio, y falto de distracciones, el viejo León de Judá pasó los últimos meses de su vida leyendo las obras de Marx y Lenin que le ofrecían sus guardianes. Por aquella época un periodista español fue testimonio de excepción del drama. Los militares que custodiaban al Negus querían desmitificarlo, y pensaron que una entrevista que lo presentara como un simple ser humano contribuiría a sus objetivos. Paradójicamente, los mismos carceleros todavía estaban sometidos al misterioso influjo del Rey de Reyes. Aunque lo habían arrestado, perduraba el respeto a la figura imperial derivado de siglos de poder teocrático. Cuando el periodista inició los preparativos para la entrevista, una tensión muda cargaba el ambiente: el cuerpo del Negus, para los etíopes, era intocable, pero alguien tendría que colgarle el micrófono en el pecho. Ese periodista fue el primer ser humano que tocó el cuerpo sagrado en presencia de los soldados. También es muy probable que fuera el penúltimo. El 27 de agosto de 1975 se anunciaba la muerte del último Rey de Reyes. Se cree que fue asesinado unos días antes, ahogado con una almohada. Como en las viejas conjuras feudales, todavía persisten muchos interrogantes sobre su final. Pero, sin duda alguna, su muerte cerró una época.

Macías Nguema

El hombre de los mil nombres

«Esperpéntico personaje, mezcla de jefe tribal y de brujo ancestral, humanamente insignificante, pero cruel y extraordinariamente sanguinario».

Jordi Sabater Pi, etólogo y etnólogo

«Más que nadie, el presidente Macías representa el renovado espíritu nacional».

Bohemia, revista cubana

«Único Milagro de Guinea Ecuatorial».

Francisco Macías Nguema

A principios de la década de 1960, en algunas escuelas perdidas en la selva ecuatorial, los niños y los profesores empezaban sus clases con un curioso diálogo:

> —¿Somos españoles? —preguntaba el profesor.
>
> —¡¡Somos españolees por la Gracia de Diooos!! —respondían los niños.
>
> —¿Por qué somos españoles? —insistía.
>
> —Somos españoleees por haber tenido la dicha de nacer en un país llamado Españaaaa…

Después de esta peculiar profesión de fe, los niños hacían algunas tablas de gimnasia y, acto seguido, pasaban a una interesante sesión de canto, que se iniciaba con el *Cara al Sol* y continuaba con el *Lleno de ferviente ardor* para acabar con el *Falangista soy, falangista hasta morir o vencer*. La sesión se cerraba con un grito militante: ¡Viva España! El programa de los sábados todavía era más interesante. Se cantaba el himno nazi *Yo tenía un camarada* y se cerraba el ejercicio con un contundente ¡Salve Franco![4] Después de este ritual los niños entraban en las aulas, decoradas con un crucifijo situado entre los retratos de Franco y José Antonio, y empezaban las clases de Formación del Espíritu Nacional, y de matemáticas, física, historia…

Diez años después, en esas mismas escuelas, el sistema educativo había sufrido importantes cambios. En la Guinea Ecuatorial independiente se había implantado lo que se llamaba Educación Política, Popular y Revolucionaria. Al llegar a la escuela, los niños tenían que saludar el nuevo día al grito de ¡Macías, vitalicio!, ¡Macías, gran maestro! Después pasaban por una inacabable sesión de entrenamiento militar: se pretendía que los niños, paseando fusiles de madera, aprendiesen a defender su país de las agresiones neocoloniales.

Finalmente entraban en las aulas, decoradas con el retrato del presidente Macías, e iniciaban las clases de Consignas y Condenas y de Formación Política Antiimperialista, en las que se les adoctrinaba sobre las perversidades

del «neocolonialismo, el imperialismo y el racismo» y sobre la oportunidad histórica que comportaba «el Advenimiento del Líder Político Popular Macías Nguema Biyogo Ñegue como libertador del Pueblo nacionalista de Guinea Ecuatorial». El catecismo utilizado en esta asignatura era un librito que se decía que había redactado el mismo Macías. Y la base del aprendizaje infantil en las escuelas de Guinea era el recitado de los títulos que el partido gubernamental había otorgado a su líder. En 1975 el Partido Único Nacional de Trabajadores (PUNT) se propuso mejorar la imagen del presidente Macías, y se decidió que, en el plazo de un mes, «Su Nombre Sagrado debe ser conocido por los niños estudiantes guineanos». A partir de entonces, la declamación de los más de cincuenta atributos oficiales del jefe de Estado fueron el fundamento de la enseñanza guineana. Los tiranos suelen autoglorificarse con títulos de su propia invención. Pero Macías fue un caso excepcional. Los sufridos niños guineanos tenían la obligación de memorizar más de cincuenta títulos que describían los méritos de su gran líder[5]. Era imprescindible conocerlos para pasar de curso.

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Gran Estratega contra el colonialismo en general.
- Gran Estratega contra el colonialismo español en particular.
- Gran Estratega que expulsó a las fuerzas de opresión colonial española, después de doscientos años de explotación colonial al Pueblo trabajador de Guinea Ecuatorial.
- El Gran Hombre que devolvió la tierra, el bosque con sus animales, el espacio aéreo con sus aves, el mar territorial de la jurisdicción guineana con sus peces y todas las inmensas riquezas que posee el mar a sus propios dueños después de doscientos años de usurpación, explotación despiadada, rapiña y chantaje de los colonialistas e imperialistas españoles.

Aunque Guinea Ecuatorial tenía el excepcional privilegio de contar con tan Gran Estratega, fue uno de los últimos países del continente africano en independizarse. El régimen español tenía buenos aliados en el país: había creado una amplia capa de funcionarios negros que servían fielmente a los colonizadores. Eran más papistas que el Papa y más franquistas que Franco. Uno de estos burócratas modélicos de la Administración española era, justamente, Francisco Mesié. Mesié era un individuo bastante inútil para las letras y sólo consiguió introducirse en la función pública como conserje.

Tardó diez años en aprobar las oposiciones de auxiliar administrativo. Sólo lo consiguió en una convocatoria en que su jefe de departamento era miembro del tribunal examinador.

Mesié, aunque no era demasiado erudito, resultaba un perfecto adulador. Se cambió el nombre para satisfacer a uno de sus jefes españoles, que se llamaba Macías. Como intérprete de un tribunal, se convirtió en uno de los más fieles colaboradores del administrador de su distrito, un oficial de la Guardia Civil particularmente hostil a los nacionalistas. Además, se hizo catequista para complacer a las influyentes autoridades religiosas. Gracias a todos estos «méritos», Franco lo condecoró con la medalla de Comendador de la Orden de África. En la década de 1960 fue nombrado, a dedo, alcalde de su distrito, Mongomo. Posteriormente fue recompensado con los cargos de vicepresidente del Gobierno autónomo y consejero de Obras Públicas. Esta última plaza tal vez le fue ofrecida en reconocimiento a la experiencia adquirida durante el tiempo en que trabajó como conserje de este mismo organismo.

A lo largo de años y años al servicio de una Administración reaccionaria y racista Macías fue incubando un terrible complejo de inferioridad, que jamás llegó a superar. En cuanto llegó al poder, desenterró todas las vejaciones que soportó servilmente durante el tiempo en que fue funcionario colonial. El odio que sentía el presidente guineano contra los blancos era profundo y tenaz.

Pero a pesar de su animadversión hacia los blancos el Gran Estratega había interiorizado muchos de los principios de la política española de la época y se había convertido en un perfecto franquista. Citaba a Franco como su modelo político, junto a Hitler y Stalin. En un discurso, a los pocos meses de la Independencia, aseguró: «Por ser educados por España, seguiremos la política de treinta años de paz del Generalísimo». Aunque Macías era conocido por sus virulentas arengas, jamás se pronunció en contra del dictador español (a pesar de que no ahorró vituperios contra «el asesino y criminal Juan Carlos de España y su Gobierno fantoche»). Incluso en una ocasión, cuando ya era presidente, el Gran Hombre se emocionó tanto con uno de sus parlamentos que acabó su intervención con una «adhesión inquebrantable a nuestro glorioso caudillo». Poco después tuvo que volver al estrado para rectificar el desliz.

Uno de los motivos por los que Guinea Ecuatorial mantuvo unas relaciones extremadamente tensas con España es que Macías se sintió muy ofendido porque jamás fue invitado a visitar a Franco. Este no tenía muy buen concepto del presidente guineano. Cuando le comentaron que Macías hablaba

de él como de «mi colega», Franco se dio un hartón de reír. ¿De qué se reía? Ningún otro jefe de Estado se le parecía tanto, básicamente porque Macías se limitaba a imitarlo. Incluso puso su nombre a la isla de Fernando Poo (la actual Bioko) en un gesto de réplica a Franco, que había bautizado El Ferrol como El Ferrol del Caudillo.

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Ese hombre.

Sin comentarios.

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Fundador Máximo de la Organización de las Mujeres Guineanas que preconiza la igualdad de la mujer y el hombre.

Macías, el franquista, se recicló, y llegó a utilizar con cierta comodidad la fraseología revolucionaria (la Organización de Mujeres Guineanas se había llamado, en principio, Sección Femenina, como la de la Falange). Pero su vitalidad lo traicionaba, y en el apogeo de sus discursos podía lanzar expresiones con matices políticamente incorrectos: «Las mujeres no deben hablar de política, porque la política sólo compete al Presidente Vitalicio de la República». A pesar de todo, sería difícil tachar a Macías de sexista: la misma advertencia la podría haber dedicado, sin duda, a los hombres.

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Constructor de los dos Bancos nacionales.
- Constructor de la gran carretera de circunvalación de la Isla.
- Constructor del gran puente de Kopé no conocido hasta este momento por la Historia de Guinea Ecuatorial que dio cierre a la carretera de circunvalación expresada y bautizada con el nombre del Presidente Vitalicio Macías Nguema Biyogo Ñegue.
- Constructor del gran Campamento para Fuerzas Armadas Populares de gran confort en todo el Territorio Nacional.
- Constructor del gran Puerto Internacional bautizado con el nombre del Presidente Vitalicio que reúne todas las condiciones modernas.

- Constructor del gran puente sobre el río Ekuku, bautizado con el nombre de su sagrado y santo padre.
- Constructor de nuevas carreteras de red moderna que reúnen las condiciones modernas de construcción de carreteras; visite Nkue-Mikomeseng, Añisok, Mongomo, Ebebiyín.
- Constructor de innumerables obras del desarrollo de Guinea Ecuatorial, empieza en la gran Avenida de Ngolo al Repuesto de medicamentos, con modernísimas instalaciones. Visite el sistema de viviendas en todo el Territorio Nacional.

Durante décadas no se dispuso de ninguna guía turística de Guinea Ecuatorial. Los viajeros que llegaban al país habían de recurrir al Congosat (radio macuto) para enterarse de qué sitios debían visitar. Consciente de esta realidad, Macías incluyó sus realizaciones en la larga lista de títulos que se aprendían en las escuelas. De esta forma cualquier niño podía indicar a los extranjeros, de memoria, los sitios de interés. Por desgracia pocos turistas visitaban Guinea: los occidentales no parecían demasiado interesados en apreciar las obras de tan eminente constructor.

En realidad, las obras públicas realizadas en tiempo de Macías eran bastante más precarias de lo que podría deducirse de su pomposa descripción. Y, además, no hubo ninguna planificación en su ejecución. La única carretera asfaltada construida en ese tiempo, de ciento veinte kilómetros, salía del distrito del dictador, Mongomo, y llegaba hasta un remoto cruce de caminos, en el centro del país. Para ir hacia Bata o hacia la frontera camerunesa se debía continuar por pistas de tercer orden. A Macías sólo le interesaba hacer reformas en su región natal.

Al acceder al poder el presidente guineano se instaló en Malabo, la capital del país. Pero allí no se sentía seguro y pronto se desplazó a Bata, la capital de la región continental. Al cabo de algunos años también creyó que en esta ciudad su integridad peligraba, y decidió que estaría mejor en Mongomo. Se estableció allí, entre la gente de su propio clan. Cuando la paranoia se agudizó, optó por residir en Nzang Ayong, el pueblo de su familia. Macías, tras ser elegido jefe de Estado, realizó una progresiva marcha atrás, asumiendo funciones de jefe de tribu y de jefe de clan para acabar siendo un simple jefe de poblado.

Pero no era el jefe de un poblado cualquiera. Como en los reinos medievales, en el momento en que Macías cambiaba su residencia, toda la Administración le seguía. Malabo pronto se quedó sin funcionarios y las oficinas ministeriales se desplazaron, sucesivamente, a Bata, a Mongomo y a

la pequeña aldea de Nzang Ayong. Pequeña aldea hasta que Macías decidió instalarse en el lugar. Entonces le puso el nombre de su padre, Nguema Biyogo, y empezó a construir casas, avenidas, pistas de deportes… Incluso tenía previsto dotar al poblado de hospital, hotel y banco. El banco de Nguema Biyogo no llegó a funcionar, pero el «constructor de los dos bancos nacionales» no tuvo ningún problema en conducir el tesoro nacional entero a su pueblo: lo guardaba en un lavabo de su casa. No quedaba ni una sola divisa en las tesorerías de Malabo o de Bata. Si un ministro necesitaba una partida de presupuesto para su ministerio, debía ir a ver a Macías a su pueblo; él, en persona, le entregaba el dinero.

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Fundador de la Marina mercante con la adquisición del gran buque de carga y pasaje bautizado con el nombre del Presidente Vitalicio Macías Nguema Biyogo.
- Fundador de la Marina de Guerra de Guinea Ecuatorial.

Como se puede deducir de los títulos presidenciales, la marina mercante guineana sólo tenía un barco. Tal y como se puede inferir de estos mismos títulos, la marina de guerra no tenía ninguno.

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Gran Maestro en Educación, Ciencia, Cultura y Artes Tradicionales.
- Gran Maestro de Enseñanza Revolucionaria del Pueblo Trabajador de Guinea Ecuatorial.

El ideario político de Macías estaba al alcance de todos sus seguidores. Él se definía como «africano y nada más», lo que implicaba mucho más de lo que en principio podría parecer. Para el Gran Maestro, todos los problemas del país procedían del exterior, y los que pervertían a los guineanos eran los que difundían «ideas ajenas»: «Los denominados intelectuales representan los mayores problemas con que se encuentra el África de hoy. Están polucionando nuestro clima con su cultura extranjera».

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Único milagro de Guinea Ecuatorial.

Que el cerebro de Macías no estaba en forma era de dominio público. Pese a todo, circulaban diversas versiones sobre su enfermedad. Algunos argumentaban que sufría esquizofrenia a causa de su sordera, que le provocaba una desconfianza extrema. Otros decían que lo que lo volvía loco era el consumo de iboga, un alucinógeno local usado con fines rituales. Un médico español le diagnosticó manifestaciones maniacodepresivas. Según fuentes cubanas, sufría un proceso de deterioro mental causado por una sífilis en estado terminal…

De lo que no cabe ninguna duda es de que el ego de Macías estaba sobredimensionado. En sus crecientes delirios de grandeza exigió su divinización. Obligó a colgar su retrato en todas las iglesias y en los servicios religiosos de todas las confesiones se tenían que utilizar las fórmulas: «Dios creó Guinea Ecuatorial gracias a Macías, sin Macías no hay Guinea» y «Nunca sin Macías, todo por Macías, abajo el colonialismo y todos los ambiciosos». En las escuelas los niños rezaban «en el nombre de Mesié, Nguema, Biyogo y Ñegue Ndong».

La Iglesia católica, que se oponía a la deificación del líder, fue perseguida. Pero Macías no era tan intolerante como parecía; aunque se volcó en cuerpo y alma en dejar Guinea sin clérigos, no ahorraba elogios al ultraconservador obispo Lefebvre, al que calificaba de «ejemplo heroico de un verdadero obispo revolucionario que ha tenido el valor de oponerse al Papa».

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Ministro de Defensa y de Asuntos Exteriores.
- Líder de Acero.
- General Mayor de los Ejércitos Nacionales de Guinea Ecuatorial.
- Fundador de la Milicia Popular Revolucionaria.
- Fundador de la Juventud guineana.
- Fundador del Ejército Popular Revolucionario.

El gran líder militar guineano no contaba con un ejército demasiado competente. El caos imperaba en las fuerzas armadas. Se había creado una milicia popular paralela al ejército y una organización paramilitar que cumplía funciones propias de los cuerpos de seguridad (las Juventudes en Marcha). Nadie sabía a ciencia cierta cuántos hombres armados había ni si disponían de munición. En algunas unidades los militares estaban condenados

a usar fusiles de madera, mientras que las Juventudes Hormiga (la versión infantil de las Juventudes en Marcha) gozaban de armamento moderno. La incompetencia del ejército era patente: ni siquiera intentó hacer frente a las fuerzas gabonesas cuando éstas ocuparon unas islas guineanas.

Tampoco el valor del Líder de Acero era excesivo. Ya en tiempos de la colonia se refugió en casa de un comisario español durante las elecciones presidenciales por temor a sufrir un atentado. Su paranoia le hacía percibir amenazas en todas partes, y por eso cambiaba de residencia una y otra vez. Cuando el ejército se alzó en armas para derrocarlo, en 1979, Macías envió a sus asesores militares cubanos y chinos a combatir la rebelión. Él se escondió en la jungla. Allí lo encontró, aterrorizado, una anciana, que fue quien lo denunció.

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Fundador del Estado guineano.

Como buen franquista, Macías sentía pánico por todo aquello que tuviera alguna relación con el «separatismo». Para frenar el nacionalismo del pueblo bubi, promovió políticas centralistas de tipo jacobino. Su eslogan, «Guinea es una unidad de destino histórico», no era más que una copia apócrifa de aquella «Unidad de Destino en lo Universal» española proclamada por José Antonio Primo de Rivera.

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Primer Trabajador del Pueblo trabajador de Guinea Ecuatorial.
- Gran Estratega de los planes de desarrollo de Guinea Ecuatorial.
- Constructor del gran acondicionamiento e instalación portuaria, el más moderno de África.
- Fundador de la Compañía Líneas Aéreas de Guinea Ecuatorial.
- Artífice que ha pasado la Economía al Pueblo trabajador de Guinea Ecuatorial. Comercio, explotación de fincas agrícolas, etcétera.

Macías creía que con sus conocimientos de economía sería capaz de convertir Guinea en una Suiza africana. Pero toda su ciencia económica se reducía a los rudimentos necesarios para distribuir sus ingresos entre sus diversas esposas. Al llegar al poder, se apresuró a entrevistarse con el

embajador español para interesarse por la devolución del «tesoro guineano» que, según él, se custodiaba en la capital de España (quizá una versión africana del «oro de Moscú»). Cuando, tras muchos esfuerzos, el embajador consiguió hacerle entender que lo máximo que podía esperar era cooperación sanitaria y educativa, y algunos créditos para infraestructuras, Macías se enfureció. Rechazó la ayuda y exigió que le enviaran únicamente billetes de banco.

Por desgracia, el PUNT no le podía ofrecer un asesoramiento económico sólido; en su Plan de Desarrollo Económico de 1973, el partido esperaba movilizar a 60.000 nuevos trabajadores de entre una población de unos 250.000 habitantes. Pero ni siquiera el recurso a los trabajos forzados revitalizó la economía: en 1968 Guinea produjo 34.000 toneladas de cacao; ocho años después sólo se consiguieron 800.

En cualquier caso los indicadores macroeconómicos importaban poco a Macías, que propugnaba un retorno a la vida natural más propio de san Francisco de Asís que de un estadista moderno. La falta de alimentos no era trascendente para el PUNT: «Que nos dejen de hablar de pan, leche, azúcar, tomate, que no son alimentos típicamente africanos». El mismo presidente anunció, con entusiasmo, que había eliminado la «costumbre colonial» de dar comida a los enfermos en los hospitales. A partir de entonces fueron los familiares quienes se vieron obligados a alimentar a los ingresados. Era obvio que Macías sabía ahorrar.

De todas formas, la lucha contra las costumbres coloniales y contra el «pan colonialista» (Macías dixit) no parecía afectar al dictador. Cada semana, un vuelo de Iberia llevaba grandes cantidades de comida europea para la Presidencia, y el hijo del dictador acudía a la escuela con unos monumentales bocadillos que despertaban la envidia de sus compañeros, que no tenían acceso a un alimento tan imperialista.

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Primer Hombre de Paz del Pueblo trabajador de Guinea Ecuatorial.

Este peculiar pacifista, que trataba con especial crueldad a los disidentes, dejó patitiesos a los participantes en la Conferencia Constitucional que preparaba la independencia guineana al formular un encendido elogio de Adolf Hitler, al que calificó, literalmente, de «padre de África». Incluso los

funcionarios españoles más falangistas prefirieron simular que no habían oído el comentario.

Pero la comunidad internacional parecía reconocer que Macías era el hombre de paz que anunciaba la consigna. Las condenas a su régimen fueron excepcionales. Los países comunistas lo consideraban el libertador del África Central. Francia y Estados Unidos invertían en Guinea y callaban. La España franquista no sólo invertía y callaba, sino que además impuso una férrea censura a los medios de comunicación para evitar críticas a Macías que pudiesen afectar negativamente a las relaciones bilaterales.

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Jefe Supremo de la Revolución Guineana.
- Impugnador de la Constitución colonial española con su caída total.
- Hombre y Líder que ha puesto la nueva Constitución con la igualdad de derechos al Pueblo trabajador de Guinea Ecuatorial.

Aunque Macías se presentaba como el instaurador de un nuevo orden social que abolía las injusticias del sistema colonial, en realidad el único principio de su régimen era el autoritarismo. Lo dejó claro en diversas ocasiones al instruir a los miembros de la Asamblea y de su Gobierno: «Yo soy el presidente, luego soy más que todos vosotros juntos». En realidad, en Guinea Ecuatorial pronto se dejaron de promulgar leyes: Macías dictaba oralmente todos sus decretos. El caos administrativo se extendió, ya que las directrices cambiaban continuamente. Las sistemáticas reestructuraciones del Gobierno no ayudaban a la reorganización del país: nadie sabía qué competencias tenía cada ministerio y ni siquiera el ministro de turno conocía las instrucciones que el dictador había dado a su antecesor.

La «nueva Constitución» de Macías, pues, no se llegó a aplicar nunca. En realidad, elevarla al rango de Constitución sería una hipérbole política. La supuesta carta magna guineana no había sido aprobada por la población y sus representantes no habían participado en su redacción. La había elaborado, por encargo, un notario madrileño que desconocía la realidad guineana y que se preocupaba muy poco por la igualdad de derechos.

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Padre de todos los niños revolucionarios.

Macías tenía una numerosa prole, fruto de sus diversos matrimonios y de cuantiosas relaciones esporádicas. Pero no debía sentirse satisfecho, porque decidió proclamarse padre de todos los niños «revolucionarios», no sólo de Guinea Ecuatorial, sino del mundo entero. Y los niños revolucionarios eran muchos, como mínimo en Guinea, porque, según un decreto del Jefe Supremo de la Revolución, «todo guineano, desde los 7 años, pertenece obligatoriamente al PUNT y se pierde tal condición con la muerte».

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Gran Estratega contra los planes imperialistas en el Pueblo trabajador de Guinea Ecuatorial.
- Victorioso frente al neocolonialismo español en particular y frente al neocolonialismo en general.

Macías se mostraba muy hábil en la detección de todo tipo de conspiraciones. Gracias a su atenta vigilancia, la revolución guineana no corría peligro. Nadie escapaba a la profunda mirada del Gran Estratega Victorioso. Ni siquiera la Iglesia católica, ya que él destapó sus «actividades subversivas», que consistían en «participar en asesinatos, revelar los secretos de la Penitencia y reclutar matones profesionales y mercenarios para perturbar la paz reinante en Guinea Ecuatorial», además de algunas actividades todavía más graves, como «haber dirigido a Dios maliciosas oraciones contra la independencia y su Gran Líder, cuyo triunfo suponía a todas luces una estrepitosa derrota para la Iglesia católica». Incluso ordenó que se detuviera a dos Mata Hari españolas, que ocultaban sus turbias actividades bajo el hábito de las madres concepcionistas. Sus aliados cubanos se dieron cuenta de que «la reacción conspira: el pueblo se arma», y ofrecieron ayuda militar a Guinea. Pero es difícil entender por qué el PUNT tenía que necesitar ningún tipo de auxilio para combatir a los disidentes, ya que, según el partido oficialista, eran sólo una pandilla de «delincuentes y beodos».

Para el PUNT el peor enemigo del pueblo trabajador de Guinea Ecuatorial eran los periodistas «subversivos y traidores de África independiente», que trataban de desprestigiar la «Tierra Libre Africana de Guinea Ecuatorial». Esos «insensatos» de «rastreras intenciones» padecían de «mera brutalidad mental», ya que eran «víctimas del error, de la fantasía de la intriga colonial y

de la defectuosa información de sus amos neocolonialistas e imperialistas». Según Unidad de Guinea Ecuatorial, el periódico del PUNT, los periodistas africanos que criticaban a Macías cometían una «traición a su propia sangre africana». A estos reporteros, «les falta qué comer, y en lugar de trabajar honradamente, como preconiza la tradición africana, han preferido la vida fácil y, claro está, han tenido que ir a buscar qué comer donde sus amos los colonialistas y los imperialistas».

Un artículo de unos periodistas nigerianos en el que se criticaba duramente la dictadura guineana despertó las iras de los cuadros del PUNT. Lo que más les disgustaba del «barato artículo», no obstante, es que calificara a Guinea de país poco conocido. La réplica fue contundente: «Esta información es un tanto gratuita, no cabe en la mente de unos individuos sensatos, sino sólo de una pandilla. Sólo ellos ignoran Guinea Ecuatorial, cuando la Bandera de Guinea Ecuatorial ondea en la Organización de las Naciones Unidas, en la Organización de la Unidad Africana, en el Movimiento de los Países No Alineados como miembro de hecho y con pleno derecho, y nuestros verdaderos amigos nos conocen en todo el mundo». Según el PUNT, los autores del reportaje merecían acabar en la prisión, «donde individuos como vosotros deberían tener su guarida»; pese a todo, de forma benévola, «los mandamos que vayan a barrer las calles de sus amos el neocolonialismo y el imperialismo, que los tienen a sueldo para alimentarlos».

Macías Nguema Biyogo Ñegue

- Presidente Vitalicio de la República.
- Presidente Vitalicio del Comité Central del Partido Único Nacional de Trabajadores.

Otros títulos presidenciales podían resultar algo inadecuados, pero al otorgarse estos dos Macías mostró sus capacidades como vidente. Fue presidente del Comité Central del PUNT hasta que esta formación fue disuelta. Y ostentó la presidencia de la República hasta pocos días antes de su muerte. El 3 de agosto de 1979 su sobrino y lugarteniente, Teodoro Obiang Nguema, protagonizaba un golpe de Estado. El 29 de septiembre el presidente vitalicio era fusilado.

Obiang Nguema

Dictador de última generación

«Conozco al presidente Obiang Nguema y me consta que es un hombre honesto, profundamente preocupado por su pueblo y con grandes dotes de estadista. No hay ninguna duda de que Obiang arriesgó su vida en defensa de las libertades de su pueblo».

Prof. Alfonso Serrano Gómez

«Mi hermano y amigo».

Felipe González

A Haile Selassie jamás se le habría ocurrido convocar elecciones: para gobernar le bastaba con la legitimidad divina. Sékou Touré nunca se habría entrevistado con los líderes de la oposición: los habría acusado de complotar con el apoyo del Vaticano y de las SS y los habría liquidado. Idi Amin Dada jamás invitó a observadores para que velaran por el respeto de los derechos humanos; probablemente ni siquiera conocía este concepto… En cambio, el «hermano militante Teodoro Obiang Nguema Mbasogo, jefe de Estado y de Gobierno, presidente fundador del Partido Democrático de Guinea Ecuatorial» (PDGE), actúa de forma diametralmente distinta. Este militar, educado en pleno franquismo en la Academia Militar de Zaragoza, ha experimentado una profunda transformación. En la actualidad su ocupación favorita es formular discursos sobre los derechos humanos y la democracia; hay quien incluso simula creérselo. Una sociedad italiana con inversiones en Guinea reconoció el *savoir faire* del jefe de Estado y le ofreció el Premio Umberto Biancamano, que le fue otorgado «por su respeto a los derechos humanos». Es una pena que la sociedad italiana no se preocupara en explicar qué derechos humanos respetaba exactamente.

«El jefe»

El 3 de agosto de 1979 el teniente coronel Obiang Nguema lideró un golpe de Estado contra su tío. No se sabe exactamente qué motivo lo indujo a rebelarse: se dice que Obiang temía que Macías designara como sucesor suyo a su hijo Teonesto; otras fuentes apuntan a que Obiang ya estaba harto de que le obligaran a limpiar el coche de su tío, vestido con su uniforme de teniente coronel. De todas formas, la operación era arriesgada, ya que, según Obiang, sus fuerzas tenían que atacar al mismo «enviado del diablo, hijo de Lucifer, presidente de los brujos». El golpe de palacio triunfó y desde aquel día Obiang se referiría a la etapa anterior como el «régimen de triste memoria». Debería haber bautizado a la nueva etapa como el «régimen de mala memoria», porque Obiang prefirió obviar que él mismo había tenido un papel

destacado en la dictadura de Macías como responsable militar de la isla de Bioko (la antigua Fernando Poo). La mayoría de los miembros del aparato represivo de Macías provenía del distrito de Mongomo, como él mismo. Con la victoria de Obiang casi todos ellos conservaron sus cargos y el «clan de Mongomo» mantuvo su hegemonía (su gente ocupa más del 50 por ciento de los ministerios y dos terceras partes de los puestos del Comité Central del gubernamental Partido Democrático de Guinea Ecuatorial).

Pese a todo, en un primer momento se crearon muchas expectativas. Macías había caído y se esperaban grandes cosas del nuevo presidente. ¿Cuál sería el modelo de Obiang? En un discurso dirigido a la Cámara de Representantes del Pueblo el nuevo dictador adoctrinó a los presentes: «La democracia es un traje que hay que confeccionarse a medida de cada sociedad concreta»[6] para traer al país «la libertad adecuada y no un libertinaje».

El mensaje fue recibido con una cierta tolerancia. Las transiciones no son fáciles. Y el «libertinaje», sea lo que sea el «libertinaje», espanta mucho, siempre y en todas partes. La alternativa del régimen guineano consistía en presentarse como un modelo de autenticidad africana contra lo que llamaba «las ideologías importadas»; Obiang se preguntaba públicamente: «¿Por qué importar servilmente fórmulas constituyentes extranjeras?».

Aquí incluso llegaba a alcanzar el mérito innovador. Se podía intuir que Obiang buscaba un modelo autóctono, en el que se mezclara la tradición africana con diversas concepciones del pensamiento político. Por desgracia, estas esperanzas pronto empezaron a desvanecerse: ocho años después de llegar al poder, tras prolongadas reflexiones, reveló que la alternativa genuina de Guinea Ecuatorial era la formación de un solo partido, el PDGE, que encarnaría «el vivo sentir del pueblo guineano». Los cuerpos de seguridad se ocuparían de aquellos que no compartieran ese «vivo sentir».

En 1989 el Hermano Militante se presentó en solitario a las elecciones presidenciales, y el aparato gubernamental organizó su campaña con canciones en que agradecían el gesto de buena voluntad democrática del «candidato único». Se impuso una votación pública y vigilada, y el dictador fue reelegido con un 97 por ciento de los votos. Tras la votación Obiang manifestó con renovada convicción ideológica: «El monopolismo es el sistema político más adecuado para Guinea Ecuatorial». Por fin, una definición concreta del proyecto guineano: el «monopolismo», que seguramente debería situarse en las antípodas ideológicas del «libertinaje».

El «monopolismo» o el pluripartidismo de partido único

Por desgracia, el innovador «monopolismo» de Obiang sufría múltiples amenazas. A partir de 1990 se multiplicaron las presiones internacionales en favor de la democratización de los países africanos, y el presidente fundador del PDGE se vio obligado a autorizar el multipartidismo. Eso sí, con reservas. Como él mismo, en persona, se apresuró a matizar: «La apertura al multipartidismo hay que aceptarla, pero no significa salir del PDGE». La sintaxis bantú de Obiang daba pie a ciertas confusiones. ¿Qué implicaba exactamente «no significa salir del PDGE?». Su partido lo aclaró con una fórmula mucho más diáfana. En una resolución de 1991 el PDGE advirtió que el pluripartidismo se admitía «sólo y bajo la condición de mantener a Obiang Nguema Mbasogo como dirigente del país y guía de nuestro pueblo, por ser la única y máxima figura garante de la paz, tranquilidad, armonía y concordia reinantes en nuestra nación». Para dejarlo todavía más claro, la «única y máxima figura» declaró que el multipartidismo «es la nueva fórmula de los países detentores de la economía mundial para introducir de nuevo el confusionismo, las luchas intestinas». Para impedir el «confusionismo» se atribuyó el papel de «árbitro y moderador» en el proceso democratizador. «Arbitro y goleador», como afirmaban irónicamente sus súbditos.

Mobutu Sese Seko, uno de los maestros de Obiang, fue quien sugirió al dictador guineano, en la década de 1980, que creara un partido único. Pero al iniciarse las presiones internacionales para la democratización de África le aconsejó un cambio de estrategia: «Resiste. Tú dales la razón… pero ni caso. Eso es una moda de los blancos. Ya se les pasará». El consejo de Mobutu resultó profético, porque al cabo de algunos años a los blancos se les pasó la obsesión democratizadora. Obiang había sobrevivido, física y políticamente; en cambio, Mobutu, en el camino, perdió el poder y la vida.

La Constitución de 1991 reconocía oficialmente el multipartidismo. También consagraba la figura del dictador. O quizá sería más adecuado decir que la blindaba: «La persona del jefe de Estado es inviolable durante y después de su mandato». En un discurso enviado a la imprenta se refería a él mismo como «Mi Humilde Persona» (las tres con mayúscula).

Para que la población no se hiciera demasiadas ilusiones, a la transición a la democracia se la llamó, simplemente, «ensayo democrático». Ensayo, sólo, para evitar que «el pueblo tenga que experimentar traumas psicológicos y sociales». En realidad, Obiang afirmaba que su pueblo era muy refractario al pluripartidismo y que, si lo aceptaba, era porque él mismo lo impulsaba.

Argumentaba que «el nuevo juego político va a crear nuevos desórdenes» y que el pueblo había expresado «la repulsa total a la existencia de más partidos en el país». El diagnóstico del ministro de Cultura sobre la cultura política de los guineanos seguía la misma línea: «El pueblo guineano en particular y el africano en general no tienen suficiente cultura para practicar el pluralismo ideológico».

Las tímidas presiones norteamericanas y españolas en pro de la democratización del país chocaron con una resistencia numantina. Pero en lugar de atrincherarse en el búnker la estrategia del «monopolismo» consistió en pasar al ataque: se acusó a España de un intento de sabotaje del proceso de democratización. ¿Cómo? Infiltrando comandos etarras en el país. Curiosa entente entre Madrid y ETA que la opinión pública española jamás habría sospechado. Pero fue el personaje más odiado por los miembros del PDGE, el embajador norteamericano John Bennet, quien fue objeto de la acusación más sorprendente: «Los partidos que boicotearon las elecciones celebradas el pasado domingo entregaron medicina (fetiches) a Bennet para que los llevara al cementerio para que la votación saliera mal». La literatura de espionaje ha llegado a formular argumentos extremadamente complejos, pero es difícil imaginar a todo un embajador de Estados Unidos saltando la tapia de un cementerio guineano, amparado en la oscuridad de la noche, armado con fetiches de brujos africanos, con el objetivo de alterar los resultados de unos comicios electorales.

Las relaciones del Gobierno guineano con las organizaciones de defensa de los derechos humanos también eran extremadamente conflictivas. En 1992, al recibir una delegación de Amnistía Internacional, el ministro de Asuntos Exteriores preguntó: «¿Y qué tiene que ver la democracia con los derechos humanos?». Buena pregunta.

«Gesticula, que algo queda»

Una de las más destacadas habilidades de Obiang consiste en multiplicar los gestos democratizadores sin democratizar nada. Entre sus aficiones preferidas hay una que consiste en convocar jornadas para la defensa de determinados derechos; jornadas que, por otra parte, le suelen salir gratis, porque los canapés y la bebida la suministran los organismos internacionales interesados en este tipo de actos. Cada año, el 3 de mayo, el Gobierno organiza el Día Internacional de la Libertad de Prensa y del Derecho a la Información. No importa que en el año 2000, pocos días antes de la celebración, el Ministerio

de Defensa dictase una «estricta prohibición de volver a difundir o informar noticias de carácter negativo contra las Fuerzas Armadas, de Seguridad del Estado y sus miembros». Tampoco se tuvo en cuenta que, por aquellos días, el delegado del Gobierno de Mongomo, región natal del presidente, prohibiera la difusión en su circunscripción de un periódico, porque «habla mal del Gobierno y del presidente de la República».

Evidentemente, una cosa es defender la libertad de expresión y otra muy distinta permitir que se hable mal del Gobierno. La que no habla mal del Gobierno es la prensa oficial. *Ecos de la Cumbre*, la publicación de la Presidencia, deploraba el «repugnante sistema de politiqueos» de la oposición. Y, realmente, parece mentira que los políticos tengan la desvergüenza de dedicarse al «politiqueo». *Ébano, Órgano Informativo Nacional no* era menos crítico con los «radicalistas» de la oposición, que «sólo dicen sandeces». En cambio, este mismo medio de comunicación mostraba su objetividad publicando un artículo de Anacleto Oló Mibuy, el poeta oficial del régimen. Se titulaba «Paz al hombre de buena voluntad», y describía a Obiang de forma precisa y justa: «Feliz Navidad y paz a los guineoecuatorianos de buena voluntad. Este es el mensaje que repite el apóstol de la paz, Teodoro Obiang Nguema Mbasogo». Una gesta periodística de *Ébano* fue un artículo sobre Eric Moussambani, nadador guineano que participó en los Juegos Olímpicos de Sidney. En esos Juegos el nombre de Eric Moussambani se hizo mundialmente famoso. Pero su único récord fue convertirse en el nadador más lento de todos los tiempos. Durante algunos días las televisiones de todo el mundo retransmitieron las imágenes del guineano chapoteando en la piscina olímpica. El estilo de Moussambani era tan deplorable que los espectadores sentían vergüenza ajena. La cuestión no era qué tiempo marcaba su cronómetro, sino si se precisaría la intervención de un socorrista. Al día siguiente algunos periodistas preguntaron a Moussambani si había experimentado algún sentimiento ligeramente parecido al ridículo cósmico. Con una sinceridad que lo honraba Moussambani replicó que la culpa era del COI por permitir la participación de países que ni siquiera disponían de una piscina donde entrenar digna de este nombre. Bien, pues *Ébano* no tuvo ningún inconveniente en referirse a Moussambani… ¡como el ganador de su prueba! ¿La reacción de Obiang? Ofrecerle una recepción cuando regresó al país.

Cuando algunos organismos internacionales criticaron el monopolio estatal sobre los medios de comunicación, el Hermano Militante ni se indignó ni se disculpó. Les dio la razón y autorizó la creación de una televisión y una

radio privadas (las únicas del país). Eso sí: la concesión recayó en Teodoro Nguema Obiang, Teodorín, hijo del dictador y candidato a sucederle. La televisión privada no se limita a hacer elogios desmesurados al dictador y al PDGE, como la televisión pública; prefiere dedicarse a emitir imágenes de Teodorín, empresario de fortuna y sempiterno ministro, y «hermano mayor» de la Asociación de Hijos de Obiang, casi siempre repartiendo billetes entre la población en sus viajes oficiales.

Por lo que respecta a la prensa extranjera, no suele causar demasiadas molestias a Obiang. Gracias a los ingresos del petróleo, pudo permitirse una campaña de imagen internacional. Intensificó su colaboración (básicamente económica) con los medios de comunicación extranjeros. Fecunda colaboración si tenemos en cuenta que alguna televisión española llegó a cualificarlo de «Suárez guineano». Pero seamos justos: en algunos casos se debe reconocer que a los periodistas les faltan datos concretos para criticar los excesos del régimen «monopolista» guineano: en un juicio celebrado en el año 2004 la lista de acusados era secreta, los cargos eran secretos y la sentencia era secreta. Obiang, no obstante, seguía haciendo discursos sobre la transparencia. Los periodistas y corresponsales que se han mostrado excesivamente molestos han sido expulsados o procesados. Naturalmente, la prensa oficial guineana ignora estos hechos aunque dedica muchas páginas a denunciar la represión que sufren los periodistas en todo el mundo. El Ministerio de Información incluso suspendió a un periodista guineano por haber filtrado una noticia que, sin duda, ponía en peligro la seguridad del Estado; había informado de que los policías de la puerta del estadio dejaban pasar a los espectadores sin entrada a cambio de sobornos.

Además de preocuparse por la libertad de prensa, Obiang siempre ha mostrado (en los foros internacionales) un gran interés por los derechos humanos. Incluso nombró un viceministro encargado de Asuntos Sociales y Derechos Humanos: Ricardo Mangue. No se consideró relevante que fuera conocido por el apodo de *Ricky el Pistolero*, ni que hubiera adquirido una gran popularidad durante su etapa como responsable de Educación, periodo en el que se especializó en la ocupación militar de centros estudiantiles. Cuando la ONU presionó al régimen guineano para que creara una comisión de derechos humanos, éste reaccionó de forma espléndida: creó dos. Por si acaso, una de ellas era presidida por el doctor Salomón quien, además, detentaba el cargo de presidente del Parlamento y era miembro destacado de la Seguridad (la policía política).

Salomón no era el único responsable político temido por la juventud guineana. Había incluso quien lo superaba. El «supercomisario» Cayo Mba Ondó tenía la cualidad de ser un hombre de pocas palabras. Pero muy reiterativas. En 1997 convocó a los estudiantes del instituto de Bata y los instruyó: «Si veo a dos discutiendo por la calle, pues me bajo del coche, los pillo y les doy duro… ¡ahí mismo! Si veo a uno abusando de una chica, pues lo cojo y… ¡ahí mismo! Si alguno se mete en la política, lo pillo y paliza… ¡ahí mismo!…».

Para evitar los abusos de la clase política, no hay mejor solución que una buena administración de justicia. Pero en el acto de apertura del año judicial de 1995 el fiscal general del Estado hizo un diagnóstico clarividente sobre el estado del poder judicial: «No hay justicia en Guinea Ecuatorial. La administración de justicia no funciona: los jueces, magistrados, notarios, registradores y, en general, los profesionales del derecho, están sumidos hasta la médula espinal en la más abyecta e inenarrable corrupción…». Fue su último discurso antes de marchar al exilio.

El dictador, pese a todo, seguía insistiendo en que él se preocupaba mucho por la justicia. Se preocupa tanto que los jueces son nombrados a dedo y destituidos de forma arbitraria. La mayor parte de ellos no son abogados, ni tienen conocimientos jurídicos básicos. Tampoco los necesitan. En 1995, en plena «transición democrática», el comisario Manuel Nguema, *El Nervio,* convocó a todos los abogados y jueces de Malabo para disuadirlos de cualquier «exceso legalista». Ninguno de los presentes sabía, exactamente, en qué consistían los excesos legalistas. Pero todos conocían los métodos expeditivos de El Nervio y sabían que él nunca cometía ningún exceso legalista. Y decidieron imitarlo.

La otra obsesión de Obiang es la corrupción. Obsesión doble: por practicarla él y por denunciarla en su entorno. El «hermano militante» debe ser uno de los únicos jefes de Estado que firma todas las facturas de la Administración del país, ya que desconfía de su ministro de Economía. Se responsabiliza de todo personalmente. Además, suele hacer grandes parlamentos en contra de la clase política de su propio país. En un encuentro de su partido afirmó: «Hay mucha demagogia […] cada uno quiere ir por su camino y deja en su paso a la gente muriéndose de miseria». Sus correligionarios de vez en cuando lo imitan y en las sesiones parlamentarias no suelen faltar las críticas a los ministros corruptos. En 2000 el Parlamento exigió el cese de Abia Biteo, ministro de Economía. Obiang hizo caso a los parlamentarios y lo cesó… para nombrarlo de inmediato ministro de Estado

de Relaciones con el Parlamento (supuestamente por la fructífera relación entre el Parlamento y Biteo). En cualquier otro país este nombramiento hubiera constituido un hito político insuperable. Pero Obiang se supera a sí mismo: en 2004 nombró primer ministro al reconocido corrupto. Obiang Nguema, en cambio, nunca ha sido criticado por el Parlamento. Y no porque sus cuentas estén claras. En 2003 el norteamericano Riggs Bank fue multado por las autoridades de Estados Unidos por los movimientos ilegales de fondos de Obiang Nguema y sus familiares. El Fondo Monetario Internacional siempre ha criticado la falta de transparencia de las cuentas del petróleo guineano, y es obvio el enriquecimiento irregular de la familia de Obiang.

Otra de las grandes preocupaciones del jefe de Estado guineano es la inseguridad. Él, que derrocó a su tío con un golpe de Estado que gozó del beneplácito de Adolfo Suárez, se muestra profundamente preocupado por los intentos de insurrección armada que periódicamente sacuden su país. Según él, los golpes de Estado no son tolerables. Lo que él dirigió no sería un golpe de Estado, sino un «golpe del pueblo por la democracia». Probablemente, el golpe del congoleño Sassou Nguesso contra el presidente democrático Pascal Lissouba también debía ser un golpe del pueblo por la democracia. Sassou Nguesso, otro demócrata de toda la vida, es el padrino de los hijos gemelos de Obiang. Por solidaridad «democrática» o por afinidad familiar, Obiang ayudó a Sassou Nguesso a tomar el poder por las armas, ofreciéndole un millón de francos franceses. Una ayuda que, si bien no pasó a los anales de la generosidad universal, sí que constó entre las joyas de la chapucería diplomática: se llevó a cabo mediante un cheque bancario nominal.

Tolerar la «mano negra»

La legalización de los partidos de oposición era la clave del multipartidismo. Y Obiang, desde buen principio, la aceptó. El problema es que buena parte de los partidos legalizados por el régimen eran discutiblemente opositores. En las elecciones presidenciales se presentan en el seno de la «coalición presidencial», y sus candidatos son recompensados con cargos ministeriales. Los líderes de la «oposición no radical», según la terminología «monopolística», incluso se integran en el Movimiento de Amigos de Obiang. A cambio, asisten a todos los actos de homenaje al dictador. Uno de ellos, Carmelo Modú, se caracteriza por un estilo opositor especialmente duro: llegó a pedir a Obiang que «siga impartiendo sus habituales lecciones magistrales».

Los partidos de la oposición real lo tuvieron más complicado para legalizarse. Algunos fueron prohibidos con pretextos diversos. Otros no fueron autorizados a causa de la restrictiva ley de partidos, que prohíbe los partidos étnicos y regionales. Aun así, en un congreso del PDGE un delegado afirmó: «El PDGE es de Mongomo-Wele Nzas, y el Wele Nzas es del PDGE». Fue muy aplaudido. Quizá porque 48 de los 73 miembros del Comité Central del PDGE son originarios, como Obiang, del distrito de Mongomo. Curiosamente, nadie propuso la ilegalización del PDGE.

Los partidos de oposición han sufrido una tenaz persecución legal. Han sido sancionados repetidamente, y algunos incluso han sido prohibidos. Pese a todo, Obiang se muestra muy comprensivo, y ha invitado a todos los miembros de la oposición a integrarse en su Gobierno. Unos pocos desagradecidos lo han rechazado y han exigido la formación de un Gobierno de unidad nacional. Algún miembro del PDGE los definió con una palabra muy explícita: «traidores». El Ministerio de Información los trata de «cómplices» de la «mano negra» (curioso uso del término «negro», en un país situado en el África tropical). Quizá por eso, periódicamente, el generoso Gobierno acoge de nuevo, en el PDGE, a los hijos pródigos que han pasado por las filas de la oposición; lo hace en pomposas «ceremonias de reinserción».

En realidad, uno llega a preguntarse qué induce a los partidos de oposición a pelearse para acceder al Parlamento. Porque éste no tiene ningún papel legislativo: Obiang gobierna por decreto. Para entretener a los diputados se les encarga la alta función legislativa de discutir apelaciones de casos conflictivos de herencias o incluso de divorcios. En todos los otros ámbitos, el PDGE sigue actuando en función del más estricto «monopolismo». A los parlamentarios de la oposición ni siquiera se les suele invitar al acto de entrega de credenciales de la Asamblea. El ministro de Educación y Ciencia es capaz de «regalar» los pupitres de una escuela «en nombre del PDGE». El Parlamento y el Ayuntamiento de Malabo están presididos por la bandera del PDGE; el alcalde de Malabo hizo pintar los taxis con los colores del PDGE. Los ciudadanos, sean del partido que sean, son obligados a manifestarse periódicamente con el objetivo de mostrar su adhesión al jefe de Estado. Un delegado del Gobierno hizo uso de una proclama rotundamente monopolista: «Como no vayáis a Malabo al desfile del día 12 os pelaré el culo».

La fiesta de la democracia

Legalizar los partidos de oposición, para Obiang, fue una medida sencilla. Los partidos de la oposición no suponen ningún problema cuando, simplemente, se les niega cualquier posibilidad de acceso al poder. Las elecciones representan el único momento delicado para los «demócratas» del PDGE. Quizá por eso en el año 1996, sobre un censo aproximado de 200.000 votantes, unos 100.000 guineanos fueron obligados a firmar un documento, ejemplo de la más sublime prosa política, por el cual garantizaban su fidelidad al partido del Gobierno: «Juro por Dios, por mi honor y responsabilidad, no ir nunca en contra de las decisiones del PDGE, aceptando todas las decisiones que pueda tomar mi Partido, y mi voto a la causa del mismo es irreversible».

Las elecciones de 1998 fueron acompañadas de una nueva campaña del PDGE basada en un «Documento de Estrategia Electoral» atribuido a Ricardo Oló Mangue, *Ricky el Pistolero* (recordemos, el máximo responsable de la promoción de los derechos humanos), y otros prohombres del régimen. La memoria de este documento perdurará incluso más que la del régimen. Cualquiera puede apreciar la fina sutileza «monopolista» que lo inspira:

1. Influir en todos los miembros de las mesas electorales como órgano de decisión mediante el dinero a cambio de firmar el acta con la victoria aplastante del PDGE. […]

3. Subdividir el electorado de cada sección electoral en grupos de diez liderados por un controlador que mantiene la fidelidad del grupo y de cada uno y vigila sus movimientos, que deberá utilizar medios materiales y económicos. […]

4. Flexibilizar la forma de votación, pudiendo ser el voto público donde se domina a todos los miembros de la mesa, voto disciplinado de partido donde se observa el juego de doble censo de votantes, inventar motivos de despistar a los interventores de la oposición durante la votación (bebidas, comidas, incidentes ficticios, votación lenta e interrumpida para hacerlos cansar) y, mientras tanto, introducir papeletas del PDGE en la urna. […]

7. Disponer de carnés suplementarios para alargar el número del censo electoral en beneficio del PDGE.

8. Disponer de muchos impresos de transeúntes para facilitar y manipular el voto transeúnte. […]

15. Aprovechar la nocturnidad para iniciar el escrutinio en lugares calificados puntualmente de zona difícil, hasta incluso suspendiendo el escrutinio para practicarlo al día siguiente, y mientras tanto introducir papeletas del PDGE y extraer todas las de la oposición. […]

Y por si esta sutil estrategia fallaba, la Junta Electoral Nacional estaba presidida por el mismo ministro de Interior. Es decir, que el PDGE se presentaba a las siguientes elecciones con una ligera ventaja táctica. No es extraño, pues, que en las legislativas de 1999 Obiang volviera a obtener un 97 por ciento de los votos, cifra que se confirmaba como el resultado «monopolista» por excelencia. Como suele pasar en casos de desastre, la oposición tuvo que buscar motivos de consuelo matizando los datos: era obvio que el PDGE de Obiang se desgastaba porque se había estancado en un techo electoral muy concreto. Lamentablemente, y a pesar de las engañosas apariencias, un análisis sociológico más profundo demuestra que el PDGE seguía avanzando posiciones. Según los datos oficiales del Gobierno guineano, en esta ocasión votaron 30.000 personas más de las que constaban en el censo (un 15 por ciento de votos fantasmagóricos no constituyen, necesariamente, una irregularidad en el sistema político del «monopolismo»).

Como se ha comprobado, el «monopolismo» se basa en un sistema de cálculo *sui generis*. Pero en el distrito de Mongomo los resultados se adaptaron a la aritmética más exacta: de 14.811 personas inscritas en el censo, 14.811 votaron a favor del PDGE. No hubo ninguna abstención, con lo cual, de rebote, se puso de manifiesto la eficacia del sistema sanitario guineano: no había ningún enfermo lo bastante grave como para no acudir a las urnas. El alto nivel sanitario se mantuvo en las municipales del 2000: el PDGE obtuvo el 100 por ciento de los votos posibles en Rebola, Annobón, Kogo, Coriseo y otros puntos del territorio.

Reconocimiento público de un estadista innovador

Obiang Nguema ha conseguido el apoyo incondicional de algunos de sus conciudadanos. El cantante Maelé fue un duro opositor durante algún tiempo. Sus canciones solían constituir una provocación al régimen y eran coreadas con entusiasmo por los jóvenes guineanos. Una de sus letras le obligó a tomar el camino del exilio: «Este patio de estúpidos / es el que fastidia a la gente / todos quieren ser el número uno / todos quieren cargos…». Pero en el extranjero Maelé no progresó demasiado y volvió a Guinea. Como se puede observar en las letras de la nueva etapa, el cantautor no modificó un ápice sus posicionamientos políticos: «Un país: Guinea Ecuatorial / Un partido: PDGE / Un hombre: Obiang Nguema Mbasogo». El jefe, muy flexible, lo nombró director general de Cultura en la Región Continental.

Por lo que respecta al ámbito religioso, a Obiang le basta con el vicario general de Bata. Éste, desde el púlpito, afirmó que el dictador era un «hombre de probada fe en Dios». La secuencia lógica era la siguiente: el golpe de Estado de 1979 había supuesto una acción de probada fe en Dios, ergo su autor debía tener probada fe en Dios. Magnífica exégesis que ponía de manifiesto la habilidad teológica del sacerdote.

Obiang Nguema mostró su interés por la cultura y la educación al crear la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (en un país en el que no hay ninguna librería, ningún museo, ni ningún teatro). En justa recompensa, el bien retribuido rector de esta universidad decidió otorgar el título de doctor *honoris causa* al «hermano militante» (antes, incluso, que el centro universitario concediese el primer título de licenciado). La «Humilde Persona» no se ahorró autoelogios en su discurso de investidura; ponderó a su Gobierno «por su humanismo y el interés por salvaguardar los valores supremos de la persona humana».

Lo que más sorprende son los elogios del exterior. Y Obiang recibe muchos. Que Castro o Kim Jong Il loaran su sensibilidad democrática no nos puede sorprender. Es más curioso que un embajador norteamericano afirmara que Obiang «tiene un interés personal y particular por mejorar la situación de los derechos humanos en Guinea Ecuatorial». Y todavía sorprende más que, poco después que el Ministerio de Información guineano recordara «que los políticos españoles han intentado asesinar a nuestro presidente en muchas ocasiones», la ministra de Exteriores española afirmara que mantenía «relaciones entrañables» con el régimen guineano. Tal vez el «monopolismo», apoyado por las explotaciones petroleras, sea el régimen que el futuro más inmediato reserve para África.

Epílogo

En el capítulo dedicado al emperador Calígula, en su *Vida de los doce césares*, Suetonio divide la narración con el punto y aparte siguiente: «Hasta aquí hemos hablado del príncipe. Ahora hablaremos del monstruo». Siguiendo esta magistral lección, nos basta con alterar ligeramente el enunciado: «Hasta aquí hemos hablado del payaso. Ahora hablaremos del monstruo».

Por encima de cualquier consideración, los personajes que hemos ilustrado son auténticos monstruos, en el sentido más literal del término: combinaciones de naturalezas diversas que recrean un sentido puramente maligno. Reduciendo las concomitancias a unos pocos puntos comunes, de todos ellos destaca su capacidad para absorber y escenificar lo peor de dos mundos en contacto: un poder subyacente ejercido con los medios de un poder exógeno. Los resultados fueron nefastos.

Pero, por mucho que nos esforcemos en describir la matanza, todo el universo lingüístico no bastaría para encontrar las palabras justas. Así pues, ¿cómo hacer justicia a los miles, centenares de miles de ciudadanos asesinados por nuestros personajes? ¿Cómo referirse a las apisonadoras de Macías que planchaban a los opositores? ¿Cómo hablar de los niños apaleados públicamente, hasta la muerte, en la Centroáfrica de Bokassa? ¿Cómo recordar tantos opositores a Mobutu misteriosamente desaparecidos en la noche? ¿O a aquellos que fueron ametrallados únicamente por buscar diamantes en el barro ya que así perjudicaban el monopolio del ladrón? ¿Cómo describir la ignominia de los Testigos de Jehová obligados a copular con sus progenitores en el Malawi del doctor Banda? ¿Quién podría olvidar la emasculación ritual de Pedro Motú a manos de los sicarios de Obiang? ¿Cómo evitar los escalofríos al citar a los centenares de muertos por inanición en el campo de Boiro en la Guinea de Sékou Touré? ¿Quién puede prescindir de los miles de niños muertos de hambre en la Etiopía de Haile Selassie, el emperador del reino de hadas?

Y esto no es lo peor. Jamás podremos saber los nombres y apellidos de todas las víctimas, un número incalculable. En cualquier continente el monstruo sabe que el crimen perfecto es aquel que no se recuerda. Que nuestra falta de memoria no refuerce su impunidad.

Durante casi cien años Europa ejerció un dominio absoluto sobre extensos espacios africanos. Pero a partir de la década de 1950 no tuvo más remedio que conceder la independencia a los nuevos Estados africanos. África aplaudió esta medida. Había luchado por librarse de los poderes europeos, que durante tanto tiempo le habían impuesto su hegemonía. No obstante, no es tan evidente que los africanos realmente quisieran las nuevas estructuras políticas que les fueron impuestas (el Estado, la administración, el ejército…). Tampoco es de recibo que quisieran el corpus de leyes que se vieron obligados a aceptar. Y es obvio que no se sentían especialmente identificados con las nuevas fronteras, surgidas de un pacto entre las potencias coloniales del que habían sido premeditadamente excluidos.

Una de las peores lacras del colonialismo fue su inmensa capacidad por hacer creer que se aplicaba sobre una *terra nullius*, un espacio vacío. Pero África existía antes de la conquista colonial. Los africanos tenían sus propias leyes. Tenían instituciones políticas. Modelos familiares propios. Creencias religiosas múltiples y sofisticadas. Estructuras sociales, económicas y productivas… (Al día de hoy, todavía hay muchos europeos que ignoran que el hambre, como mal que afecta a masas humanas enteras, era un fenómeno prácticamente desconocido en el África precolonial). No eran modelos idílicos. Ni siquiera eran mejores que los europeos. Eran, simplemente, formas diferentes de vivir la experiencia humana.

Con la concesión de la independencia se pretendió encuadrar toda esta pluralidad en un sistema desconocido y ajeno al continente africano: el Estado. Es más, un modelo de Estado muy preciso. En nombre del progreso se dotaba a los nuevos países de unos instrumentos que, en teoría, debían serles de utilidad para desarrollarse: el Estado de derecho, la división entre el ámbito público y el privado, la primacía de la familia nuclear, la separación entre Iglesia y Estado (este último elemento tuvo variantes: en las colonias belgas y españolas se optó por la identificación entre catolicismo y Estado)…

No había vuelta atrás. África se insertaba de súbito en las relaciones internacionales del siglo XX y no podía prescindir del sistema estatal. Esto no quiere decir que el pasado «bárbaro» estuviera muerto o en proceso de extinción. De inmediato se hizo evidente que los «arcaísmos» de las sociedades africanas estaban vivos y se filtraban en la nueva África

independiente. Pronto se puso de manifiesto que no es fácil cambiar sociedades enteras por decreto. El constitucionalismo peligraba: resurgían las fidelidades clánicas y étnicas. El Estado no conseguía imponerse a otras instituciones, la clase política mantenía discursos ambiguos, las religiones importadas no asumían el papel rector que se esperaba de ellas… Los nuevos jefes de Estado, en definitiva, no contaban con una administración solvente, ni con unos medios de comunicación poderosos, ni con recursos económicos suficientes. Les iba a resultar muy difícil mantener las nuevas estructuras políticas.

El Estado africano se hundía, inevitablemente. Sólo había una posibilidad para garantizar su supervivencia: el autoritarismo. No es casual que en un corto periodo de tiempo, y en un espacio reducido, surgieran tantos monstruos. Tal vez podrían haber actuado con métodos menos crueles. Pero imponer un sistema político determinado a una población que no se identifica con él o que lo rechaza abiertamente requiere necesariamente un alto grado de coacción.

En realidad, para los gobernantes africanos fue muy sencillo optar por el autoritarismo. Y no porque la tradición africana los encaminara en esta dirección, sino porque ésta era la única vía factible. Optaron por el autoritarismo porque su referente más inmediato era el autoritarismo. Por encima de los discursos sobre los principios democráticos las viejas metrópolis, realmente, habían impuesto a África una auténtica tiranía. La sumisión a la metrópolis era el valor máximo por encima de cualquier ley o derecho. Y la represión contra cualquier rebelión era tan sistemática como brutal.

Los monstruos que hemos retratado (o más bien, que se han retratado a sí mismos) no inventaron nada. Les bastó con copiar aquello que conocían a la perfección: el modelo autoritario europeo. Cabe destacar que ninguno de ellos reivindicaba la figura de algún africano ilustre (el África clásica y la lucha contra el imperialismo ofrecían un buen abanico de personajes para crear, o recrear, un imaginario propio). Por el contrario, Amin era seguidor de Hitler; Bokassa, un incondicional de Napoleón y De Gaulle; Macías, un admirador declarado de Francisco Franco; Mobutu, de manera más o menos consciente, copiaba con fidelidad radiográfica la rapacidad del rey Leopoldo de Bélgica… El primer paso, el esencial, fue imitar a los regímenes de aquellos europeos que habían controlado con mayor firmeza un Estado. Que después degenerasen psicológicamente sólo era un simple añadido.

Occidente no se limitó a generar, por pasiva, estos monstruos. Los mantuvo e incluso los animó. Mientras asesinaba a docenas de miles de compatriotas, Amin logró, con asombrosa facilidad, la colaboración de los ingleses, de los israelíes y de los rusos, alternativamente. Las relaciones entre Bokassa y los altos funcionarios de la República Francesa fueron grotescas *ad nauseam*. A Banda se le aplaudía en círculos elitistas de Inglaterra y de Estados Unidos porque frenaba el comunismo (¿realmente algún comunista podía ser peor que el doctor Banda?). El caso de Mobutu no admite la menor excusa. He aquí un fenómeno único que los historiadores del futuro no se cansarán de estudiar. Un gánster se apodera de uno de los países más grandes y ubérrimos del planeta, y lo reduce a condiciones de miseria inimaginables. ¿Cuál es la reacción del mundo civilizado? En primer lugar, un complot dirigido por la CIA y por las autoridades belgas asesina a Lumumba, la gran esperanza africana. A continuación… esos mismos Estados civilizados hacen cola ante la oficina del ladrón que se ha coronado en el puesto de Lumumba. El episodio de Sékou Touré es tan simple como absurdo: demuestra que un payaso aberrante puede obtener la venia de los demócratas: sólo ha de ejercer su delirio hasta las últimas consecuencias. Con Haile Selassie seremos más indulgentes porque tiene sus orígenes en un mundo lejano y no es nuestra intención echar a Europa la culpa de todos los males.

Pero ¿qué actitud se puede mantener ante individuos tan execrables como Macías y Obiang? De todos los colonialismos, el español quizá ha sido uno de los más nefastos en sus consecuencias. Macías fue, probablemente, el peor de los monstruos africanos. Las cifras del horror son fantásticas, casi irreales. Uno de cada tres guineanos tuvo que huir de su tierra. Muchos otros, miles y miles, ni siquiera pudieron escapar: fueron asesinados por los sicarios del «Milagro Único». Un éxodo de proporciones escalofriantes y un holocausto ignorado en nuestras latitudes. Cuando todo esto pasaba, ¿qué hacían las autoridades españolas? Silenciar todas las informaciones procedentes de Guinea. El sucesor de Macías, un familiar suyo, por cierto, es un tirano que sobrevive en una época en que las dictaduras se resquebrajan por todo el mundo. ¿Responsabilidad única de los guineanos? Poco probable. A medianos de la década de 1990 el régimen se debatía contra la presión combinada de diversos agentes sociales. Por desgracia, en esos momentos se descubrió petróleo en las costas guineanas. Los nuevos ingresos permitieron a los sicarios de Obiang afianzar un poder en plena crisis. Mientras la dictadura garantice el flujo de petróleo, pues, Occidente parece dispuesto a mirar hacia otra parte. Por lo que respecta a la actitud de los sucesivos Gobiernos

españoles, ésta se puede definir con cualquier término excepto «combativa»: en el mismo momento en que Obiang llevaba a cabo vergonzosas purgas contra la oposición, representantes de intereses españoles negociaban concesiones petroleras.

Nuestros Estados han colaborado y colaboran en el sostenimiento del monstruo, por activa y por pasiva. Un criterio pragmático nos argumentaría que las razones son más poderosas que la razón, y que hoy en día la democracia no es nada más que un supermercado universal. Aquí se hace inevitable pensar que la defensa del mercantilismo absoluto revela un ideario que se basa en el hecho de sustituir el elevado principio de la ciudadanía por la noción de simples consumidores.

Más difícil es reflexionar sobre nuestra obsesión por expandir los derechos humanos a principios del siglo XXI con el mismo énfasis fanático con que predicábamos la Biblia a principios del siglo XX. En esos momentos nadie dudaba de que los textos bíblicos constituían el cénit de la civilización humana y, por tanto, no se discutía su conveniencia, sólo cuáles podían ser los medios más útiles para imponerlos. Fueron necesarios ingentes esfuerzos de la Antropología y de otras ciencias próximas para que ponderásemos nuestra actitud, para que asumiéramos que hay otros mundos, pero que están aquí y que son tan legítimos y tan ricos como el que nosotros hemos configurado. Cuando lo descubrimos, nos damos cuenta de que sus habitantes no son salvajes, sólo son distintos.

Los europeos hemos abrazado la idea democrática. No era necesario expandirla, sólo aplicárnosla. Por desgracia, Europa ha dirigido su propia historia a sabotear constante y conscientemente los principios que la inspiran. Si Europa hubiera sido digna de su propio mensaje, los monstruos que hemos retratado jamás habrían existido. Pero éste es un hecho profundamente revelador. Quizá el auténtico horror no habita en el corazón de las tinieblas, sino en las tinieblas de nuestro corazón.

Bibliografía básica

AMNISTÍA INTERNACIONAL: *Reports* (diversos años). Londres, Amnesty International Publishers.

BALBOA, J., y **NGUEMA, E:** *La transición de Guinea Ecuatorial. Historia de un fracaso*. Madrid, Labrys 54, 1996.

CALLAGHY, Th. M.: *The State-Society Struggle. Zaire in Comparative Perspective*. Nueva York, Columbia University Press, 1988.

DECALO, S.: *Psychosis of Power. African Personal Dictatorships*. Londres, Westview Press, 1989.

—: *Malawi*. Oxford, Clio Press, 1995.

DIAKITÉ, C. A.: *Guinée enchainé ou Le Livre Noir de Sékou Touré*. S. l., s. e., s. a.

FERNÁNDEZ, R.: *Guinea. Materia reservada*. Madrid, Sedmay, 1976.

GARCÍA DOMÍNGUEZ, R.: *Guinea. Macías, la ley del silencio*. Barcelona, Plaza & Janés, 1978.

HANSEM, H. B., y **TWADDLE, M.:** *Religion & Politics in East Africa*. Londres, James Currey, 1995.

JACKSON, R. H. y **ROSBERG, C. G.:** *Personal Rule in Black Africa. Prince, Autocrat, Prophet, Tyrant*. Berkeley, University of California Press, 1984.

JUNIAC, G. de: *Le dernier roi de rois*. Paris, Plon, 1979.

KAKÉ, I. B.: *Sékou Touré. Le héros et le tyran*. París, Jeune Afrique, 1987.

KAPUSCINSKI, R.: *El emperador*. Barcelona, Anagrama, 1989.

KYEMBA, H.: *Un estado sangriento*. Barcelona, Grijalbo, 1977.

LINIGER-GOUMAZ, M.: *Who's who de la dictature de la Guinée Equatoriale. Les nguemistes 1979-1993*. Ginebra, Les Éditions du Temps, 1993.

—: *Guinea Ecuatorial. La democracia nguemista sin cambios*. Madrid, Claves para el Futuro, 2000.

LOCKOT, H. W.: *The Mission: The Life, Reign, and Character of Haile Selassie I*. Londres, Hurst & Company, 1992.

MELADY, T.: *Idi Amin Dada. Hitler en África*. Barcelona, Plaza & Janés, 1979.

NDONGO BIYOGO, D.: *Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial*. Madrid, Cambio 16, 1977.

SHORT, P.: *Banda*. Londres, Routledge & Kegan Paul, 1975.

TAMBIASCO, I.: *Caníbales al poder*. Barcelona, Ruiz-Flores, 1982.

TITLEY, B.: *Dark Age. The Political Odyssey of Emperor Bokassa*. McGill-Queen's University Press, 1997.

ALBERT SÁNCHEZ PIÑOL (Barcelona, 1965) es un antropólogo y escritor. Ha publicado el ensayo satírico *Pallassos i monstres* (2000; *Payasos y monstruos*, Editorial Aguilarsiz, 2006) sobre ocho dictadores africanos. La crítica ha dicho que es un libro formidable, que ilumina a través de la documentación y la sátira una oscura realidad que se nos oculta.

La novela *La pell freda* (2002; *La piel fría*, 2003) supuso la entrada de Albert Sánchez Piñol en el campo novelístico con una obra sorprendente por su fuerza y originalidad. Ha conseguido un éxito excepcional de venta y crítica y se han vendido los derechos de traducción a 37 lenguas.

Pandora al Congo (2005) con más de 15 traducciones y *Tretze tristos trangols* (2008; *Trece tristes trances*, 2009) confirman la calidad del escritor catalán contemporáneo más internacional.

Notas

[1] El imperialismo / Satanás otra vez herido y expulsado / por la solidaridad viviente de los pueblos / de los Pueblos de todos los continentes y de todas las razas / Satanás de los tiempos neocolonialistas / que intenta tomar nueva forma […] / Pero el coche de los antiafricanos les conducirá / inevitablemente y muy pronto a la tumba / para ser enterrados con sus sueños y sus complejos. <<

[2] Discurso del Negus en California de 1968, musicado posteriormente por Bob Marley. <<

[3] Carne cruda condimentada con mucha pimienta roja picante. <<

[4] Tal y como lo relata Donato Ndongo en *Las tinieblas de tu memoria negra*. <<

[5] Se han reproducido literalmente los títulos, respetando la sintaxis y la ortografía originales. <<

[6] Se han conservado la ortografía y la sintaxis originales de estos textos. <<